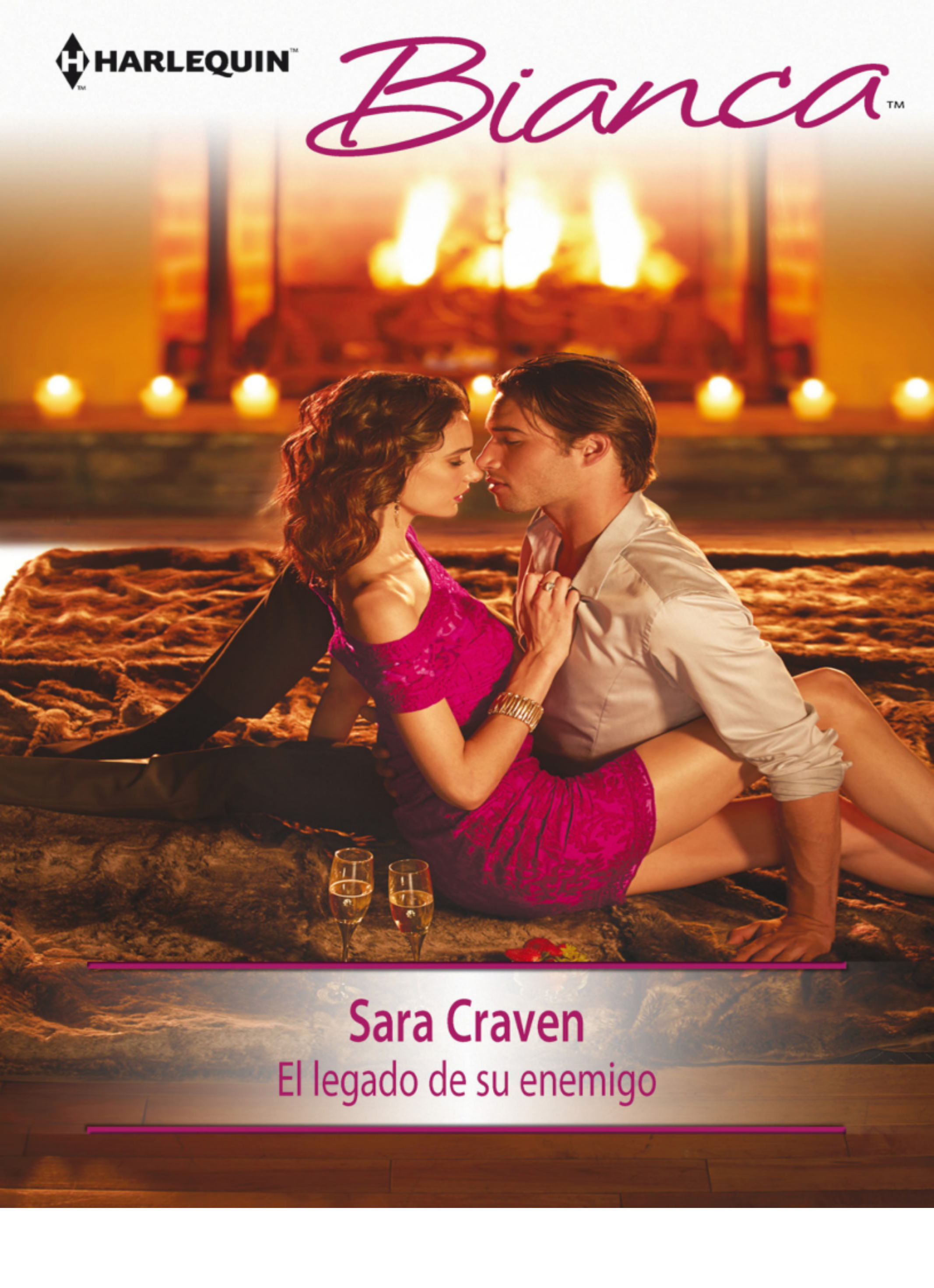

HARLEQUIN
Bianca
Sara Craven
El legado de su enemigo


HARLEQUIN
Bianca
Sara Craven
El legado de su enemigo



Sara Craven

El legado de su enemigo



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El legado de su enemigo, n.º 2393 - junio 2015
Título original: Inherited by Her Enemy
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6293-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Ginny Mason sonrió y despidió con la mano a los últimos asistentes antes de cerrar la pesada puerta de entrada. Estaban a finales de enero y hacía mucho frío. Dejando escapar un suspiro de alivio, apoyó el hombro contra el marco de la puerta y escuchó el ruido del motor del coche que se alejaba durante unos segundos. Lo peor del día había terminado por fin. O al menos eso esperaba. La capilla del crematorio se había llenado de gente porque su padrastro, Andrew Charlton, era una persona muy conocida en la localidad y respetada por sus empleados. Había dejado la dirección de su empresa de luz eléctrica unos meses antes. Muy pocos de los presentes en el servicio religioso habían aceptado la invitación de Rosina, sin embargo. Pocos se habían presentado en la casa para tomar el bufé que había preparado y casi todos se habían marchado rápidamente.

«Todavía creen que somos unas intrusas. Seguramente piensan que Andrew debería haber sido enterrado junto a su primera esposa», se dijo Ginny, haciendo una mueca.

Pero había otra posibilidad. A lo mejor el rumor acerca de los planes de su madre había llegado hasta sus oídos. Ese día Rosina había desempeñado su papel de triste señora de la finca, frágil y acongojada con su vestido negro. La noche anterior, sin embargo, no le había faltado tiempo para anunciar con arrogancia que estaba deseando vender Barrowdean House, que quería alejarse de todas esas camisas almidonadas y buscar un sitio con algo más de vida.

–El sur de Francia, creo – había dicho, asintiendo con la cabeza– . Una de esas casas de campo que están en las colinas, con una piscina. Será estupendo cuando vengan a visitarme mis nietos – había añadido, mirando a su hija pequeña.

–Por Dios, mamá – había dicho Lucilla con impaciencia– . Jonathan y yo acabamos de prometernos. No estamos pensando en tener familia todavía. Yo también quiero divertirme un poco.

«Eso no es nada nuevo», había pensado Ginny, pero tampoco podía echarle la culpa a Cilla. Su hermana era la «guapa», mientras que ella, tal y como le decía su madre con frecuencia, había salido a su padre. Su piel clara y aterciopelada y su figura esbelta no eran suficiente porque su pelo no era rubio, sino castaño claro, y sus ojos no eran azules, sino grises. Su rostro, además, era de lo más anodino.

Cilla, por el contrario, era una auténtica chica de oro, consentida y

mimada por todos desde su nacimiento. Ni siquiera Andrew había sido inmune a su influencia. Cuando había regresado de Suiza tras terminar sus estudios en un carísimo colegio, jamás le había dicho que se buscara un trabajo o que continuara estudiando. Y cuando el único hijo de sir Malcolm y lady Welburn se había fijado en ella y el cortejo había dado paso al compromiso rápidamente, no había hecho más que asentir con resignación, como si hubiera tratado de adivinar cuánto le iba a costar la boda. Pero no había vivido lo bastante como para ver el enlace.

Ginny sintió un nudo en la garganta al recordar al hombre alto y amable que tanta seguridad les había dado durante más de diez años. Se preguntaba por qué nadie les había dicho nada acerca de sus problemas cardiacos. Apenas había tenido tiempo de llorar la muerte de su padrastro. La reacción histérica de su madre y de su hermana había acaparado toda su atención y entonces había llegado el golpe de la decisión de Rosina en lo concerniente a la propiedad. Había dicho que iba a mudarse en cuanto encontrara a un comprador. Según ella no tenía motivos para quedarse allí porque Cilla iba a casarse con Jonathan y él iba a cuidar muy bien de ella.

–Tú, en cambio, tienes tu trabajo en esa pequeña cafetería tan curiosa – había añadido– . Seguro que alguien del pueblo estará dispuesto a alquilarte una habitación.

Ginny había estado a punto de decirle que esa cafetería ya no era solo un trabajo para ella, sino una esperanza de futuro, y que el alojamiento no tenía por qué ser un problema. Sin embargo, después de pensárselo dos veces, había decidido guardar silencio.

Se alejó de la puerta y se detuvo un instante sin saber qué hacer. Escuchó el murmullo de las voces y el tintineo de la vajilla y los cubiertos. La señora Pelham, la octogenaria ama de llaves de Andrew, estaba recogiendo lo que había quedado del bufé con la ayuda de Mavis, una mujer del pueblo. Seguramente pasarían el resto de la semana comiendo lo que había quedado del bufé. La señora Pel era otra de las preocupaciones que tenía. La anciana no se hacía muchas ilusiones. Sabía muy bien que Rosina había intentado librarse de ella desde su llegada a Barrowdean House, alegando su avanzada edad y sus recurrentes achaques una y otra vez. Andrew, sin embargo, había ignorado todas sus quejas e insinuaciones. Aparte del afecto personal que le tenía a la anciana, les había dicho que la señora Pelham era parte de Barrowdean. Para él la casa siempre estaba perfecta gracias a su buen hacer y les había dejado claro que no tenía intención de hacer ningún cambio hasta el momento en que ella misma decidiera retirarse. Con la ausencia de Andrew, no obstante, todo cambiaba y despedir al ama de llaves sería una de las prioridades de Rosina.

Ginny sabía que debía echarles una mano, tal y como hacía casi

todos los días con las tareas de la casa por consideración hacia la señora Pelham, que padecía de artritis, pero ese día se dirigió hacia el estudio de Andrew para ver si todo estaba listo para la lectura del testamento.

–Vaya paripé más absurdo – le había dicho Rosina en un tono cáustico– . Si nosotras somos las únicas beneficiarias.

«Espero que todo sea así de sencillo», había pensado Ginny, presa de una inesperada inquietud.

El señor Hargreaves, sin embargo, el abogado que siempre se había ocupado de todos los asuntos de Andrew, se había mostrado muy tajante al respecto y había hecho hincapié en que se cumplieran los últimos deseos de su cliente. Le esperaban a las cinco de esa tarde.

El estudio siempre había sido la estancia favorita de Ginny, seguramente porque las paredes estaban llenas de libros. Recordaba todos esos momentos cuando se acurrucaba en una silla junto al fuego, totalmente absorta en la lectura mientras Andrew trabajaba en su escritorio.

No había vuelto a entrar en el estudio desde su muerte y tuvo que hacer acopio de toda su valentía antes de abrir la puerta. Era difícil de creer que esa vez no fuera a estar allí, detrás del escritorio, con una sonrisa en los labios. Su presencia, no obstante, aún se notaba en la estancia. Barney, el labrador de cinco años de su padrastro, estaba tumbado en la alfombra que estaba delante del hogar. Al verla entrar, levantó la cabeza y agitó la cola un momento, pero no se levantó de un salto para ir a restregar el hocico contra su mano. Ese era un privilegio que reservaba para su amo.

–Pobrecito mío – dijo Ginny– . ¿Creías que me había olvidado de ti? Te prometo que te llevaré a dar otro paseo en cuanto terminemos con la lectura del testamento.

Barney era otra preocupación más. Su madre, a la que no le gustaban los perros, ya había empezado a hablar de llevarlo al veterinario para sacrificarlo y la idea la horrorizaba.

Ella estaba dispuesta a hacerse cargo de él, pero tenía que saber a ciencia cierta qué expectativas tenía. Hasta entonces tenía las manos atadas. Echó algo más de leña al fuego, apagó las lámparas y se aseguró de que hubiera suficientes sillas. Fue hacia las ventanas y, al cerrar las cortinas, vio unos faros que se aproximaban por el camino que daba acceso a la casa. Miró el reloj. La puntualidad del señor Hargreaves nunca fallaba. El timbre de la puerta sonó unos minutos después, así que fue a abrir. Sorprendentemente, Barney la acompañó. El perro gemía de emoción.

Seguramente pensaba que Andrew se había marchado unos días y que acababa de regresar, pero siempre había sido el sonido de sus llaves lo que reconocía...

Le sujetó del collar al abrir, consciente de que no a todo el mundo le gustaba recibir una bienvenida tan efusiva de un enorme labrador.

–Buenas tardes... – las palabras «señor Hargreaves» no llegaron a salir de su boca.

El hombre que estaba delante de ella no era el abogado de la familia. Durante una fracción de segundo le pareció que había salido de la oscuridad. Llevaba un abrigo negro sobre un traje gris oscuro y de su hombro colgaba una cartera de cuero. Su pelo también era oscuro y brillante como el ala de un cuervo. Lo llevaba un poco largo, no obstante, y lo tenía ligeramente alborotado.

Era alto. Su tez exhibía un sutil bronceado y sus ojos eran de color marrón oscuro. No era muy atractivo, o al menos eso pensó Ginny en ese momento. Tenía los labios demasiado finos y parecía que alguna vez le habían roto la nariz. Su rostro le resultaba vagamente familiar, sin embargo, y eso era lo más turbador de todo. Pero Barney no tenía reparo alguno en acercarse al misterioso visitante. Dejando escapar un gemido de pura alegría se soltó del brazo de Ginny rápidamente y se lanzó contra las piernas del extraño.

–¡Barney! ¡Siéntate! – la voz le temblaba ligeramente, pero el perro obedeció, meneando la cola y mirándola con esos ojos de miel– . Lo siento. Normalmente no se comporta así con... gente que no conoce.

El hombre se agachó. Le acarició la cabeza al perro y le tiró de las orejas son suavidad.

–No hay problema – dijo una voz grave y ligeramente ronca. El acento no era de la zona.

Cuando se puso erguido, Ginny se dio cuenta de que ella también estaba siendo observada. Su rostro no revelaba nada, pero sintió que lo que veía no le impresionaba en absoluto.

«Pues ya somos dos», pensó.

–Lo siento. ¿Le esperábamos? – preguntó, tomando el aliento.

–El señor Hargreaves me espera. Me pidió que me encontrara con él aquí.

–Oh, claro – dijo Ginny, mintiendo.

Le resultaba difícil establecer algún vínculo entre ese hombre de aspecto rudo y con una barba de medio día y el ultraconservador bufete de abogados de Hargreaves and Litton.

–Bueno, entre, por favor.

«Si resulta ser un asesino en serie o un ladrón, te echaré la culpa», pensó, mirando a Barney.

Dio media vuelta y regresó al estudio. No le hacía falta mirar atrás para saber que él la seguía. El perro iba a su lado.

–Espere aquí un momento, por favor. ¿Desea un café?

–Gracias, pero no.

Era un hombre cordial, pero había una tensión implícita en su

actitud. Además, la forma en que miraba a su alrededor, como si estuviera evaluando todo lo que veía, resultaba inquietante.

–El señor Hargreaves llegará en cualquier momento.

Él respondió con un ligero movimiento de cabeza. Dejó a un lado su cartera y se quitó el abrigo. Ginny se fijó en su camisa. Era color gris perla y estaba ligeramente abierta en el cuello. Su corbata, negra, estaba un poco floja. Consciente de que estaba siendo demasiado curiosa, murmuró algo acerca de su madre y su hermana y se retiró.

En el salón, Rosina se puso en pie y se alisó la falda.

–Imagino que el señor Hargreaves ha llegado ya y que podremos terminar de una buena vez con toda esta farsa.

–No. Era otra persona, alguien de su bufete, al parecer – dijo Ginny, recordando los dedos bronceados y endurecidos que habían acariciado a Barney. Esas no podían ser las manos de alguien que trabajaba frente a un escritorio.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido del timbre. Se puso en pie, pero su madre la hizo detenerse.

–Quédate aquí, Virginia. Es la señora Pelham quien tiene que abrir la puerta, al menos mientras permanezca en esta casa.

La puerta del salón se abrió una vez más y la señora Pelham entró. La anciana necesitaba un bastón para andar.

–Ha llegado el señor Hargreaves, señora. Le he acompañado al estudio.

Rosina asintió.

–Me reuniré con él en un momento.

Cilla y ella subieron a sus dormitorios para retocarse el peinado y el maquillaje. Ginny, en cambio, agarró una silla extra de camino al vestíbulo. Estaba satisfecha con la falda gris y el suéter color crema que se había puesto y no necesitaba retocarse nada. El señor Hargreaves ya estaba en el estudio y conversaba pausadamente con el hombre desconocido. Al ver entrar a Ginny el abogado se detuvo y fue hacia ella para ayudarla con la silla. Su rostro, normalmente calmo, parecía contraído y tenso, lleno de preocupación.

–Siento mucho su pérdida, señorita Mason. Sé lo apegada que estaba a su padrastro. Todavía no soy capaz de asimilar... – le dio una palmada en el brazo y regresó al escritorio. Colocó la silla junto a la suya propia.

De repente se oyeron voces por el pasillo y Rosina y Cilla entraron en el estudio. Sus radiantes melenas doradas resplandecían más que nunca con la ropa negra. El misterioso acompañante del señor Hargreaves levantó la vista y su atención fue reclamada por la melancólica visión que se presentaba ante él. Sus ojos se posaron en Cilla, que incluso llevaba un pañuelo en las manos. El vestido negro que llevaba dibujaba su exquisita figura a la perfección.

«No te hagas muchas ilusiones. A Cilla le gustan los finos y sofisticados y tú no cumples los requisitos», pensó Ginny.

Rosina se detuvo.

–¿Qué hace ese perro aquí? Virginia, sabes muy bien que debería estar en la cocina. ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

El extraño habló.

–¿Qué tal si hacemos otra cosa? – chasqueó los dedos y Barney se levantó de la alfombra. Fue hacia el escritorio y se acurrucó debajo.

Ginny se sorprendió. Ningún ayudante de un bufete de abogados hubiera hecho algo semejante delante del jefe. Además, el acento del misterioso visitante definitivamente era extranjero. ¿Quién era ese hombre?

–Bueno, en realidad... – comenzó a decir Rosina, indignada, pero Ginny la agarró de la mano y se la apretó con fuerza.

La condujo hacia una silla situada cerca del hogar y se apoyó en uno de los brazos de la misma. Solo podía esperar que su sexto sentido, que tanto la había ayudado en otras ocasiones, estuviera mal encaminado esa vez. El señor Hargreaves comenzó a hablar con su estilo de siempre, convencional y formal. Primero se ocupó de las herencias pequeñas, destinadas al jardinero y a varias organizaciones benéficas. También le había sido asignada una generosa pensión a Margaret Jane Pelham en reconocimiento a todos sus años de servicio en la casa, además de una de las numerosas propiedades que Andrew tenía en el pueblo.

Ginny pensó que la señora Pelham debería haber estado presente en ese momento, pero su madre se había opuesto.

–Bueno... y ahora vamos con las disposiciones principales del testamento.

Rosina se puso en pie, expectante.

–«A mi esposa, Rosina Elaine Charlton, le asigno una renta anual de cuarenta mil libras, cantidad que le será entregada el primer día de enero de cada año. También podrá disfrutar de Keeper's Cottage en usufructo hasta su muerte. Las reparaciones y el mantenimiento de la vivienda estarán cubiertas con mi patrimonio».

–¿Una renta? ¿Una casa de campo? – con la voz temblorosa, Rosina apenas podía articular palabra– . ¿Pero de qué está hablando? Tiene que haber un error.

–Madre – Ginny la hizo sentarse de nuevo. Ella también estaba temblando– . Deja terminar al señor Hargreaves.

–Gracias, señorita Mason – el abogado se aclaró la garganta– . Hay una última estipulación que es muy importante – hizo una pausa– . «El resto de cantidades y propiedades que poseo a mi muerte, incluyendo Barrowdean House y mis acciones en Charlton Engineering, serán heredadas por mi hijo biológico, Andre Duchard de Terauze, Francia».

Se produjo un silencio sepulcral. Ginny miró al hombre que estaba sentado junto al abogado. Su rostro sombrío no albergaba expresión alguna. Andre... La versión francesa de Andrew. Ella no había notado más que cierto parecido al que no era capaz de ponerle nombre, pero Barney sí le había reconocido inmediatamente. El animal le había reconocido como parte de la familia desde el primer momento.

–¿Hijo biológico? – repitió Rosina, alzando la voz– . ¿Me está diciendo que Andrew se lo ha dejado todo a un... un bastardo? ¿Un francés del que nunca hemos oído hablar hasta ahora?

–Pero yo, *madame*, sí que he oído mucho sobre usted – dijo Andre Duchard en un tono impasible– . Estoy encantado de conocerla por fin.

–¿Encantado? – Rosina dejó escapar una amarga risotada– . Estará encantado de saber que me ha robado mi herencia, sin duda. Bueno, no esté tan seguro de ello, porque tengo intención de reclamar estas disposiciones aunque me cueste todo lo que tengo.

Ginny rodeó a su madre con el brazo.

–Lo siento, señor Hargreaves – dijo en voz baja– . Pero creo que todos estamos bastante sorprendidos. Como ha dicho mi madre, no teníamos ni la menor idea acerca de la existencia de *monsieur* Duchard. Pero imagino que Andrew se ocupó de hacer todos los trámites pertinentes para que se pudiera comprobar la identidad de su heredero.

El señor Hargreaves se quitó las gafas y las limpió con cuidado.

–Por supuesto. El señor Charlton siempre supo que tenía un hijo y obtuvo el reconocimiento legal de su paternidad de acuerdo con las leyes francesas. También tiene cartas y fotos que se remontan al momento en que nació su hijo. Mi padre se las guardaba en la oficina en una caja – se detuvo de nuevo– . Era un asunto con el que debíamos tener máxima discreción porque la señora Josephine Charlton aún vivía en aquel momento y nuestro cliente no quería causarle un disgusto.

–¿Y qué pasa con mis sentimientos? – preguntó Rosina entre lágrimas– . Por ellos no se preocupó tanto. ¡Diez años de absoluta devoción y me lo paga con esto, una miseria y el usufructo de una choza!

Ginny se mordió la lengua para reprimir una exclamación. La cáustica sonrisa de Andre Duchard le resultaba insoportable. El hombre la miraba directamente con el entrecejo fruncido, como si estuviera intentando resolver un puzle con el que acababa de encontrarse.

Apartó la mirada de él rápidamente.

–Madre, ¿por qué no subes y te tumbas un rato? – le sugirió– . Le pediré a la señora Pelham que te prepare un té...

–No quiero nada de esa mujer. ¿No te das cuenta de que Andrew nos ha tratado como si fuéramos igual que ella, simples sirvientas? ¿Pero cómo ha podido hacernos algo así? Debió de volverse loco – su mirada se afiló de repente– . Pero... Claro. Ahora lo entiendo todo. Algo debió de hacerle perder el equilibrio mental. ¿No es eso lo que dicen?

–Creo que se refiere al suicidio, *madame* – Andre Duchard la corrigió con cordialidad.

–Bueno, sí. Lo que sea... – la señora Charlton agitó la mano, restándole importancia– . Todavía podemos revocar ese testamento. Es algo que pasa todos los días.

–Yo le recomiendo que no haga tal cosa – dijo Robert Hargreaves en un tono grave y serio– . No tiene sentido, señora Charlton. Su esposo era un hombre racional, sano, y estaba en pleno uso de sus facultades. Simplemente decidió reconocer a su hijo ilegítimo abiertamente. El testamento que acabo de leer fue redactado hace dos años.

–Pero si este hombre realmente es el hijo de Andrew, ¿por qué su apellido es Duchard o lo que sea? A mí me suena falso.

El francés intervino en ese momento.

–Duchard, *madame*, es el apellido de la familia de mi padrastro, la persona que me adoptó al casarse con mi madre. Espero que así se quede algo más tranquila.

Al ver que el rostro de Rosina se enrojecía de manera alarmante, el abogado decidió hablar.

–Le sugiero que acepte el consejo de Virginia y que descanse un rato, señora Charlton. Hablaremos de nuevo dentro de un par de días, cuando esté más calmada. Hay otros asuntos importantes de los que debemos ocuparnos.

–¿Quiere decir que todavía tengo un dormitorio en esta casa? – Rosina fulminó a los dos hombres con la mirada– . ¿Su cliente pretende mudarse en este momento?

–No le causaría semejante problema, *madame* – había un ligero tono burlón en las pulcras palabras de Andre Duchard– . He reservado habitación en un hotel del pueblo porque yo también tengo que hablar de varias cosas con el señor Hargreaves.

–Si quiere le llevo de vuelta, *monsieur* – Robert Hargreaves estaba metiendo los documentos en su maletín. Su alivio era más que visible– . Vi que despidió al taxi.

–*Merci*. Pero con el viaje y el largo camino hasta aquí, llevo demasiado tiempo sentado. Creo que iré andando – se puso su abrigo y se colgó la cartera de cuero del hombro.

Cuando se dispusieron a salir, Barney salió de debajo del escritorio y se quedó mirándolos, con las orejas gachas y la cola caída, como si una vez más se sintiera abandonado. Ginny también compartía ese

sentimiento, pero no tuvo más remedio que acompañar a los dos hombres hasta la puerta principal y se despidió de ellos con cortesía.

–Buenas noches. Espero que entiendan que mi madre está muy afectada.

–Por supuesto – dijo el señor Hargreaves, no sin reticencia– . Voy a posponer mi próxima reunión con ella hasta la semana que viene. Adiós, querida. Estoy seguro de que todo cobrará otro color mañana.

Ginny sonrió y asintió con la cabeza. Aún tenían una larga noche por delante antes de que llegara la mañana.

–*Au revoir,* Virginie.

La versión francesa de su nombre sonaba mucho más suave. Casi le imprimía una entonación sensual. Pero Andre Duchard no tenía ningún derecho a usar su nombre de esa manera.

Ginny sintió que el rostro se le ruborizaba y deseó dar un paso atrás para poner algo de distancia. Reprimió las ganas, no obstante.

–*Et à bientôt* – añadió Duchard.

Esa vez la nota de sorna resultaba inconfundible. Él tenía que saber tan bien como ella que era la última persona a la que quería volver a ver.

Ginny murmuró algo evasivo y cerró la puerta. ¿Cómo había podido pensar unas horas antes que lo peor había terminado? Con un suspiro, se dirigió hacia la cocina. La señora Pelham estaba sentada frente a la mesa grande, leyendo una carta.

–No se preocupe, señora Pel. He venido a preparar un té. Me temo que hoy nos hemos llevado una sorpresa tremenda. Al parecer el señor Charlton tenía un hijo ilegítimo, un francés llamado Andre Duchard, y se lo ha dejado todo a él.

El ama de llaves se quitó las gafas lentamente y las metió en su estuche.

–Pero a lo mejor usted ya sabía algo – añadió Ginny.

–No, señorita Ginny. Pero sí sabía que pasaba algo. La señora Charlton tiene una voz muy fuerte y Mavis tiene muy buen oído – guardó silencio durante un momento– . Entonces este francés lo heredará todo. Bueno, bueno.

–Pero esto no le afecta a usted, señora Pel. El señor Charlton se ha asegurado de que no tenga nada por lo que preocuparse a partir de ahora.

–Bueno, eso sí que lo sabía – dijo la señora Pelham en un tono calmo– . Él habló conmigo hace unos dos meses y cuando llegó el señor Hargreaves me dio esta carta donde me lo explicaba todo. Era un buen hombre, el señor Charlton – añadió con contundencia– . Y yo nunca diré otra cosa. Aunque nunca haya podido encontrar la felicidad que buscaba, fue un buen hombre.

Ginny llenó el hervidor de agua y lo puso sobre el fogón.

–Señora Pel, ¿tiene idea de quién era la madre del señor Duchard?

–No estoy segura, señorita Ginny – la anciana se puso en pie y comenzó a poner tazas y platitos sobre una bandeja– . Pero recuerdo a Linnet Farrell, la acompañante de la difunta señora Charlton. Pasó todo un año aquí y un día desapareció sin más. Entonces se dijo que se iba a cuidar de su madre enferma, pero recuerdo que un día me había dicho que sus padres habían muerto.

Ginny sacó la leche del frigorífico y llenó una jarra.

–¿Cómo era?

–No era muy llamativa – dijo la señora Pelham– . Pero tenía una dulzura que compensaba el resto de cosas, y la casa siempre estaba alegre con ella. La señora Josie también le había tomado mucho afecto, sorprendentemente.

–Por lo que he creído entender, estaba inválida.

–Los nervios. Y la decepción. Al principio fue eso. Ella quería tener un bebé, pero nunca pasó. Tuvo tres abortos naturales, todos a los cuatro meses, durante cuatro años consecutivos. Los médicos le advirtieron que nunca podría llevar a término un embarazo. Se sumió en una profunda depresión y terminó en una residencia para adultos en más de una ocasión – la anciana suspiró– . Y cuando estaba en casa pasaba todo el tiempo en la cama o en el sofá. El pobre señor Charlton tenía que dormir en otra habitación además – bajó la voz– . Estoy segura de que ella lo quería, pero creo que no le gustaba mucho la vida de casada, no a menos que hubiera un bebé por el que mereciera la pena hacer el esfuerzo. Pero un hombre no vería las cosas de esa manera, imagino.

–No – Ginny echó algo de azúcar en un bol– . Supongo que no.

–Y de repente apareció esta chica amable y alegre en la casa. Además, el señor Charlton era un hombre atractivo cuando era joven. Yo nunca vi nada inapropiado, y Linnet era buena con la señora Josie. La llevaba a pasear, conducía su coche e incluso le hacía de jardinera. Pero un buen día desapareció sin más. Vino a la cocina para despedirse y estaba claro que había estado llorando – suspiró de nuevo– . Y más tarde la señora Josie se puso muy enferma, pobrecita. Le diagnosticaron Parkinson y el señor Charlton fue muy bueno con ella. Bueno, creo que ya he dicho bastante.

Asintió con la cabeza y miró hacia el hornillo.

–Creo que esa agua ya está hirviendo, señorita Ginny.

Con la cabeza dando vueltas, Ginny llevó la bandeja al estudio. Un torrente de tristeza la invadió de repente, devolviéndola a la realidad de golpe.

–Bueno, por lo menos tienes esa pensión, madre – le decía Cilla a su madre en un tono furibundo– . A mí, en cambio, no me dejó ni un penique. Maldito viejo enclenque.

Ginny puso la bandeja sobre el escritorio.

–A lo mejor pensó que no era necesario, teniendo en cuenta que te vas a casar con un hombre proveniente de una de las familias más ricas de todo el condado.

Cilla arremetió contra ella.

–Y tú tampoco has conseguido nada, así que todo ese interés por sus libros fue una pérdida de tiempo. Tú eres la que peor lo va a tener de todas nosotras.

–Eso parece – dijo Ginny con un entusiasmo que no sentía. Sirvió el té– . Pero, por favor, no te preocupes por ello.

–No me voy a preocupar – dijo su hermana en un tono malhumorado– . Solo quiero saber cómo vamos a pagar mi boda. Madre, tendrás que hablar con el señor Hargreaves. Tienes que conseguir que te dé más dinero.

Mientras servía el té Ginny se fijó en algo.

–¿Dónde está Barney?

–Le saqué fuera – dijo Rosina– . No podía soportar que siguiera en la habitación ni un segundo más – añadió, abanicándose con un pañuelo.

Ginny dejó la tetera sobre la mesa.

–¿Os dais cuenta de que a lo mejor se ha ido?

–¿Y qué más da? Ya te he dicho que me voy a librar de él.

–No puedes hacer eso – dijo Ginny, de camino a la puerta– . Al igual que el resto de las cosas que hay en esta casa, Barney es propiedad de *monsieur* Duchard. Y es un perro muy valioso.

Se puso su chaqueta de punto y sus botas de agua. Buscó la correa del perro, tomó una linterna y salió por la puerta de atrás de la casa. La temperatura era muy baja y el aliento se le congelaba nada más salir de su boca. Rodeó la casa, llamándolo por su nombre. Solo podía esperar que la estuviera esperando en el patio.

Pero no había ni rastro del animal. Mordiéndose el labio, fue hacia el portón lateral. Lo habían dejado abierto. Seguramente había sido Mavis al marcharse. Salió al camino que llevaba a la casa y miró a su alrededor. Echó a andar y siguió llamándolo por su nombre, consciente de que podía estar en cualquier sitio. Al llegar al borde de la finca respiró profundamente y silbó tres veces, tal y como solía hacer Andrew. Se oyó un ladrido y un momento después Barney apareció a lo lejos, meneando la cola, con la lengua fuera.

–Buen chico – dijo Ginny, respirando con alivio.

Le puso la correa y dio media vuelta para regresar a la casa. El perro se resistía a volver, no obstante. Se paró con firmeza y miró hacia atrás, hacia el camino del que había salido. Comenzó a gemir suavemente. Era como si esperara a alguien. Ginny levantó la linterna y apuntó directamente hacia la maleza y los tojos.

–¿Quién hay ahí? – preguntó con decisión.

No hubo respuesta alguna. Un momento después Barney dejó de estar en alerta y echó a andar hacia la casa. Ginny se sintió como una idiota fantasiosa de pronto. No era momento de dar rienda suelta a la imaginación, sino de resolver cosas prácticas e importantes, cosas como dónde iba a vivir a partir de ese momento, cómo se ganaría la vida...

Mientras caminaba hacia la casa, la desesperación se apoderó de ella.

Ojalá no hubiera oído jamás el nombre de Andre Duchard.

Capítulo 2

Cuando Ginny regresó a la casa, su madre estaba sola en el salón.

–¿Dónde está Cilla? – le preguntó.

–Se ha ido a la casa de campo para hablar con Jonathan acerca de la horrible situación en la que nos encontramos.

–¿Hablar con Jonathan? ¿Para qué?

–Para ver cómo podemos revocar este testamento infame. Por supuesto – dijo Rosina. Su voz recuperó ese ominoso temblor de antes– . Oh, no puedo ni pensar en que Andrew me haya podido traicionar de esta forma, que me haya engañado, que haya pisoteado nuestro amor – sacudió la cabeza– . Haber tenido un hijo, en secreto, y haberlo ocultado durante todos estos años, sin decirme nada... a mí, a su esposa. Es que es difícil de creer. Casi me hace desear que... – se detuvo abruptamente– . Tráeme un brandy, Virginia, uno bien cargado. Necesito algo que me calme un poco los nervios.

Mientras Ginny le preparaba la bebida, Rosina continuó hablando.

–Tú tienes suerte de no sufrir de esta manera. Cilla y yo somos muy sensibles, pero a ti nada parece afectarte nunca.

–Eso no es cierto – dijo Ginny sin perder la calma y entonces le llevó el brandy a su madre– . Pero creo que no tiene sentido alterarse tanto por cosas que no podemos cambiar.

–Pero si todos nos unimos y nos mantenemos firmes...

–Podríamos terminar haciendo el ridículo y nos perderían el respeto.

–A lo mejor no opinarías así si hubieras sido la víctima de este gran ultraje.

«Si supieras...», pensó Ginny, con amargura.

–No es eso, madre. Hay muchísimas familias que tienen que arreglárselas con mucho menos – hizo una pausa– . ¿Por qué no vamos mañana a ver esa casa de campo?

Rosina movió la cabeza.

–Tú ve, si quieres. Yo me niego a poner un pie en ese sitio – sacó un pañuelo– . Oh, Andrew, ¿cómo me has hecho esto?

Era evidente que no esperaba respuesta alguna a la pregunta. Ginny esperó a que hubiera tomado un poco de brandy y entonces le sugirió que vieran un poco la televisión. Esperaba que su madre volviera a acusarla de ser una insensible y no se equivocó. Rosina, sin embargo, se dejó convencer finalmente y en cuestión de unos minutos su

telenovela favorita acaparó toda su atención. Ginny agradeció el descanso.

El sitio en el que trabajaba en ese momento se llamaba Meadowford Café, pero la gente siempre se refería a la cafetería como «el bar de la señorita Finn». La señorita Finn original había servido como cocinera en algunas de las casas más prestigiosas y finalmente había decidido abrir un negocio en la zona donde veraneaba y a la que estaba muy apegada. Era una señora rolliza y rozagante y su don para la repostería la había hecho famosa. El local abría a primera hora de la mañana y servía cafés, comidas ligeras, sándwiches, quiches y ensaladas apetitosas. La jornada terminaba después de la hora del té. La señorita Finn se había retirado unos años antes y su sobrina soltera, la señorita Emma Finn, se había hecho cargo del negocio.

Ginny siempre había querido ser maestra, pero su madre se había opuesto a ello desde el principio, horrorizada. Siempre le había dicho que la necesitaban en casa.

–Esta es una casa enorme y necesito a alguien a mi lado para ocuparme de todo. La señora Pelham ya no puede con todo y se lo debo a Andrew.

Ginny había terminado dando el brazo a torcer, pero, después de tres meses ociosos, había visto el anuncio en la ventana de la cafetería de la señorita Finn y se había decidido a pedir el trabajo.

–¿Vas a ser camarera? – le había preguntado la señora Charlton, escandalizada– . Pero no puedes hacer eso. ¿Qué va a decir Andrew?

Su madre se había equivocado, no obstante. Andrew le había dado una palmadita en el hombro y le había dicho «bien hecho» mientras le guiñaba un ojo.

Trabajar en el local de la señorita Finn había resultado ser una experiencia muy buena y no había tardado mucho en aceptar la oferta de la señorita Emma para trabajar a tiempo completo.

Habían pasado tres años desde entonces y aún seguía disfrutando de su empleo. Además, de esa manera también podía seguir ayudando a la señora Pelham.

Unos meses antes, no obstante, la señorita Emma había anunciado que estaba comprometida y que se iría a Bruselas tras la boda, así que había que tomar decisiones rápidas respecto a la cafetería. Los Welburn eran los dueños del local. Solo hacía falta que alguien quisiera comprar el negocio y Ginny había sido la primera en recibir la oferta.

–Supongo que debería ser Iris Potter – le había dicho la señorita Emma en un tono algo ansioso– . Porque es la más antigua aquí, pero no se lleva muy bien con la gente, y tú, Ginny, aunque eres joven, eres una chica muy capaz y les caes bien a los clientes.

Ginny sabía que era una buena oportunidad, pero era evidente que

la señorita Finn no estaba al corriente de su situación económica. Andrew siempre le había dado una paga y se la había aumentado en cuanto se había dado cuenta de todo lo que hacía en la casa, pero, aparte de su sueldo, eso era todo lo que tenía. Había ido al banco con un proyecto empresarial, pero no había servido de nada. Le habían dicho que era demasiado joven y que no tenía aval alguno, así que finalmente no había tenido más remedio que acudir a Andrew.

Él la escuchó con atención.

–Bueno... – le dijo cuando terminó de exponer su plan– . Entonces realmente quieres convertirte en la próxima señorita Finn, ¿no?

–Sí, bueno – le dijo ella, aunque jamás se hubiera visto a sí misma de esa manera– . Es un negocio estupendo, y como han construido esos nuevos hoteles rurales en Lan's Field, creo que es una buena oportunidad.

Andrew levantó la mano.

–Dame todos los papeles, querida. Yo lo revisaré todo y te diré algo.

Ginny le dio todo lo que le pidió, pero él estuvo ausente la mayor parte del tiempo durante las tres semanas siguientes a esa conversación y la incertidumbre inevitablemente se apoderó de ella. La señorita Emma, además, necesitaba una respuesta rápida. Una noche, sin embargo, fue el mismo Andrew quien la abordó para hablarle del tema justo antes de irse a la cama. Le oyó llamarla por su nombre y se volvió. Estaba al pie de la escalera, mirándola con esa sonrisa dulce que siempre le acompañaba.

–No te preocupes, querida. No me he olvidado de la nueva señorita Finn.

«Pero sí la olvidó», pensó Ginny con tristeza.

Dos días después estaba muerto y no había dejado instrucciones respecto al negocio de la cafetería, así que eso la dejaba en el punto de partida. No era más que una camarera y el lunes iba a tener que decirle a la señorita Emma que no podía adquirir la cafetería. Cuando comenzaron a aparecer los créditos de la telenovela en la televisión, la señora Charlton preguntó si iba a haber cena esa noche, o si la señora Pelham estaba de huelga.

–Le dije que ya nos arreglaríamos nosotras. Hay mucha comida – le dijo Ginny.

Su madre arrugó los labios.

–Eso es comida del funeral. ¿Un plato de comida caliente es mucho pedir? Incluso me valdría con una tortilla.

Mientras cascaba unos huevos en un bol y gratinaba un poco de queso, Ginny pensó en lo fácil que le había resultado a Rosina adaptarse a su papel de esposa de un hombre rico, y en lo difícil que le sería volver a cocinar y a limpiar su propia casa. Justo cuando iba a cortar la tortilla en dos, oyó un portazo a lo lejos. Cilla no tardó en

aparecer.

–¿Eso es la cena? Gracias a Dios. Me muero de hambre – agarró ambos platos, tomó unos cubiertos y se fue, dejando a Ginny con la palabra en la boca.

Esta untó dos rebanadas de pan con mantequilla, puso algo de jamón encima y se llevó su sándwich de vuelta al salón. El chaparrón de lamentos y calamidades ya había comenzado.

–Simplemente no podía creérmelo – decía Cilla– . Les conté lo que había pasado y lo horrible que había sido todo, y ellos no me dijeron nada. Se limitaron a mirarse los unos a los otros. No hubo ni una sola palabra de empatía o de preocupación.

–¿Crees que ya lo sabían? – le preguntó Rosina, pero Cilla sacudió la cabeza.

–No. Es evidente que se llevaron una enorme sorpresa. Y entonces sir Malcolm dijo que suponía que el señor Duchard se hospedaba en el Rose and Crown, y ella dijo: «Claro. Irás a verle, querido, y le invitarás a cenar» – Cilla sacudió la cabeza– . Cuando oí eso me quedé anonadada. Pensé que Jon iba a decir algo, que iba a decir que lo sentía mucho, por nosotras, pero no dijo nada. Se quedó con la cabeza baja, mirando la alfombra.

–Verás que Jonathan siempre está de acuerdo con su madre, Cilla.

Su hermana se volvió hacia ella. Sus ojos azules estaban llenos de malicia de repente.

–No siempre. Si así fuera, estaría comprometido contigo y no conmigo. Estoy segura de que los Welburn te habían escogido a ti como futura nuera, así que tuvisteis mala suerte. Yo volví y Jonathan decidió que me prefería a mí.

–Cariño – dijo la señora Charlton en un tono reprobador– . Eso no ha estado bien.

–Y tampoco es cierto – dijo Ginny– . Jonathan y yo solo salimos unas pocas veces. No fue nada más que eso.

–Eso no es lo que dice Hilary Godwin. Ha ido diciendo por ahí que estabas loca por él.

–Hilary salió con él durante un tiempo. A lo mejor tenía otros motivos para decir eso. Pero eso ahora no importa. Volvamos a lo que nos ocupa – Ginny respiró profundamente– . Creo que deberíamos ser nosotras, y no los Welburn, quienes invitaran a cenar a Andre Duchard.

La señora Charlton contuvo el aliento.

–Debes de haberte vuelto loca. ¿Quieres que nos convirtamos en el hazmerreír del pueblo?

–Al contrario – dijo Ginny con energía– . Eso es precisamente lo que estoy intentando evitar. Si queréis que conservemos algo de respetabilidad por aquí, entonces tendremos que aceptar lo que ha

pasado con toda la dignidad que podamos. Tendremos que aceptar al heredero al que ha elegido Andrew.

Ginny guardó silencio un instante y las dejó asimilar lo que sin duda era una idea descabellada para ellas.

–Así que mañana... – añadió, asintiendo con la cabeza– . Le dejaré una nota en el Rose and Crown. No será nada formal, pero tampoco será una invitación a tomar la merienda. Y también invitaremos a los Welburn. Haremos que sea una gran reunión de familia y con un poco de suerte nos apuntaremos unos cuantos puntos con ello – se volvió hacia su madre– . Y no podemos esconder la cabeza como el avestruz, madre, así que llamaré al despacho del señor Hargreaves y le pediré la llave de la casa de campo. Echaremos un vistazo y haremos una lista con todo lo que haya que hacer allí.

–Te estás echando un gran peso encima – dijo Rosina.

–Alguien tiene que hacerlo. Y ahora, si me disculpáis, me voy a tomar el sándwich a mi habitación. Ha sido un día tremendo y tengo que escribir una carta.

Al cerrar la puerta oyó las exaltadas palabras de Cilla.

–Bueno, de verdad...

Primero se dirigió hacia el estudio de Andrew para buscar algo de papel. Los sobres estaban al fondo de un cajón y al intentar alcanzarlos sus dedos se toparon con algo más grande.

«Dios mío», pensó al sacarlo hacia fuera. ¿Acaso era otro testamento en el que todos sus problemas quedaban resueltos? Sacó el documento del cajón y se encontró con un mapa de Francia. Era de la región de Borgoña y el motivo por el que estaba escondido no era ningún misterio. Lo examinó durante unos segundos. La curiosidad batallaba con el resentimiento. Trataba de convencerse de que no le importaba en absoluto de dónde procediera Andre Duchard, pero no fue capaz de resistir la tentación. Finalmente terminó abriendo el mapa y extendiéndolo sobre el escritorio. Localizó Terauze sin mucha dificultad. La ciudad estaba rodeada por un círculo negro. El mapa, además, estaba algo desgastado en los bordes. Estaba claro que lo habían usado mucho. Todos esos viajes al extranjero... Su madre siempre decía que eran «aburridos viajes de negocios», y muchos de ellos debían de haberlo sido, de hecho. Los registros de pedidos de la empresa siempre estaban llenos.

–¿Andrew nunca te ha pedido que le acompañes? – le había preguntado una vez a su madre.

Rosina se había encogido de hombros.

–Querida, no son más que reuniones y más reuniones. Está mucho mejor solo.

Y su madre también estaba mucho mejor sin él, con sus clases de golf, las amigas del *bridge* y los almuerzos en Lanchester. Pero a la

vista de las circunstancias, estaba claro que Andrew prefería guardar el secreto y que animaba a su esposa a que se quedara en casa. Sin embargo, tenía que ser consciente de que un día todo llegaría a saberse y que entonces las consecuencias serían nefastas. ¿O acaso le daba igual?

«No. Eso no puedo creerlo», se dijo Ginny.

Andrew Charlton era un hombre bueno, generoso, alguien que se había hecho cargo de una viuda y de sus dos hijas. Suspirando, volvió a mirar el mapa. Borgoña... Muchas cosas provenían de allí: el vino, la mostaza... Andre Duchard. Pero si realmente era el hijo de Linnet Farrell, tal y como pensaba la señora Pelham, ¿cómo había terminado ella en Borgoña?

Había tantas preguntas sin respuesta que no tenía sentido darle vueltas al enigma. Lo único que podía hacer era tratar de mejorar las relaciones con el recién llegado. Volvió a guardar el mapa, por tanto, sacó el papel y el sobre que buscaba y regresó a su habitación.

No tuvo ningún problema para conseguir la llave de Keeper's Cottage a la mañana siguiente. El señor Hargreaves no trabajaba los sábados por la mañana, pero lo llamó por teléfono después del desayuno y él le prometió que se la dejaría en su despacho lo antes posible. Además, por primera vez en mucho tiempo, logró que su madre le prestara su pequeño coche sin protestar.

Keeper's Cottage estaba en el borde de la finca de Barrrowdean y se accedía a ella por un estrecho sendero. Hecha de ladrillo rojo, era la clase de casa que dibujaba un niño. Tenía una puerta central flanqueada por dos ventanas cuadradas, con tres ventanas en la planta superior y chimeneas a ambos lados del techo de pizarra. Ginny empujó el portón de madera y avanzó por el camino que atravesaba el jardín abandonado. Hacía un día plomizo y olía a nieve. Ginny se tapó mejor con el abrigo y trató de resguardarse del afilado viento. La puerta de entrada crujió al abrirse. Ginny se detuvo un instante en el estrecho vestíbulo y miró hacia el tramo de escaleras que tenía delante. Respiró profundamente y subió al primer piso.

El corazón acababa de caérsele a los pies. Keeper's Cottage tenía mucho potencial para alguien con entusiasmo y energía. Para su madre, sin embargo, tener que vivir allí sería como una sentencia de destierro, y tal vez tenía algo de razón. Una vez más volvió a tener dudas acerca de ese matrimonio que siempre había creído perfecto.

«¿Pero qué sé yo del matrimonio? ¿O del amor?», se preguntó a sí misma, recordando las pullas que Cilla le había lanzado en ocasiones.

Jonathan le gustaba. Solía sentir esas mariposas en el estómago cuando él la llamaba, pero las cosas no habían pasado de ahí. El glorioso regreso de Cilla había puesto fin a ese pequeño romance, y el dolor que había sentido a causa de su rechazo seguramente provenía

del orgullo herido.

«Si me hubiera importado lo bastante, probablemente habría luchado por él. Además, todo eso forma parte del pasado y en junio se convertirá en mi cuñado», se dijo.

Al volverse hacia las escaleras se paró en seco. Acababa de oír un ruido proveniente del piso inferior. Era el crujido de la puerta de entrada al abrirse y cerrarse. No podía ser un ladrón porque no había nada que robar, excepto el hornillo. De todos modos, no obstante, Ginny metió la mano en el bolso para buscar el móvil, pero entonces recordó que lo había dejado cargando en su mesita de noche. Caminó hasta el borde de las escaleras y miró hacia abajo con cautela.

Apoyado contra el poste de la barandilla, dueño de sí mismo y de todo lo que le rodeaba, Andre Duchard la observaba con gesto tranquilo. Tenía el pelo algo alborotado y no se había afeitado.

–Virginie.

Una vez más el sonido de su nombre en francés la hizo sentir una extraña vergüenza. Era como si acabara de deslizar un dedo sobre su piel.

–No recuerdo haberle dado permiso para llamarme por mi nombre de pila. ¿Qué está haciendo aquí?

Andrew Duchard la taladraba con la mirada.

–Estoy inspeccionando mi herencia – dijo y sonrió– . Todas mis nuevas posesiones.

–¿Era eso lo que hacía anoche, merodeando por el jardín?

Él se encogió de hombros.

–De vez en cuando necesito despejarme un poco.

Ginny se mordió el labio.

–¿El señor Hargreaves sabe que está aquí?

–Claro que sí – arqueó las cejas– . Le dije que nunca había estado en una choza y que quería ver cómo era. Él me entendió perfectamente y me dio una llave, pero no me ha hecho falta usarla porque tú ya estabas aquí.

Ella lo miró fijamente.

–¿No le dijo que a lo mejor yo estaba aquí?

–No. ¿Acaso era importante saberlo?

El silencio se prolongó peligrosamente.

–Yo… siento mucho el comentario de la choza – se apresuró a decir Ginny de pronto– . Me temo que mi madre estaba demasiado alterada y no sabía lo que decía ayer.

–Pero espero que hoy ya se haya resuelto todo y que se haya acostumbrado a la idea – su tono de voz era incisivo– . Me gustaría que fuera así – miró a su alrededor– . ¿Crees que le gustará su nuevo hogar?

Ginny decidió callarse la respuesta más obvia. No era sensato

enfrentarse a Andre Duchard.

–Bueno, es un sitio pequeño y necesita muchas reformas, pero creo que con el tiempo podría llegar a ser un lugar muy acogedor.

–*Tout de même*, ella no ha venido contigo para ver la casa.

–Creo que no entiende la sorpresa que nos hemos llevado todos con esto – se mordió el labio– . Ni siquiera sabíamos que mi... que su padre estaba enfermo.

–Yo tampoco. Él prefirió guardar silencio al respecto.

–Como muchos otros – dijo Ginny, sin poder aguantarse.

Su rostro sombrío tenía un toque de cinismo.

–A lo mejor sabía que la noticia de mi existencia no sería bien recibida.

–Mi madre no podría culparle por algo que ocurrió mucho tiempo antes de que se conocieran – dijo Ginny, a la defensiva– . Si hubiera estado al tanto de todo, entonces no tendría por qué sentirse traicionada.

–¿Se siente traicionada? Es curioso que piense eso.

Ginny se movió, inquieta.

–Bueno, no he venido aquí a discutir los aspectos positivos y negativos de esta situación. Me marcho y le dejo que siga con su inspección – comenzó a bajar las escaleras, pero entonces se detuvo– . Casi se me olvidaba. Tengo una invitación para usted.

–¿Una invitación? – repitió él, como si oyera la palabra por primera vez en su vida.

–Sí, una invitación a cenar con nosotras, mañana por la noche.

Al ver su cara de incredulidad, Ginny deseó no haberles planteado una idea tan peregrina a su hermana y a su madre. Ojalá no se le hubiera pasado por la cabeza. Ya era demasiado tarde, no obstante.

–Iba a dejársela en el hotel, pero ya que está aquí...

Continuó bajando las escaleras, buscando el sobre dentro del bolso. De pronto pisó donde no debía y se precipitó hacia delante, pero unas manos firmes la agarraron justo a tiempo. Durante una fracción de segundo, Ginny sintió su pecho contra el rostro y su nariz y su boca se llenaron de un suave aroma a lana limpia, a jabón y a algo indefinido... el cálido olor de la piel masculina. Un segundo después volvía a tener los pies en el suelo.

Se sonrojó.

–Deberías tener más cuidado, *mademoiselle* – le dijo él con frialdad– . No necesitas más tragedias en la familia.

–No... no suelo ser tan torpe – le entregó el sobre– . No tiene que decidir inmediatamente. Por supuesto. Y no nos sentiremos ofendidas si no puede asistir porque está muy ocupado.

–Acepto la invitación. Claro. Me sorprende mucho que la señora Charlton esté dispuesta a ofrecer esta ramita de olivo – hizo una

pausa– . Porque la iniciativa viene de ella, ¿no?

–Oh, claro – dijo Ginny rápidamente.

El breve titubeo que había precedido a su respuesta resultó ser fatal, no obstante.

Unos dedos fuertes capturaron su barbilla y la obligaron a mirarlo a los ojos.

–Para ser un mentiroso hábil hace falta mucha práctica, *ma mie* – le dijo suavemente– . Esperemos que no te veas obligada a faltar a la verdad muy a menudo, porque de lo contrario, no sé si llegarás a conseguir ese grado de pericia. Es evidente, no obstante, que tus poderes de persuasión con mamá son formidables.

Ginny se soltó con brusquedad y dio un paso atrás.

–Si es franqueza lo que quiere, *monsieur*, ¿le puedo preguntar si alguna vez se afeita?

–*Bien sûr*, en ocasiones, sobre todo si me voy a la cama con una mujer. Pero dudo mucho que vaya a ser tan afortunado – añadió en un tono pensativo– . Su preciosa hermana ya tiene a su amante, *hélas*.

El corazón de Ginny dio un salto que la dejó sin aliento.

–Mi hermana está comprometida para casarse, *monsieur*. El señor Welburn es su prometido.

–Y es un prometido muy rico, según lo que oí en el bar anoche – Duchard se encogió de hombros– . Lo que nadie sabe a ciencia cierta es si el compromiso terminará en boda o si acabará cuando él piense que ya ha pagado bastante por los placeres obtenidos.

Ginny contuvo el aliento. Echó el brazo hacia atrás, pero antes de que pudiera abofetear ese rostro cínico y burlón, unos dedos de acero se cerraron alrededor de su muñeca.

–Bueno... Ya veo que la chica educada tiene genio. Y me pregunto qué más tendrá.

De repente tiró de ella, la rodeó con un brazo y sus labios se estrellaron contra ella casi con violencia. Las protestas de Ginny no llegaron a salir de su boca.

Capítulo 3

Ginny no era capaz de forcejar, ni de gritar. Apenas podía respirar. Él la sujetaba con demasiada fuerza. Sentía las manos atrapadas entre sus cuerpos y no era capaz de resistirse al movimiento experto de sus labios y a la sensual exploración que estaba llevando a cabo con la lengua. Era como si tratara de probar todo su sabor, como si quisiera beber de ella, vaciarla por completo.

Ginny se movía entre sus brazos. La mente le daba vueltas y, sin embargo, por alguna extraña razón, no quería que parara.

Él la soltó de pronto.

–Oh, Dios – dijo, ahogándose– . ¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve?

–*Sois tranquille* – Duchard tuvo la desfachatez de sonreír– . Me ha hecho falta valor, *sans doute,* pero todos los experimentos lo requieren, ¿no?

–La invitación sigue en pie.

–Me sorprendes – le dijo él lentamente– . Tu familia debe de necesitar algo desesperadamente.

Ella pasó por delante de él sin decir ni una palabra. Al llegar a la puerta se detuvo un instante.

–Una tregua. Eso es lo máximo que esperamos. Bueno, le esperamos a las siete y media.

La sonrisa de Duchard no desapareció de sus labios.

–Estoy deseando asistir. *À demain.*

A Ginny se le había soltado el cabello durante el violento encuentro y su melena se movía alrededor de su rostro sin ton ni son mientras avanzaba hacia el coche. Subió con rapidez, asió el volante con fuerza y esperó a que los temblores que la sacudían remitieran un poco antes de arrancar. Al lamerse los labios con la punta de la lengua se dio cuenta de que aún podía sentir su sabor. Condujo con sumo cuidado hasta que Keeper's Cottage se perdió a lo lejos. Se detuvo en un área de descanso a las afueras del pueblo y permaneció inmóvil durante unos segundos.

«Tienes una cena que preparar. Concéntrate en eso. Olvida todo lo demás», se dijo.

Había hablado del menú con la señora Pelham esa mañana y tenían pensado preparar mousse de salmón, buey Wellington con verduras asadas, uvas en gelatina de champán, para después terminar con un buen queso. Tras dejar la llave en el despacho del señor Hargreaves

fue a comprar el queso a una tienda especializada situada en High Street y, justo en el momento en que salía del establecimiento, vio a sir Malcolm y a lady Welburn. La pareja salía del Rose and Crown en ese instante.

Los saludó con la mano.

–Me alegro mucho de verles – les dijo, sin aliento después de haber cruzado la acera– . Sé que deberíamos haber avisado con más tiempo, pero a mi madre le encantaría que cenaran con nosotros mañana, con Jonathan, si no tiene otros compromisos. Andre Duchard, el hijo de Andrew y su heredero, va a estar presente también.

–Mi querida Virginia, qué idea tan buena – dijo lady Welburn. Ese aire de comedimiento que siempre la acompañaba desapareció durante unos segundos y entonces sonrió– . Acabamos de preguntar por él en el hotel, pero no está ahora – bajó la voz– . Te confieso que estaba un poco preocupada por la actitud de Lucilla ayer, y me alegro de que Rosina haya decidido hacer lo correcto. Es una situación muy difícil para todo el mundo. Dale las gracias a tu madre y dile que allí estaremos.

Ginny le devolvió la sonrisa. Sabía que la señora Welburn sabía de quién había sido la idea en realidad.

–Estará encantada.

Dos horas más tarde regresó a la casa, cargada con bolsas del supermercado de Lanchester. En el vestíbulo se encontró con su madre.

–Hola – le dijo– . Voy a guardar todo esto y luego te cuento lo de la casa.

–No hace falta – dijo Rosina– . Porque no pienso irme de aquí.

Ginny dejó las bolsas.

–¿Entonces dónde tienes pensado vivir?

–Me voy a quedar aquí mismo. Es la solución más evidente.

–¿La solución a qué problema?

Rosina agitó una mano con impaciencia.

–La solución al futuro de Barrowdean. Ese tal Duchard regresará a Francia pronto. Su lugar no está aquí y lo sabe. Pero es el dueño de esta casa y necesita que alguien cuide de ella en su ausencia. Contratar a un vigilante que viva en la propiedad le costaría una fortuna, así que seguiré viviendo aquí sin pagar renta y, a cambio, me ocuparé del mantenimiento de la casa. Yo diría que es una solución muy sencilla.

–Yo también, pero mi definición de «solución sencilla» es algo distinta – Ginny sacudió la cabeza– . ¿Cuándo se te ocurrió esta fantasía?

–Es una cuestión práctica – dijo Rosina en un tono cortante– . Parece que se te ha olvidado la boda de Cilla. La carpa y el catering ya

han sido contratados y van a venir más de doscientas personas –Rosina asintió rápidamente– . A lo mejor lo de esta cena de familia no es tan absurdo como pensaba. Así tendremos oportunidad de hablarle del tema y de convencerle.

–Me alegra que pienses eso – dijo Ginny con frialdad– . Es mañana por la noche y los Welburn también vienen.

–Bueno, con un poco de suerte, lograrán hacerle entrar en razón, sobre todo en lo que se refiere al asunto de la boda – hizo una pausa– . Le has visto, ¿no? Al francés... ¿Cómo reaccionó cuando le invitaste?

Un estremecimiento recorrió a Ginny por dentro al recordar el momento. La expresión de su rostro le había dado miedo.

–Se mostró sorprendido – dijo.

–Teniendo en cuenta su aspecto, no creo que asista a muchas cenas. Solo espero que sepa usar un tenedor y un cuchillo como es debido –Rosina fingió un escalofrío– . No puedo ni imaginarme cómo es posible que Andrew, que siempre fue tan exigente con esas cosas, haya podido tener algo con una campesina.

Ginny estuvo a punto de corregirla, pero decidió callar. No sabía qué podía hacer su madre con una información como esa.

El domingo por la tarde el invierno había vuelto al pueblo y las nevadas no hacían más que contribuir al clima gélido que reinaba en Barrowdean. Ginny lo había intentado todo, pero no había sido capaz de convencer a su madre para que abandonara el plan de quedarse como vigilante de la casa.

–Entonces por lo menos pregúntaselo en privado – le dijo.

–No. Esta es la oportunidad perfecta. Los Welburn son nuestros vecinos más cercanos y él querrá causarles una buena impresión.

–Bueno, no creo que al señor Duchard le importe lo que piensen los vecinos de él – le dijo Ginny con cansancio– . Su hogar está en Francia, así que no pasará por aquí tiempo suficiente como para preocuparse por eso.

Rosina chasqueó la lengua.

–Virginia, ¿puedes dejar de ser tan negativa? Me estás deprimiendo.

La joven prefirió guardar silencio.

Ayudar a la entrañable señora Pelham a preparar la comida, por suerte, la hizo sentirse algo mejor, y si hubiera podido limitarse a servir la comida en vez de tener que compartir mesa con los invitados, se habría puesto más contenta aún. Para empezar, no sabía qué ponerse. La mayor parte de la ropa que tenía en el armario eran prendas de diario, justo lo que necesitaba para las largas jornadas de trabajo en la cafetería y los quehaceres de Barrowdean.

Lady Welburn siempre elegía bien su atuendo. Solía ponerse faldas

largas de terciopelo de distintos colores que le hacía la modista del pueblo, y las combinaba con suéteres de cachemira, siempre de color negro. Ella, sin embargo, tendría que ponerse «el vestido». Lo sacó del armario e hizo una mueca. Se trataba de un vestido que le llegaba hasta la mitad de la pierna, de manga larga y con cuello alto, en color topo. Se lo había comprado a toda prisa durante las navidades dos años antes. No estaba de humor para ir de compras en aquella ocasión, y tampoco disponía de mucho tiempo. No podía ser más sencillo y deslucido. No la favorecía en absoluto, pero sí le encajaba donde debía al menos.

Se dio una ducha, se peinó el cabello al estilo *bob*, tal y como hacía siempre, se puso el vestido color topo y bajó las escaleras. Sabía que ni su madre ni Cilla aparecerían hasta el último momento. Fue a ver cómo estaba el fuego del hogar del salón, comprobó que no faltaban bebidas y regresó a la cocina para llevar los boles de aperitivos. Al abrir la puerta se detuvo de golpe. La garganta se le agarrotó. Andre Duchard estaba allí, apoyado contra el borde de la mesa de la cocina, algo que la señora Pelham no le dejaba hacer a nadie. Estaba comiendo anacardos como si nada. Llevaba un traje oscuro, combinado con una camisa blanca y una corbata gris de seda que le daba un aire sombrío, pero radiante. Seguía llevando el cabello demasiado largo, pero por lo menos se había peinado un poco y afortunadamente se había afeitado.

Él la examinó de arriba abajo y arqueó las cejas, como si opinara lo mismo que ella acerca del vestido que se había puesto.

–*Bonsoir* – dijo finalmente, inclinando la cabeza.

Reprimiendo las ganas de apretar los dientes, Ginny se apartó de la puerta y dio un paso adelante.

–Yo... yo no sabía que ya había llegado alguien.

–Es que he llegado demasiado pronto – no sonaba muy arrepentido–. Pero quería hablar con Marguerite. Era muy amiga de mi madre – le sonrió y tomó otro anacardo– . Pero eso ya lo sabes, creo.

Ginny se puso tensa.

–La señora Pelham cree que la conocía. Sí.

En ese momento la señora Pelham entró en la cocina. Llevaba un álbum de fotos en las manos.

–Sabía que lo encontraría – dijo con entusiasmo y entonces se detuvo– . Oh, señorita Ginny. ¿Los otros invitados han llegado ya?

–No – le dijo Ginny– . Es que he recordado unas cosas en el último momento.

Echó los anacardos que quedaban en un bol y tomó un plato de palitos de queso. Tenía intención de llevarlos al salón, pero algo la hizo detenerse.

–Ahí está – decía la señora Pelham– . En el jardín con la señora

Charlton. Y esa es ella, ayudando en las fiestas del pueblo. Oh, era una chica encantadora.

–*Si jeune. Si innocente.*

–Así era – dijo la señora Pelham con vehemencia– . Era todo bondad, y lo repetiré hasta el día en que me muera.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y la señora Pelham volvió a ser el ama de llaves correcta y educada de siempre.

–Si me disculpa, señor...

Ginny corrió hacia el salón también, seguida de cerca por Andre Duchard. Cuando entraron los Welburn, seguía allí de pie, con esa sonrisa desenfadada.

Ginny respiró profundamente mientras realizaba las presentaciones y les ofreció bebidas. Tanto el señor Malcolm como la señora Welburn pidieron un sherry, mientras que Jonathan y Andre Duchard prefirieron un whisky escocés. Jonathan la acompañó para ayudarla con las bebidas.

–Esto tiene que ser una pesadilla – le susurró con discreción.

–Hemos tenido momentos mejores – le dijo Ginny con disimulo.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Rosina con un vestido negro de seda que dejaba ver unas piernas bien formadas y bonitas. Saludó a todos los presentes y les pidió disculpas por su tardanza.

–Espero que Virginia les haya agasajado como es debido – añadió– . Un gin tonic para mí, cariño, por favor. ¿Está nevando de nuevo o son ideas mías? Qué horror.

Cuando la conversación sobre el tiempo empezaba a agotarse llegó Cilla. Se detuvo en la puerta un instante para causar el mayor efecto posible. Se había puesto un vestido tipo túnica de color morado, combinado con unas medias negras que la hacían parecer un heraldo sexy. Ella lo sabía, además. Ginny terminó mirando a Andre Duchard. Había una mueca burlona en sus labios. Parecía que todo aquello le divertía mucho, pero había algo más en su gesto...

«No solo ha sido una mala idea. Ha sido la peor idea que he tenido en toda mi vida», pensó Ginny, cada vez más alarmada.

Cuando llegó el momento de cenar, se dio cuenta de que nadie iba a respetar la disposición de asientos que había preparado.

–No hace falta entrar en formalidades en una ocasión familiar como esta – dijo Rosina con entusiasmo, presidiendo la mesa.

Con un gesto les indicó a los Welburn que se sentaran a ambos lados de ella. Ginny se dio cuenta de que Andre Duchard se había sentado junto a Cilla, dejando a Jonathan frente a ellos.

La mousse de salmón recibió los halagos de todos los comensales y Rosina aceptó los elogios de buen grado.

–Cocinar siempre ha sido una de las cosas que más disfruto – añadió.

Lady Welburn miró por encima de su copa.
–Yo pensaba que esta era una de las especialidades de la maravillosa señora Pelham.
Rosina no titubeó ni un segundo.
–Me temo que esta clase de cosas ya le resultan un poco difíciles de hacer. Debería haberse retirado hace mucho tiempo – se volvió hacia Ginny– . El próximo plato, querida. ¿Te importa?
La pieza de ternera se había cocinado a la perfección dentro del hojaldre y la cubierta de paté y champiñones, y las verduras asadas con ajo eran la guarnición perfecta.
Sir Malcolm se había ofrecido a hacer de sumiller. Al ver que Ginny había escogido un St Emilion tras el Chablis que había servido con el primer plato, arqueó las cejas ligeramente.
–Burdeos, querido amigo, no Borgoña – dijo mientras llenaba la copa de Andrew Duchard– . Espero que no se lo tome como un desafío.
–En absoluto – dijo Andre, mirando a Ginny– . Un vino maravilloso siempre es un vino maravilloso. No importa de dónde venga la uva.
Ginny se sonrojó.
–No sé mucho sobre vino en realidad – dijo, mintiendo.
La sonrisa de Andre se hizo más grande, pero lady Welburn acudió en su ayuda.
–¿En qué parte de Borgoña vive, *monsieur* Duchard?
–En un pueblo que se llama Terauze, *madame*.
–¿Terauze? – preguntó sir Malcolm– . Me suena ese nombre. ¿Usted tiene algo que ver con la industria enológica?
–Trabajo en el *Domaine Baron Emile*, *monsieur*.
Ginny contempló con horror la mirada que su madre acababa de lanzarle a la señora Welburn.
«Un campesino. Lo sabía», parecía quererle decir.
Por suerte, su actitud fue cortés cuando se volvió hacia Duchard.
–¿Es usted una de esas personas que pisa las uvas, señor Duchard?
–*Non, hélas* – su rostro sombrío permanecía impasible– . Ya no se machacan de esa manera, aunque todavía se recogen a mano.
–Ah – exclamó Rosina evasivamente– . Entonces supongo que no tiene mucho que hacer en esta época del año.
–En este preciso momento, quizás sí, *madame* – se encogió de hombros– . Pero después de la fiesta de St Vincent, el patrón de los *vignerons*, que es dentro de diez días, comenzamos con la poda.
–Fascinante – dijo Rosina y se volvió hacia lady Welburn para preguntarle algo acerca del *Women's Institute*.
Andre Duchard volvió a dedicarle toda su atención a Cilla y comenzó a flirtear con ella sin ningún pudor delante de su prometido. Pero lo peor de todo era que la hermana de Ginny le seguía el juego,

mirándolo de reojo y riéndose con disimulo. Ginny había oído decir una vez que el flirteo era como hacer el amor sin tocarse, y la expresión no podía ser más adecuada para describir lo que ocurría en ese momento. Andre Duchard le sonreía a su hermana, le murmuraba cosas al oído... Sus labios estaban a unos pocos milímetros de distancia. Su actitud no tenía nada que ver con la que había empleado para dirigirse a ella; la había agarrado brutalmente y la había besado con fiereza. Pero Ginny ya no quería pensar más en ello. Lo mejor que podía hacer era comportarse como si nunca hubiera pasado.

Los Welburn fingían no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo al otro lado de la mesa. Sin embargo, Ginny solo necesitó mirar una vez a Jonathan para darse cuenta de que su expresión de siempre se había convertido en una máscara. Se volvió hacia él y sonrió. Le preguntó por el caballo que tenía pensado comprar.

–Voy a pagar un precio muy alto por él – le respondió él en un tono tenso– . Solo espero que merezca la pena.

Ginny recordó de repente aquel comentario corrosivo de Andre Duchard en referencia a los rumores que circulaban acerca de Jonathan en el pueblo.

«Y es un prometido muy rico, según lo que oí en el bar anoche. Lo que nadie sabe a ciencia cierta es si el compromiso terminará en boda o si acabará cuando él piense que ya ha pagado bastante por los placeres obtenidos», le había dicho el francés.

Respirando profundamente, Ginny decidió lanzar una advertencia en cuanto pudiera.

La comida desapareció rápidamente. Era evidente que Ginny era la única persona a la que masticar la tierna carne cubierta de hojaldre le resultaba igual que comerse unos viejos guantes de cuero en ese momento. A cada segundo que pasaba, le costaba más tragar. La gelatina de champán fue todo un éxito y sir Malcolm y Andre Duchard también tomaron queso para terminar.

–El café en el salón, creo – dijo Rosina, levantándose y alisándose el vestido– . Ocúpate de ello, Virginia, por favor.

Ginny sospechaba que su madre quería librarse de ella, pero no podía hacer nada al respecto.

Mientras la señora Pel preparaba el café y la bandeja, limpió la mesa del comedor y cargó el lavavajillas antes de dirigirse hacia el salón. Nada más llegar a la puerta, sus peores temores se vieron materializados.

–¿No? – decía su madre en ese momento– . ¿Va a rechazar una petición tan razonable como esta sin siquiera considerarlo un momento, teniendo en cuenta que su padre deseaba que Lucilla se casara en esta casa, que quería llevarla al altar? – la voz de Rosina temblaba cada vez más– . Oh, esto es una verdadera pena. Es

increíble.

Con el corazón en el suelo, Ginny empujó la puerta y entró, pero nadie reparó en su llegada. Todos miraban a Rosina y a Andre Duchard con caras de estupefacción.

–¿Que mi padre lo deseaba, *madame*? – dijo Andre Duchard con frialdad– . A lo mejor no está al tanto de que hace unas semanas lo preparó todo para alquilar esta casa el mes que viene durante tres años, o quizás tampoco sabe que tenía intención de irse a Francia, para reunirse conmigo en Terauze. El contrato con los futuros inquilinos ya ha sido firmado y no está en mi poder rescindirlo, aunque quisiera hacerlo, lo cual no es así.

El silencio sepulcral que siguió a sus palabras hizo tambalearse a Ginny, tanto así que tuvo que dejar la bandeja sobre una mesa antes de que se le cayera de las manos. Intentando controlar el temblor de su mano, agarró la cafetera y comenzó a servir café en las tazas. La cabeza le daba vueltas.

–¿Quiere leche, lady Welburn? – se oyó decir a sí misma en un tono calmo.

De pronto, como si una cuerda acabara de romperse, la atmósfera de tensión que reinaba en la estancia se desvaneció y dio paso a un ambiente más relajado.

–Gracias, querida – dijo lady Welburn y entonces se volvió hacia su futura nuera, que había empezado a llorar– . Cálmate, querida. No es el fin del mundo.

–Pero hemos pedido una carpa preciosa con rayas de color rosa y blanco, e íbamos a poner flores a juego – dijo Cilla en un tono quejumbroso– . Oh, lo que nos ha hecho Andrew es una crueldad. ¿Cómo pudo hacernos algo así, sin decirnos nada?

«A lo mejor lo hizo para ahorrarse una escena como esta», pensó Ginny.

–Bueno, yo no me creo ni una palabra – dijo Rosina en un tono iracundo.

Andre se encogió de hombros.

–Entonces le sugiero que hable con *monsieur* Hargreaves. Él le dará todos los detalles.

–¿Hargreaves? – Rosina dejó escapar una risotada cargada de rabia– . Ya me buscaré a un abogado que no permita que me timen y que me quiten mis derechos.

–¿Que la timen? – repitió Andre Duchard– . *Madame,* me parece que ese es el último argumento que una persona como usted debería usar.

Ginny vio cómo huía la sangre del rostro de su madre. Sir Malcolm se colocó a su lado rápidamente.

–Siéntese, señora Charlton – la llevó hacia una silla– . Entiendo que se trata de una situación de lo más inesperada e incómoda para usted,

pero estoy seguro de que Andrew tenía intención de hablarle de sus planes. Desafortunadamente no tuvo tiempo de hacerlo. Podría haber sido un cambio muy agradable para los dos – añadió en un intento por apaciguar a Rosina– . Una nueva vida.

–¿Vivir en Francia? ¿Con su bastardo? – a Rosina le temblaba la voz– . Yo nunca, nunca habría estado de acuerdo. Y él debía de saberlo.

–Y mi boda – dijo Cilla con una energía repentina– . ¿Qué va a pasar con mi boda, con todos mis planes? Todo se ha desmoronado – añadió con un sollozo.

–No, Lucilla. Simplemente habrá que cambiar unas cuantas cosas – dijo lady Welburn– . Pero podemos hablar de ello en otro momento, cuando estés más calmada.

Cilla, sin embargo, se resistía a posponer la conversación y en ese momento fulminó a su hermana con una negra mirada cuando se acercaba para darle su taza de café.

–¿Tú sabías algo de todo esto? Apuesto a que sí. Y ya puedes llevarte todo eso. No lo quiero – extendió una mano con petulancia y tiró la taza que Ginny sostenía al suelo. El café se derramó sobre su vestido color topo antes de precipitarse hacia el suelo.

Lady Welburn apretó los labios.

–Creo que deberíamos marcharnos, querido – le dijo a su marido.

Andre Duchard dio un paso adelante.

–*Au contraire, madame*. Por favor, no se preocupe. Claramente soy yo quien debería marcharse. Les pido disculpas por haberles arruinado una noche tan placentera, aunque el motivo del desacuerdo no lo he escogido yo. *Bonsoir*.

Esbozó una rígida sonrisa y se dirigió hacia la puerta. Justo antes de salir, no obstante, se volvió hacia Ginny, que en ese momento estaba agachada, recogiendo la taza y el platito de la alfombra.

–Ojalá pudiera lamentar también el daño que ha sufrido su vestido, *mademoiselle* – dijo con tranquilidad– . Pero, *hélas,* eso es imposible. Más bien me parece un acto de Dios – añadió y se marchó sin más.

Ginny debería habérselo tomado como un insulto, pero, por alguna razón, sintió unas ganas incontenibles de echarse a reír.

–Ya ve, lady Welburn – la voz de Rosina retumbó de repente en el silencio– . Ya ve lo difícil que es lidiar con esta persona. Solo Dios sabe a qué presión sometió a mi pobre Andrew. Sé que nunca hubiera renunciado a esta casa por voluntad propia, no cuando sabía lo mucho que significaba para mí.

Se volvió hacia Ginny, que se había puesto en pie con la vajilla intacta en las manos.

–Todo esto es culpa tuya. Sabía que invitar al tal Duchard iba a ser un completo desastre.

Lady Welburn también se puso en pie.

–No creo que Virginia tenga la culpa de las decisiones que tomó su padrastro, señora Charlton. Seguramente ella tampoco sabía nada, como usted – hizo una pausa– . Creo que deberíamos marcharnos para que pueda reflexionar tranquila sobre la situación – le dedicó una amable sonrisa a Ginny– . ¿Por qué no subes y te quitas ese vestido, querida? A lo mejor si lo metes en agua fría...

«También puedo echarlo al cubo de la basura», pensó Ginny.

Ya en su habitación, se cambió rápidamente y se puso la bata de terciopelo rojo que le había regalado Andrew por su cumpleaños. Hubiera dado cualquier cosa por irse a la cama en ese momento, pero todavía tenía quehaceres pendientes, así que esperó a que se fueran los Welburn antes de bajar de nuevo.

Cuando volvió al vestíbulo, la puerta se abrió de repente. Era Jonathan. Tenía copos de nieve por toda la cabeza y también sobre el abrigo.

–Oh, lo siento – dijo al verla– . Mi padre ha olvidado su bufanda.

–Está ahí, sobre la mesa – Ginny se detuvo y esperó a que la recogiera– . Jon, por favor, pídeles disculpas a tus padres en mi nombre. No sabía que esto iba a terminar así.

Jonathan dejó escapar una risotada seca.

–Eso también va por mí. ¿Pero en qué estaba pensando Cilla cuando se puso a flirtear con ese hombre?

Ginny se mordió el labio.

–Quería un favor de él. A lo mejor solo trataba de mejorar las relaciones, limar asperezas – trató de sonreír– . Ya sabes cómo es cuando se empeña en conseguir algo.

–Ya empiezo a darme cuenta. Pero después de lo de esta noche, ya no sé si soy yo lo que realmente le interesa.

Ginny reprimió una exclamación. Las cosas se estaban complicando por momentos.

–Jon, no puedes pensar eso de verdad. ¿Crees que Cilla va a estar interesada en alguien como Andre Duchard? Imposible. A lo mejor no se ha comportado bien durante la cena, pero ahora mismo ninguno de nosotros se encuentra en su mejor momento. Además – añadió con vehemencia– . Ninguna mujer en su sano juicio podría preferirle a él antes que a ti.

–Eres una buena amiga, Ginny, mucho más de lo que merezco, creo.

De repente se inclinó hacia delante y, para sorpresa de Ginny, le dio un beso en los labios. No fue más que una caricia fugaz, pero Ginny retrocedió de inmediato, consciente del sonido de una puerta cercana que acababa de cerrarse en ese momento.

Forzó una sonrisa.

–Y seré mejor cuñada todavía. Buenas noches, Jon. Y no te

preocupes. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

Le acompañó a la puerta y cerró con llave. Años antes había vivido esa escena muchas veces en su imaginación, antes de que Cilla regresara y cautivara el corazón de Jonathan Welburn. Por aquel entonces soñaba con el día en que él la tomara en sus brazos y la besara.

Y en ese momento, de repente, había ocurrido. Jon la había besado, pero... no había sentido nada más que una ligera vergüenza y un gran alivio. Su madre o Cilla podrían haber pasado por allí en ese instante y...

«Creo que ya hemos tenido bastante por hoy. Mañana tengo que ir al trabajo y darle a la señorita Finn la mala noticia», pensó.

Con eso tenía cubierto el cupo de calamidades.

Capítulo 4

A la mañana siguiente un blanco manto de nieve lo cubría todo. Ginny se abrigó bien y sacó a Barney a dar un paseo.

El animal saltaba y daba vueltas, maravillado con la nieve. Cuando regresaron entró por la cocina a toda prisa y terminó sacudiéndose en el vestíbulo en el momento en que Rosina bajaba las escaleras.

–Ese perro – exclamó la madre de Ginny en un tono envenenado– . Se va tan pronto como el veterinario pueda venir a buscarle.

–No. No puedes hacer eso – Ginny agarró a Barney del collar y le hizo calmarse– . Andrew lo quería mucho.

–Mucho más de lo que nos quería a cualquiera de nosotras, por lo visto.

–Por lo menos déjame intentar conseguirle otro hogar.

–Tienes una semana – le espetó Rosina por encima del hombro de camino al comedor– . Hasta entonces, que se quede en alguna de las casetas de fuera. No quiero volver a verlo por aquí.

«Y yo no quería tener que levantarme esta mañana. Ahora entiendo por qué», pensó Ginny, llevándose a Barney de vuelta a la cocina.

Había pasado una noche inquieta y apenas había podido dormir. Tal y como esperaba, Rosina y Cilla seguían igual, lamentando sus penas y calamidades ante todo aquel que quisiera prestarles atención. No podía negar que tenían algo de razón, no obstante. Andrew debía de haber hecho planes a largo plazo y no había duda de que había guardado silencio con toda intención.

Sin embargo, a pesar de todo, Ginny no podía olvidar la inesperada réplica de Andre Duchard cuando su madre se había quejado de que la habían timado.

«Debería haberle preguntado y voy a hacerlo en cuanto tenga oportunidad», se dijo.

Por lo menos Rosina había aceptado que no iba a tener más remedio que quedarse en Keeper’s Cottage, e incluso había accedido, no sin reticencia, a visitar la vivienda tras revisar la lista de reformas que había hecho Ginny. Pero Barney se había convertido en otro problema más que necesitaba solución… Ginny se cambió de ropa y se puso una falda de tweed de color beige y un suéter negro para irse a trabajar.

Fue a ver a Emma Finn a la hora de la comida, y la cosa resultó tan difícil como había imaginado.

–Ha habido muchos rumores acerca del testamento del señor

Charlton, como supongo que ya sabes – le dijo su jefa en un tono poco alentador– . Pero yo, francamente, no he hecho caso a ninguno de ellos.

–Desafortunadamente, todo es cierto – Ginny se miró las manos. Las tenía sobre el regazo, fuertemente entrelazadas– . No... no tengo nada que reclamar.

–¿No crees que el nuevo heredero te respaldaría, si le explicas las circunstancias?

Ginny se puso erguida.

–Estoy segura de que no lo haría – le dijo con contundencia– . Aunque pudiera preguntárselo.

–Oh, vaya – dijo Emma– . Bueno, Ginny, no te voy a mentir. Esto ha sido una gran decepción para mí, pero tengo la oferta de Iris sobre la mesa y necesito cerrar el trato lo más pronto posible – frunció el ceño– . Aunque sospecho que cuando me vaya, todo va a cambiar mucho por aquí.

«Como todo lo demás», pensó Ginny cuando regresaba al trabajo.

Fue una tarde muy ajetreada. El tiempo no acompañaba y todo el mundo pedía sopa y chocolate caliente. Además, cada vez que servía a alguien tenía que soportar con estoicismo un discurso de condolencias y no tenía más remedio que dar las gracias y tratar de no enfadarse ante la inquisitiva curiosidad que percibía.

«Es normal», se decía una y otra vez. No parecía propio de Andrew haber tenido un hijo ilegítimo y haberlo mantenido en secreto durante tantos años.

El café se fue vaciando a medida que se acercaba la hora de cerrar. Ginny estaba limpiando las mesas cuando vio entrar a Andre Duchard. El francés se sentó en una mesa de una esquina.

Durante una fracción de segundo se quedó petrificada. Solo sentía los pesados latidos de su corazón y una extraña sequedad en la boca. Era real, pero era inexplicable. Y no podía hacer nada al respecto. El orgullo le impedía recoger la bandeja cargada y esconderse en la cocina.

Respiró profundamente y cruzó el salón de la cafetería, consciente en todo momento de su incisiva mirada. Parecía sonreír con disimulo.

–Entonces así pasas los días – le dijo al verla detenerse frente a él.

–Sí, así es – le dijo Ginny, levantando la barbilla– . ¿Para eso ha venido? ¿Para satisfacer su curiosidad? – le preguntó.

–*Pas entièrement* – examinó la carta rápidamente– . *Un café filtre, s'il vous plaît.*

–Enseguida – Ginny anotó el pedido en su cuadernillo y entonces se detuvo– . ¿Con leche y azúcar?

Él hizo una ligera mueca.
–*Merci*. También quisiera un coñac.
Ginny sacudió la cabeza.
–No tenemos licencia para vender alcohol. Ni siquiera vino, así que la señorita Finn no es un cliente en potencia.
–*Quel dommage* – le dijo él y volvió a mirar la carta– . Pero este establecimiento es muy femenino, *n'est ce pas?*
–No del todo. Nuestra comida también tiene mucho éxito entre los hombres... Tal vez le venga mejor el Rose and Crown – añadió Ginny.
Él se encogió de hombros.
–El café que hacen es muy malo, pero cumple su función. A mí me ha parecido *une veritable mine de renseignements* – hizo una pausa y observó su expresión de confusión– . Una mina de información – le explicó, dedicándole una mirada irónica– . Además, las chicas que trabajan allí sonríen más.
Ginny se puso tensa.
–A lo mejor tienen muchas más cosas de las que alegrarse. Parece que ha olvidado que acabo de perder a alguien a quien consideré mi padre durante muchos años.
–Yo, en cambio, no. Durante la mayor parte de mi vida, no fue más que un nombre para mí. Y cuando eso cambió, al principio no me hizo mucha gracia.
–Nosotras ni siquiera sabíamos de su existencia.
–Y desearíais que hubiera seguido siendo así, ¿no?
–Yo sin duda hubiera querido estar preparada para ello, en vez de llevarme una sorpresa tras otra.
–¿Y le odias por ello?
Ginny lo miró con estupefacción.
–No. No. Claro que no. ¿Cómo iba a odiarle? – hizo una pausa– . Es que no entiendo cómo pudo guardar semejante secreto durante tanto tiempo.
–Todos tenemos nuestros secretos, ¿no? Cosas que escondemos... – durante una fracción de segundo su mirada se posó sobre los labios de Ginny, entreabiertos en ese instante.
La joven sintió un calor repentino en las mejillas.
–En cuanto a mi padre... – volvió a encogerse de hombros– . A lo mejor pensaba que siempre habría tiempo... para explicar el pasado y hablar de sus planes de futuro. Esa es una lección que deberíamos valorar.
–Y yo debería recordar que estoy aquí para trabajar. Iré a buscar el café.
–Y trae uno para ti. Quisiera hablar contigo.
–No puedo. Va contra las normas. No podemos sentarnos con los clientes.

Andre levantó las cejas.

–*Oh là là.* ¿Ni siquiera cuando se trata de un miembro de la familia?

–No estamos emparentados… afortunadamente.

–Entonces estamos de acuerdo en algo – Andre Duchard le sonrió– . Bueno, por una vez, sáltate esta norma que no creo que exista, y tómate un café conmigo – añadió– . Sin tirármelo a la cara, por favor.

Ginny le fulminó con la mirada. Se dirigió hacia la plancha situada detrás de la barra y sirvió dos cafés bien cargados. Sentía su mirada sobre la piel en todo momento. Las manos le temblaban, pero logró llevar las tazas hasta la mesa sin derramar nada en los platitos.

–¿De qué quería hablar? – le preguntó, sentándose en el borde de su silla.

–Empecemos con tu deseo de comprar este lugar.

Ginny dejó la taza sobre la mesa de golpe.

–¿Cómo sabía eso?

–Mi padre me lo dijo – Andre hizo una pausa– . Él no quería que te llevaras una decepción, pero no estaba de acuerdo con esa decisión.

–¿Él se lo dijo? – Ginny tragó con dificultad– . Pero… ¿por qué?

–No quería que te convirtieras en la próxima señorita Finn. Creía que eras demasiado joven como para enterrar tu futuro de esa manera.

Ginny se mordió el labio.

–Bueno, eso ya no tiene importancia. Le van a vender el café a otra persona.

–Entonces vas a empezar de cero, en otro lugar lejos de aquí.

–Todavía no lo he decidido.

Los labios de Andre dibujaron una ligera mueca.

–No me cabe duda de que tienes muchas cosas que pensar, pero te aconsejo que ignores las expectativas de tu madre respecto a la revocación del testamento. Eso no pasará, sea cual sea el abogado al que contrate para reemplazar al señor Hargreaves.

–¿Para reemplazarle? – repitió Ginny, estupefacta– . No entiendo.

–Hablaron por teléfono hoy. Ella estaba muy molesta porque él no le había informado de que la casa iba a ser alquilada. Él le explicó que no quería darle tantas malas noticias juntas, que estaba esperando a encontrar el momento adecuado, pero todo lo que le dijo fue en vano. Tu madre quiere prescindir de sus servicios.

Ginny tuvo que reprimir un gruñido de impotencia.

–Estoy segura de que no hablaba en serio. Hablaré con ella.

–Creo que ya es demasiado tarde para eso. Ella le echa la culpa por haber seguido las instrucciones que mi padre le dejó respecto a su patrimonio, por no haberle hecho entrar en razón.

Había un ligero tono de burla en su voz que no pasó desapercibido para Ginny.

–Está claro que no entiende lo que siente mi madre. No entiende lo

aturdida que está, el daño que le han hecho. Verse tratada de esta manera... después de once años de feliz matrimonio...

–¿Así lo ves tú? *Une vraie idylle?* – le dijo. Ya no se molestaba en disimular la sorna que impregnaba sus palabras– . Así empezó, ¿no? La cubierta de un barco bajo las estrellas, un hombre y una mujer abrazados, tras haber superado la tragedia del pasado, buscando una nueva esperanza juntos...

–¿Y qué hay de malo en eso? Mucha gente comienza relaciones duraderas cuando están de vacaciones.

–Pero hay muchos más que lo ven como un interludio agradable, y nunca más vuelven a pensar en ello una vez regresan a sus vidas de siempre. A lo mejor eso es lo más sensato.

Ginny lo miró fijamente durante unos segundos.

–¿Y cree que eso es lo que debería haber hecho mi madre?

–No puedo hablar por ella – dijo Andre en un tono serio– . Pero sí puedo hablar por mi padre.

–Creo que sus palabras están siendo ofensivas.

Él se encogió de hombros.

–Yo diría... falsas.

Ginny se puso en pie. Estaba temblando.

–¿Pero qué derecho tiene a juzgarla? Mi madre se quedó viuda con dos niñas pequeñas, y muy poco dinero.

Andre Duchard hizo una mueca cínica.

–Sin embargo, era dueña de una parte de un salón de belleza y podía permitirse un caro crucero por el Mediterráneo, pero no os llevó ni a tu hermana ni a ti. *Incroyable.*

¿Dueña de un salón de belleza? Sus palabras resonaron en la mente de Ginny. ¿De qué hablaba ese hombre? Su madre hacía la manicura. No era más que una empleada.

Cambió el rumbo de la conversación rápidamente.

–Habla como si mi madre nos hubiera abandonado en la calle – le dijo en un tono desafiante– . Nos quedamos con nuestra madrina y su marido en Fulham y lo pasamos muy bien allí. En un barco nos hubiéramos muerto de aburrimiento. Y mi madre se fue de crucero porque le tocó la lotería. No fue un premio grande. Claro – añadió al verle arquear las cejas– . Pero con eso pagó muchas deudas. Además, lo había pasado muy mal y necesitaba tomarse un pequeño descanso.

–*Sans doute* – dijo Andre en un tono neutral– . Y al volver del crucero, qué sorpresa. Tenía un nuevo marido.

–¿Pero cómo se atreve? ¿Qué es lo que está insinuando?

–No insinúo nada. Simplemente enumero los hechos. ¿Nunca te has preguntado cómo pasó todo? ¿Cómo fue que se produjo este matrimonio tan conveniente?

–Por supuesto que no. Se conocieron y se enamoraron. Eso es todo –

Ginny se agarró del respaldo de la silla con ambas manos. Estaba confusa, dolida, desconcertada– . ¿Es este el veneno que le ha dado a Andrew durante todos estos años? ¿Le hizo volverse contra su propia esposa? Bueno, yo no me creo ni una palabra.

–¿Es una exhibición de lealtad familiar? – exclamó él en un tono cáustico– . Es un poco tarde para eso, me parece. Y yo no le dije nada a mi padre. Al contrario. Era él quien tenía todas las dudas. No eres ninguna tonta, Virginie, así que pregúntate por qué.

Andre Duchard se terminó su café y se puso en pie. Dejó un montón de monedas sobre la mesa.

–Haces un café excelente – dijo y se marchó sin más.

Ginny hubiera querido tirarle el dinero encima, pero muchos ojos la miraban desde la cocina.

Metió el importe del café en la caja registradora y puso el resto del dinero en la jarra de las propinas. Agarró su bandeja cargada de cosas y entró en la cocina. Todos la miraban con curiosidad.

Ni siquiera había podido hablarle de Barney y de su plan para buscarle otro hogar, pero... ¿Acaso importaba? Seguiría delante de todas formas.

Cuando llegó a casa, su madre estaba de muy mal humor. No quería contestar a las preguntas que Ginny necesitaba hacerle.

–Buscaré otro bufete en Londres – dijo Rosina– . Hargreaves es un incompetente.

Ginny se mordió el labio.

–Una batalla en los tribunales cuesta mucho dinero – le dijo Ginny.

–Pero a mí me pagará los gastos la otra parte – dijo Rosina, insistiendo– . Y mientras todo esté pendiente de resolución judicial, me quedaré aquí. No tengo intención de irme a vivir a una choza.

–Necesita algunas reparaciones – admitió Ginny, no sin reticencia– . Pero podríamos estar muy bien allí.

Los ojos de Rosina relampaguearon.

–¿Bien? Pero si no hay espacio suficiente para que viva un gato. ¿Cómo quieres que lleve allí a mis amistades? Y, por supuesto, como solo tiene dos dormitorios, tendrás que buscarte otro sitio donde vivir.

–Pero Cilla se va a casar. Podemos compartir habitación hasta entonces.

–No digas tonterías, Virginia. Los dos dormitorios son diminutos, y tu hermana va a necesitar espacio para su ropa – Rosina siempre hacía que todo pareciera muy lógico– . De todos modos, ya es hora de que te independices. No puedes esperar que te mantenga durante toda tu vida.

«Si hubiera ido a la universidad y me hubiera hecho maestra,

tendría un trabajo seguro ahora, pero tú me lo impediste», pensó Ginny, aunque no lo dijera en alto.

–No, madre. Nunca he esperado tal cosa. Y encontraré algo.

En el vestíbulo se encontró con el ama de llaves.

–No voy a cenar, señora Pel. Tengo pensado acostarme pronto hoy.

–No me sorprende – dijo la señora Pel con contundencia– . Pareces exhausta. Pero no te vas a ir hambrienta a la cama. Te traeré algo en una bandeja.

Lo de la bandeja resultó ser un bol humeante con caldo escocés, acompañado de un pan crujiente, un trozo de queso y una manzana. La deliciosa cena y la bolsa de agua caliente que Ginny encontró en la cama casi la hicieron llorar.

–Me está consintiendo mucho, señora Pel – le dijo a la anciana, intentando hablar con algo de ligereza.

–No es algo que ocurra a menudo – la señora Pel le puso la bandeja sobre el regazo– . Además, a lo mejor es mi última oportunidad de hacerlo. La señora Charlton quiere que me vaya al final de esta semana.

–¿Al final de esta semana? Pero ni siquiera ha avisado con el debido tiempo de antelación.

–Oh, ahora ya no importa – dijo la señora Pel– . Lleva mucho tiempo intentando librarse de mí. Y no quiero quedarme aquí sin el señor Charlton. Mi preciosa casa de campo me espera – hizo una pausa– . Y usted debería hacer lo mismo, querida. Abra las alas y vuele.

Asintió con la cabeza y se marchó para dejarla cenar tranquila.

Aunque sus pensamientos fueran confusos e infelices, Ginny se dio cuenta de que no le quitaban el apetito y comió hasta no dejar nada en el plato. Se terminó el pan con el queso y se inclinó contra las almohadas para comerse la manzana. Estaba jugosa y algo ácida, tal y como le gustaban a ella. Era como las de aquel manzano que la tía Joy tenía en la casa de Fulham...

Llevaba muchos años sin pensar en eso, pero las odiosas insinuaciones de Andre Duchard habían removido la tierra que cubría muchos recuerdos. Por aquel entonces tenía once años y su vida había cambiado para siempre. Lorimer Street... El aluvión de recuerdos la invadía por momentos. Era una casa adosada, como todas las que la rodeaban. Tenía una pequeña zona pavimentada delante de la entrada y un patio en la parte de atrás. Su madre siempre había odiado aquella casa, pero Ginny recordaba haberle oído decir a su padre que eso era todo lo que se podían permitir con su salario de profesor de primaria. Su padre albergaba la ilusión de conseguir un ascenso, pero había enfermado de leucemia, y aunque por aquel entonces Ginny era demasiado pequeña como para entender qué era eso, sí sabía que su

padre, siempre afable y de buen humor, se estaba alejando de ella sin remedio. La enfermedad se lo había llevado rápidamente.

Rosina era esteticista y trabajaba en el salón de belleza de la zona donde vivían. Al enviudar se había visto obligada a trabajar a tiempo completo. El salario, ligeramente aumentado por las propinas de una clientela adinerada, no era muy grande, pero la familia sobrevivía con la ayuda de los vecinos y de la tía Joy durante las vacaciones.

Por aquella época Ginny solía llevarse a Cilla al salón de belleza todos los días después del colegio y la mantenía entretenida en la diminuta sala de personal con ceras y libros de colorear hasta que llegaba la hora de irse a casa.

–Es tu hermana pequeña – le decía su madre– . Es tu obligación cuidar de ella.

La tía Joy y su marido, dueños de una próspera cadena de talleres de coches, no tenían hijos, pero se habían alegrado mucho cuando Rosina había regresado a Lorimer Street con sus hijas. La madre de Ginny, en cambio, se lo había tomado de otro modo y su silencio y su mal humor no habían pasado desapercibidos para Ginny tras el regreso a Lorimer Street. Era como si estuviera estableciendo comparaciones todo el tiempo.

Y en el salón de belleza hacía lo mismo cuando los clientes hablaban de sus casas en el Mediterráneo y exhibían sus nuevas joyas y sus trajes de firma. Pero entonces, un buen día, había sido ella la que había aparecido cargada de bolsas de Oxford Street y Knightsbridge.

–Me he llevado una grata sorpresa. Un dinero caído del cielo… – les había dicho sin darle mucha importancia.

Pero el dinero no le había caído del cielo en realidad. Le habían tocado varios miles de libras en la lotería, suficiente para pagarse un crucero. Cilla y ella se habían quedado con la tía Joy, pero ambas sabían qué día volvía su madre porque los días aparecían tachados en el calendario. Ginny estaba deseando volver a Lorimer Street y a su vida de siempre. Pero jamás iban a volver allí. Su madre había alquilado un elegante apartamento en un edificio muy moderno.

Cuando la tía Joy había ido a dejarlas en la casa, la habían oído discutir en voz alta con su madre, y después habían oído el estrépito de una puerta que se había cerrado bruscamente.

Ginny se había quedado de piedra, esperando a su madre.

–Vamos a ver nuestro nuevo palacio – les había dicho Rosina sin más, acalorada y tensa.

Sujetando la mano de su hermana, Ginny había seguido a su madre con obediencia y había recorrido toda la casa; el espacioso salón, la habitación principal, decorada en tonos aguamarina, el suntuoso cuarto de baño con los azulejos de color rosa y violeta…

–¿Cuándo vamos a volver a Lorimer Street? – le había preguntado finalmente.

–No vamos a volver – le había dicho Rosina en un tono cortante– . Lorimer Street ya no existe y no quiero hablar de ello de nuevo. Nunca más.

Ginny recordaba haber sentido un escalofrío por la espalda. Era como si jamás hubieran vivido allí, como si la tía Joy y el tío Harry jamás hubieran existido. Una tarde su madre las había llevado a tomar el té a unos grandes almacenes. Ginny recordaba cómo le había apretado la mano al salir del ascensor. Estaba nerviosa, impaciente... Un hombre alto y de cabello canoso se había puesto en pie con una sonrisa en los labios y su madre se la había devuelto entonces, relajándose por fin.

–Cariño, este es un buen amigo mío.

«Y ese fue nuestro primer encuentro con Andrew», pensó Ginny.

Capítulo 5

Durante los dos días siguientes, Ginny empezó a tener cada vez más dudas respecto a sus expectativas en la cafetería. Iris Potter no hacía más que hablar de todos los cambios que iba a hacer en el negocio. Al menos Andre Duchard no había vuelto por allí, pero cada vez que sonaba la campanilla de la entrada del pequeño café, el corazón de Ginny daba un vuelco.

A lo mejor, con un poco de suerte, había regresado a Borgoña... Lo último que necesitaba en ese momento era tener a alguien a su lado que siempre se las ingeniaba para sorprenderla cuando había bajado la guardia, alguien que la obligaba a recordar cosas que estaban mejor olvidadas y que la hacía tomar consciencia de sentimientos que prefería ignorar. Andre Duchard era un personaje demasiado turbador y lo mejor era tenerlo lo más lejos posible.

Sin embargo, aunque deseara que se hubiera marchado, la intuición le decía que aún seguía por allí, y que todavía era capaz de llevarla al borde de un abismo inesperado...

«Basta. No pienses eso. De hecho, no pienses en él en absoluto», se dijo, clavándose las uñas en las palmas de las manos al tiempo que miraba el reloj.

Eran más de las dos, así que por fin colgó el delantal para irse a comer. Se puso el abrigo y recorrió High Street a toda prisa hasta llegar a Betts Newsagent, el sitio donde había puesto el anuncio para buscarle un nuevo dueño a Barney. No eran buenas noticias lo que iba a encontrarse allí, no obstante.

–Esta época del año es muy mala para hacerse cargo de un perro, con todas las facturas de Navidad y el mal tiempo – le dijo la señora Betts– . Yo esperaría hasta primavera, señorita Mason, y volvería a intentarlo entonces.

«Ojalá pudiera», pensó Ginny, dándole las gracias y forzando una sonrisa.

Al salir de la tienda no pudo evitar fijarse en la fachada del Rose and Crown, que estaba justo enfrente. Una rabia creciente anuló la sensación de derrota que había sentido un momento antes.

Allí estaba él, el hombre que había salido de la nada, aquel al que se lo habían dado todo, pero que no parecía valorar nada. Iba a dar media vuelta para regresar a la cafetería, pero entonces vio a alguien que salía del hotel furtivamente en ese momento. Esa acolchada

chaqueta morada le resultaba muy familiar y también la capucha de piel con la que intentaba cubrirse toda la cara y el cabello rubio.

Ginny se detuvo. Respiraba con dificultad, como si acabaran de darle un puñetazo en el pecho. Era Cilla, y se dirigía hacia el aparcamiento. Caminaba con cuidado para no caerse sobre el resbaladizo pavimento.

Sin pensar muy bien en lo que hacía, Ginny cruzó la calle y se dirigió hacia la recepción del hotel. No había nadie en el mostrador, pero le bastó con mirar el tablero del que colgaban las llaves para darse cuenta de que solo faltaba la llave de la habitación tres. Con máximo cuidado y discreción, subió las escaleras rápidamente. La habitación que buscaba estaba al final del pasillo y un letrero de *por favor, no molestar* colgaba del picaporte. No había que hacer un doctorado para saber por qué estaba allí el letrero. Ginny apretó los puños y llamó a la puerta con fuerza, casi aporreando la gruesa madera.

«Cilla, eres una loca», pensaba, cada vez más nerviosa.

La puerta se abrió de golpe y Andre Duchard apareció ante ella. No llevaba más que una toalla alrededor de la cintura y la miraba con cara de pocos amigos.

–Tú – dijo en un tono que no auguraba nada bueno– . ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué es lo que quieres? – tenía el pelo mojado y el cuerpo también. Una barba incipiente le cubría la barbilla.

Consciente de que estaba viendo mucho más de lo que debía ver, Ginny sintió que el pulso se le aceleraba. Lo miró a los ojos.

–Quiero que dejes en paz a mi hermana. Esto no es negociable – le dijo con brusquedad, tuteándole.

–¿Tu hermana? ¿De qué estás hablando?

–Oh, no finjas – Ginny miró por encima de su hombro y contempló la cama revuelta. La garganta se le agarrotó y su voz se volvió más grave– . Ha estado aquí esta tarde, en el hotel. La vi marcharse.

–¿Y por eso deduces...? ¿Qué? – la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia el interior de la habitación al tiempo que daba un portazo con la otra mano.

Ginny forcejeó con él hasta soltarse.

–¿Qué demonios haces? – la voz le temblaba.

–Me parece que se llama conversar, en privado – le dijo, atravesándola con la mirada– . ¿Entonces crees que ha estado conmigo, y que somos amantes?

Ginny tragó en seco y trató de controlar su respiración. La habitación no era muy grande y el aire vibraba, cargado de tensión. Quería dar media vuelta y escapar de él.

–La encuentras atractiva. Tu comportamiento de la otra noche me lo dejó bien claro. Y ella no ha tenido mucha experiencia con los

hombres, así que se habrá sentido muy halagada, pero está comprometida, enamorada – añadió con un énfasis especial– . Y no voy a dejar que arruine su vida para que tú satisfagas un capricho pasajero.

–¿Comprometida? Sin duda, al menos de momento. ¿Enamorada? –Andre se encogió de hombros– . ¿Quién sabe? Creo que eres tú la ingenua, Virginie – hizo una pausa– . Seamos sinceros. ¿No te haría feliz que el joven *monsieur* Welburn, rico y de buena familia, dejara de ser el prometido de tu hermana y buscara consuelo con la chica a la que escogió primero? Ahora eres tú la que no puede fingir – añadió en un tono afilado– . ¿O acaso creías que nadie os había visto abrazaros con tanta ternura la otra noche?

Ginny recordó de repente el sonido de aquella puerta que se cerraba.

–¿Tú... estabas allí? – le preguntó, tartamudeando.

–Me estaba despidiendo de Marguerite. Cuando vi que interrumpía algo, me fui por otro camino.

–No interrumpías nada. Lo que viste fue un beso totalmente inocente. Él se había sentido muy incómodo durante toda la velada y estaba algo molesto. Eso es todo.

Andre Duchard hizo una mueca cargada de cinismo.

–Y cuando estén casados, tu hermana y él, y se sienta incómodo día tras día, ¿a quién va a acudir entonces? Porque *la belle Lucille* necesita a un hombre mucho más fuerte que el pobre Jonathan. Necesita a alguien que no le consienta todos los caprichos, pero que le dé sentido a su vida cada día, y que le enseñe a ser una mujer en su cama cada noche.

–Supongo que te refieres a ti mismo con todas estas tonterías machistas.

Andre Duchard arqueó las cejas.

–Y si es así, ¿por qué te importa tanto? Te estaría haciendo un favor, ¿no crees? ¿No es eso lo que quieres?

Ginny sintió que la boca se le secaba de repente. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y trató de encontrar una respuesta, cualquier respuesta que rompiera el incómodo silencio.

–No debería haber venido. Lo siento. Tengo que irme – le dijo de repente con una voz que le era desconocida – dio un paso hacia la puerta.

Él, sin embargo, permaneció donde estaba, impidiéndole el paso.

–No hasta que hayas contestado a mi pregunta, hasta que me hayas dicho la verdad – le dijo, taladrándola con la mirada– . Dímelo, ¿qué es lo que más deseas, Virginie?

Ella apartó la mirada, temblando.

–Yo... no puedo decírtelo – comenzó a mover las manos sin ton ni

son. La verdad que él buscaba la golpeó en la cara como un puño– . Porque... ya no lo sé.

–Entonces yo, *moi-même*, te lo diré – su voz no era más que un mero susurro.

La agarró con fuerza y le quitó el abrigo de los hombros. Lo tiró al suelo y buscó sus labios con avidez. Ginny tuvo un momento de pánico ciego. Se decía a sí misma que debía salir huyendo, pero las extremidades no la obedecían. Quería golpearle las piernas con los pies, clavarle las uñas en el rostro, en el pecho... Quería hacer cualquier cosa para librarse de él, para volver a sentirse segura. Sin embargo, no fue capaz de hacer ninguna de esas cosas, porque si se marchaba de allí, entonces también estaría luchando contra sí misma, contra lo que deseaba en realidad. Aunque estuviera profundamente avergonzada de ello, aunque no quisiera reconocerlo, sabía que compartía su deseo. No podía evitar rozarse contra él, entreabría los labios, buscaba sus caricias...

«Esto no puede pasar. No debe pasar», le decía una vocecilla desde un rincón de su mente. Las palabras retumbaban en su cabeza, pero la advertencia no tardó en diluirse en el torrente de deseo que fluía por su cuerpo.

Andre le desabrochó el sujetador después de quitarle el suéter por la cabeza y los tiró al suelo, sus dedos juguetearon con sus pezones hasta endurecerlos.

Le sintió bajar la cremallera de su falda de pana y dejó que cayera al suelo. Un segundo después la alzó en el aire para liberarla de la prenda y dejó que los zapatos se le cayeran también. Debajo solo llevaba las medias y las braguitas. Tiró de ella hacia delante y la hizo rozarse contra él para que pudiera sentir lo excitado que estaba.

Esa demostración, sin embargo, también la hizo recordar su falta de experiencia sexual y su absoluta carencia de sofisticación.

De repente él aflojó un poco las manos que la presionaban sin tregua. Era como si acabara de leerle la mente. Deslizó los dedos sobre la sedosa cortina de pelo que le caía sobre el rostro y entonces la sujetó de la nuca para besarla de nuevo, lenta y deliciosamente esa vez.

Dejando a un lado las dudas, Ginny enroscó los brazos alrededor de su cuello y escondió el rostro contra su hombro desnudo al tiempo que él la tomaba en brazos y la llevaba a la cama. Echó a un lado las sábanas revueltas y la tumbó sobre el colchón para después acostarse a su lado. Se había quitado la toalla y se inclinaba sobre ella en ese momento para quitarle las medias y las braguitas que todavía llevaba, desnudándola por completo. Comenzó a acariciarle el abdomen, exploró los rincones de su pelvis y empezó a descender hasta rodear el suave triángulo de vello que unía sus muslos.

Ginny contuvo el aliento y se arqueó contra él, rindiéndose a sus caricias más íntimas, temblando mientras él dibujaba un camino imaginario sobre el centro húmedo y cálido de su feminidad. Cada movimiento de sus dedos la hacía estremecerse y le descubría sensaciones hasta entonces desconocidas.

Él agarró su mano, la besó con fervor y la puso sobre su propio cuerpo, sobre su miembro erecto y duro. La hizo sentir el tamaño y la fuerza de su sexo, caliente y palpitante.

Ginny dejó escapar un pequeño gemido y lo miró a los ojos. Él se colocó sobre ella y deslizó las manos por debajo de su cuerpo para alzarla un poco.

–Tómame, *ma douce, ma belle.*

Ginny le obedeció. Sin decir ni una palabra le condujo hacia el interior de su sexo húmedo y cálido... No esperaba sentir dolor, pero sí lo hubo, así que acabó mordiéndose el labio inferior para reprimir un grito de protesta. Ese deseo irrefrenable que se había adueñado de ella era lo único que importaba en ese momento. Se aferró a sus hombros y empujó contra él, enroscando las piernas alrededor de sus caderas. Sus músculos se rindieron ante el potente sexo de Andre, que la llenaba por completo. Enganchado a ella, él volvió a besarla de nuevo y comenzó a moverse al mismo tiempo, lentamente al principio y después más rápido. Las embestidas rítmicas y contundentes de su cuerpo la despojaban del poco autocontrol que le quedaba y la transportaban a un nuevo nivel que la hacía perderse en una oscura espiral de deseo creciente.

«Oh, Dios», pensó Ginny. Un jadeo profundo se gestaba en su garganta.

¿Qué le estaba dejando hacer? ¿Qué hacía con ese hombre mitad ángel, mitad demonio?

De repente todo pensamiento racional la abandonó sin remedio y no quedó nada excepto un fiero crescendo de sensaciones salvajes e irresistibles que la hizo llegar a lo más alto para después arrojarla a un remolino, a un eufórico y convulso vaivén que la haría gritar su nombre.

Un segundo después le oyó gritar a él al tiempo que su cuerpo alcanzaba el clímax también.

Después, mientras yacían abrazados y agotados, reinó el silencio y una gran sensación de paz. Ginny sabía que quedaban muchas cosas por decir, pero ya habría tiempo para eso. En ese momento lo único que le importaba era el calor de su cabeza sobre el pecho, el peso de los párpados que se le cerraban... Había tiempo para lo demás, todo el tiempo del mundo...

Ginny se despertó en mitad de la oscuridad. Permaneció quieta durante unos segundos, desorientada. Se sentía tremendamente dolorida por dentro y tenía un peso grande encima que la inmovilizaba sobre la cama. Giró la cabeza lentamente y vio la cabeza de Andre Duchard sobre la almohada a su lado. Era su brazo lo que sentía alrededor del pecho, aprisionándola.

De repente la asaltaron todos los recuerdos de las horas que había pasado allí. La cruda realidad de lo que había hecho la atravesó como un puñal. Tenía que alejarse de él, de todas las formas posibles, para siempre, inmediatamente. Moviéndose con cuidado, fue capaz de levantarle el brazo lo bastante como para llegar hasta el borde de la cama. Él murmuró algo y Ginny se quedó inmóvil, pero entonces se dio cuenta de que solo se estaba dando la vuelta. No se había despertado.

No se atrevía a encender la lámpara, así que tuvo que palpar el suelo hasta encontrar toda su ropa. Se la puso rápidamente y sin hacer ruido. Miró en el bolsillo de su chaqueta para asegurarse de que su monedero y sus llaves aún seguían allí y salió al pasillo de puntillas. Al mirar el reloj, se dio cuenta de que había pasado más de dos horas y media con Andre Duchard. Había faltado al trabajo casi toda la tarde, pero ese era el menor de sus problemas en realidad. Bajó las escaleras con discreción, rezando para que no hubiera nadie en la recepción del hotel.

Afortunadamente la recepcionista estaba en la oficina interior, ocupada con el ordenador, así que Ginny logró escapar sin que nadie la viera, tal y como había hecho su hermana un rato antes... Ese pensamiento la hizo detenerse de golpe. Se paró en el umbral de la puerta de salida y se apoyó contra el marco de piedra. Unas náuseas violentas le impedían moverse. Lo que acababa de hacer no solo era inmoral. Era una absoluta locura. Tragó en seco, se obligó a dar un paso adelante y emprendió el duro camino de regreso a casa. Había ido a verle para que dejara en paz a su hermana, pero lo que había terminado haciendo era vergonzoso.

Cuando llegó a la casa, se la encontró vacía y se fue directamente a su habitación. Se desnudó por completo y se duchó restregándose con una esponja cargada de gel de baño para borrar el más mínimo rastro de Andre Duchard de su cuerpo. Se secó con brusquedad, se echó leche corporal en la piel y, tras ponerse el albornoz, se miró en el espejo. ¿Cómo iba a esconder ese brillo que tenía en la mirada y esos labios hinchados? En unas pocas horas se había convertido en otra persona, en alguien que le era totalmente ajeno, no solo física sino también emocionalmente. La joven cuya vida había vivido durante veintidós años parecía haberse esfumado. Aquella chica esperaba enamorarse algún día, esperaba descubrir los placeres del sexo en una

relación auténtica, llena de amor. Esa joven jamás hubiera pensado en entregarse a un hombre que era poco menos que su enemigo en una habitación de hotel durante una fría tarde de invierno.

Ginny suspiró. Ojalá hubiera podido dar marcha atrás en el tiempo para no caer en ese error imperdonable que acababa de cometer. Recogió la ropa sucia y la llevó abajo. Acababa de llenar la lavadora cuando se abrió la puerta de atrás. Era la señora Pel.

–Señorita Ginny – dijo la anciana, envuelta en un grueso abrigo y con un gorro de lana– . No esperaba verla ahora. ¿Ha cerrado antes la cafetería?

–No. Yo... No me sentía bien, así que me vine a casa.

–Hay muchos virus por ahí. Bueno, ¿por qué no vuelve a la cama? Le llevaré un poco de limonada caliente.

–Creo que ya he pasado demasiado tiempo en la cama – dijo sonrojándose– . Me vendrá mejor sacar a Barney a dar un paseo.

La señora Pel la miró con angustia.

–No está aquí, señorita Ginny. Un hombre vino a buscarlo a primera hora de la mañana. Me dijo que todo estaba arreglado.

–¿Arreglado? – el corazón de Ginny dio un vuelco– . Pero yo no sabía nada al respecto. ¿Cómo se llama?

–No escuché su nombre. Fue la señorita Cilla quien habló con él. Pero parecía muy agradable. Metió a Barney en una jaula en la parte de atrás de su todoterreno.

–¿Una jaula? – Ginny empezó a temerse lo peor, pero el timbre de la puerta sonó en ese preciso momento.

–Bueno, ¿quién será ahora? – exclamó la señora Pel.

–No tengo ni idea – dijo Ginny, consciente de que era una mentira. Sabía muy bien quién llamaba a la puerta. Estaba absolutamente segura– . Pero mamá y Cilla han salido, y yo prefiero no ver a nadie ahora, así que... ¿Podría decirle que no hay nadie en casa? – hizo una pausa– . Sea quien sea.

–Por supuesto – la señora Pel la miró con preocupación al tiempo que el timbre volvía a sonar– . No tiene buen aspecto, señorita Ginny. Vaya. Yo espero a que haya subido antes de abrir.

Ginny no fue directamente a su habitación, sino que se detuvo un momento en el rellano, escondida detrás de un armario.

Oyó abrir a la señora Pel.

–Bueno, señor Andre, vaya sorpresa. Me temo que toda la familia ha salido.

–¿*Mademoiselle* Virginie también?

–Todas.

Hubo un silencio.

–*Oui, je comprends* – Andre Duchard hizo otra pausa– . *À demain*, tengo que regresar a Francia, Marguerite. Por favor, discúlpeme ante

la señora Charlton por no haberme despedido de ella, aunque estoy seguro de que no lo lamentará mucho.

–Bueno, le echaré de menos, *monsieur* Duchard. Me alegra saber que su madre encontró por fin la felicidad que buscaba. ¿Quiere que le deje algún mensaje a alguien?

–Gracias, pero no. De momento, todo lo que puedo decir es... *au revoir*.

De repente pareció que hablaba mucho más alto, pero a lo mejor solo era producto de la imaginación de Ginny.

–Pero... volveré. Y será muy pronto.

Desde su escondrijo, Ginny oyó cómo se cerraba la puerta. La señora Pel regresó a la cocina.

De repente se dio cuenta de que le temblaban las manos. Andre Duchard sabía que estaba allí. Todo lo que había dicho lo había dicho para ella.

–Pero cuando vuelva, *monsieur* Duchard – dijo en un susurro– . Ya no estaré aquí. Se lo prometo.

Capítulo 6

Aunque tuviera intención de seguir adelante, Ginny tampoco esperaba un revés tan fuerte del destino. Había pasado una noche terrible, temiendo quedarse dormida porque no quería soñar con ese gran error que había cometido por la tarde. Y también estaba preocupada por Barney. Su madre le había dicho que no había tenido nada que ver con su desaparición y Cilla se había limitado a decirle que el hombre que le había recogido era «normal» y que no recordaba su nombre. Cuando llegó al trabajo, estaba cansada y deprimida. Veinte minutos después se había quedado sin él.

–Iris ha insistido mucho – dijo la señorita Finn– . Dice que has demostrado ser una persona poco de fiar al marcharte en mitad de una tarde ajetreada sin permiso para no regresar después. Le dije que estaba segura de que tenías una explicación, pero no quiere saber nada al respecto.

–Acabo de darle la excusa que necesitaba – Ginny inclinó la cabeza– . Y me temo que tampoco puedo explicarlo.

La señorita Finn suspiró y le entregó un sobre.

–Tienes dos semanas de sueldo y te he escrito una carta de recomendación – hizo una pausa– . A lo mejor esta es una buena oportunidad para considerar un cambio de rumbo.

–Sí – dijo Ginny con seriedad– . Eso... eso ya lo había pensado.

«Pero me tomaré las cosas con calma», pensó al marcharse.

Absorta en sus pensamientos, se detuvo ante un paso de cebra para cruzar. De pronto sintió una mano sobre el brazo. Horrorizada, se dio cuenta de que Andre Duchard estaba a su lado.

–¿*Ou vas tu*? Iba hacia la cafetería a buscarte.

Ginny se soltó con fuerza.

–Bueno, no es tu día de suerte porque me han echado del trabajo. Y no quiero que me busquen ni que me encuentren, así que sigue tu camino y yo seguiré el mío.

–Bueno, eso sí que es absurdo. Hay que hablar de ciertas cosas y salir huyendo no sirve de nada. Darás un paseo conmigo o te llevo en brazos.

–Si me pones una mano encima... Gritaré hasta quedarme sin aire.

–Y yo diré que es una disputa de amantes y me creerán.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Tienes una pequeña marca roja bajo el pecho izquierdo. Creo que

es de nacimiento. ¿Quieres que todo el mundo sepa que ayer la besé? *¿Non? Alors*, ven.

La tomó de la mano y la condujo calle arriba hacia el Rose and Crown.

Ginny se resistió. La voz le temblaba.

–No... no voy a volver allí.

–*¿Qu'as tu?* – Andre Duchard la miró fijamente y entonces dejó escapar una risita– . *Mon Dieu*, ¿crees que tengo tiempo para estas cosas? Vamos a hablar.

La hizo entrar en el restaurante del hotel, desierto a esas horas. Una camarera apareció inesperadamente, no obstante, así que le pidió un café.

–¿Por qué no me dijiste que era la primera vez que te acostabas con un hombre? – le preguntó Andre una vez les sirvieron las bebidas y se quedaron solos de nuevo– . Era algo que necesitaba saber. Y no me lo niegues – añadió rápidamente– . Vi algo de sangre incluso.

Ginny se ruborizó.

–No me di cuenta. De todos modos, no tiene importancia.

Andre Duchard removió un poco el café.

–No me protegí, *ma mie,* así que a lo mejor sí tiene muchísima importancia. Me entiendes, ¿no?

Ginny lo miró fijamente y se preguntó por qué parecía haberse alejado tanto de repente.

–Lo entiendo, pero no me lo creo.

Andre arqueó las cejas.

–¿No te crees que es así como se hacen los niños?

–No – le dijo ella, escandalizada– . Quiero decir que no es tan fácil quedarse embarazada. La gente lo intenta durante años, toman hormonas para mejorar la fertilidad... Se hacen tratamientos de fecundación in vitro. No puede haber ocurrido con tanta facilidad en mi primera vez. ¿Eso... eso es todo lo que tienes que decirme?

–De momento, sí – Andre hizo una pausa– . En cuanto a ti, Virginie, solo tienes que pensar en ti y en el niño que a lo mejor acabamos de hacer.

–Bueno, si ha ocurrido, es mi problema, no el tuyo. Y si es necesario, me ocuparé de ello.

–¿Y cómo te vas a ocupar de ello? – había algo en su voz que la hizo estremecerse– . ¿Pasarás unas horas en alguna clínica y el bebé desaparecerá, como si nunca hubiera existido? ¿Crees que puedes hacer eso?

–Si es preciso, lo haré.

Andre guardó silencio un momento.

–Mira... Tengo otro plan. Me has oído decir que tengo intención de regresar a Francia, ¿no? Ven conmigo.

–Eso es absurdo. Debes de haber perdido el juicio.

Él sonrió ligeramente.

–A veces yo también lo creo, pero ahora no. Tienes pasaporte. ¿Sabes dónde encontrar tu certificado de nacimiento? Lo vas a necesitar.

–¿Para qué?

–Para las formalidades legales, antes de que nos casemos.

Se hizo el silencio.

–Ahora sí que sé que estás loco, porque yo jamás me casaría contigo, no aunque... – titubeó un momento.

–¿Aunque fuera el último hombre sobre la Tierra? *Merci du compliment* – hizo una pausa– . Virginie, no es fácil ser una madre soltera. Si mi madre estuviera viva, te lo diría claramente y también te diría que estaba muy agradecida de haber tenido un hogar y la protección de un hombre. Yo te ofrezco lo mismo.

–Es imposible. Por una parte, somos dos extraños prácticamente. Lo de casarse no entra en la discusión, sobre todo porque no sabemos si estoy embarazada.

–Entonces, hasta que estemos seguros, te haré una propuesta distinta. Un techo y un empleo.

–¿Qué clase de empleo?

–No es lo que imaginas – su respuesta fue brusca– . Nunca le he pagado a una mujer para que compartiera cama conmigo, y tú, *ma mie,* no vas a ser la primera. Mi padre me dijo que hacías muchas cosas en Barrowdean. Bueno, creo que ahí tienes la respuesta.

–¿Quieres que sea tu ama de llaves? Jamás haría tal cosa.

Andre dejó a un lado su café, casi intacto, y se echó hacia atrás en la silla. La miró con un gesto pensativo.

–No tienes mucha elección, me temo. Y tienes que enfrentarte a la realidad, Virginie. Por otra parte, lo más razonable es que te cases conmigo, por el bien del niño.

Ginny no daba crédito a lo que estaba oyendo y su aturdimiento crecía por momentos.

–Nece... necesito tiempo... para pensar – dijo, tartamudeando.

–¿Para pensar o para huir?

–Para decidir – Ginny echó atrás la silla y se puso en pie– . A lo mejor ya es hora de que empecemos a confiar el uno en el otro, si quieres que te salgan bien los planes.

Él se puso en pie también.

–Necesito tu respuesta ahora si vamos a tomar el vuelo de la tarde a Dijon.

Ginny respiró profundamente. El estómago le daba vueltas. Una vocecilla le decía que su propuesta era completamente absurda, una locura, pero de pronto recordó el tacto de su piel, su sabor...

–Entonces, sí. De acuerdo – hizo una pausa– . Solo tengo una condición: que me trates como a una empleada más, que me des mi propio espacio.

Él asintió. Su rostro permanecía impertérrito.

–*Soit.* Así será. Te recogeré al mediodía. Llévate ropa de invierno, y no te lleves ese vestido infame, ¿de acuerdo? – le dijo, yendo hacia la puerta.

Ginny soltó el aliento con indignación.

De camino a casa, llamó al banco y sacó el poco dinero que tenía, dejando lo mínimo para mantener la cuenta abierta.

Esperaba encontrar la casa vacía, pero nada más llegar oyó las voces y las risas de su madre y de Cilla. Respirando profundamente, entró en el salón y se encontró con un caos absoluto.

–Virginia – Rosina parecía estar a la defensiva– . ¿Por qué has regresado tan pronto?

–Me han echado del trabajo – señaló a su alrededor– . ¿Qué es esto?

–Son cosas para un viaje. Después de los días tan estresantes que hemos tenido, he pensado que necesitamos un respiro. Cilla y yo hemos conseguido una oferta de última hora para viajar a las Seychelles, así que fuimos a Lanchester a comprar algunas cosas.

Ginny se volvió hacia su hermana.

–¿Crees que esto le va a gustar a Jonathan?

Cilla se encogió de hombros.

–Si no es así, le está bien empleado. Últimamente ha estado muy pesado.

–Y si ya no estás trabajando en ese deprimente café, puedes ocuparte de todo aquí – dijo Rosina de repente con entusiasmo.

–No voy a estar aquí – dijo Ginny sin perder la calma– . Andre Duchard me ha ofrecido un trabajo temporal en Francia.

Se produjo un ominoso silencio. Cuando habló, la voz de Rosina resonó como algo metálico.

–Si es una broma, no tiene gracia.

–Estoy hablando en serio. Nos vamos en unos cuarenta minutos, y he venido a casa a hacer la maleta.

–¿Tú con ese hombre? No me puedo creer que te hayas rebajado tanto – Rosina gesticuló con dramatismo– . Oh, jamás te perdonaré por esto, pequeña Judas.

–Pero por lo menos no seré una carga para ti, madre – Ginny levantó la barbilla e ignoró la expresión de Cilla. Su hermana la miraba con incredulidad y resentimiento– . No se puede tener todo – hizo una pausa– . Y a lo mejor algunos de nuestros problemas tienen otro origen – añadió y se marchó sin más dando un portazo.

Hacer el equipaje no le llevó mucho tiempo. Los efectos personales y su ropa apenas llenaban la vieja maleta que no usaba desde que iba

al colegio.

A sus veintidós años de edad no tenía muchas cosas que enseñar. Metió la foto de Andrew y Barney que se había llevado del escritorio del estudio. Sin duda ella era la única para la que tenía algún valor. La señora Pel apareció cuando estaba bajando las escaleras con la maleta. Parecía algo nerviosa.

–¿Entonces se va de verdad, señorita Ginny? Su madre está furiosa. No hace más que decir cosas de usted y del señor Andre que no puedo ni repetir. ¿Seguro que sabe lo que hace, querida?

Ginny trató de esbozar una sonrisa.

–Pensaba que se alegraría, señora Pel. Después de todo, usted fue la única que me dijo que abriera las alas y que volara de aquí.

–Sí, pero de otra forma.

Ginny dejó la maleta en el suelo y le dio un abrazo.

–Yo haré que todo sea de otra forma – le dijo, intentando hacer acopio de entusiasmo aunque no lo sintiera en realidad– . Y no me marcho para siempre. Le escribiré a la dirección de Market Lane – titubeó un momento– . Y si tiene noticias de Barney, avíseme, por favor.

–Por supuesto – la señora Pel suspiró– . Pero me alegro de marcharme de aquí. Es la verdad. Esta casa ya nunca será igual.

El reloj de pared del vestíbulo marcó las doce de la mañana y justo en ese instante Ginny oyó el motor de un coche que se acercaba. Con la cabeza bien alta salió al exterior y cerró la puerta tras de sí.

Una vez despegó el avión, Ginny se dio cuenta de que no había vuelta atrás. Se sentó con las manos sobre el regazo, rígida y consciente en todo momento de la cercanía de Andre Duchard, luchando contra los recuerdos que la asaltaban. Andre apenas decía nada. Después de preguntarle si tenía frío, pidió un café y se dedicó a examinar unos papeles que había sacado de su maletín de cuero.

No tardaron mucho en aterrizar en Dijon. Un joven corpulento que se presentó como Jules Rameau les esperaba para llevarles a Terauze en un viejo todoterreno. Refugiada en el asiento de atrás e incapaz de entender la rápida conversación entre Andre y el joven Jules, Ginny comenzó a sentir un gran cansancio que se mezclaba con el desánimo generalizado que la invadía por momentos. La discusión con su madre había sido inevitable, pero aún se arrepentía de haberse enfrentado a ella. Cuando regresara a Inglaterra, tendría que buscar una forma de hacer las paces, no solo con su madre, sino también con Cilla. A lo mejor les vendría bien pasar un par de semanas en una isla soleada. Tal vez cuando volvieran se mostrarían más razonables.

«Y a lo mejor las ranas empiezan a criar pelos...», dijo una vocecilla

traviesa en su interior.

El zarandeo del todoterreno al aminorar la marcha la hizo volver a la realidad. Al salir del vehículo, el frío cortante de la noche la atravesó como un filo. Había adoquines en el camino y no pudo evitar tropezarse un poco con ellos. Andre, no obstante, la sujetó con firmeza hasta que llegaron a la puerta iluminada. Atravesaron un pasaje y cruzaron una puerta que daba acceso a la cocina. Ginny se detuvo un instante y disfrutó del calor apacible que la envolvía. Una cacerola puesta en el fuego despedía un aroma casi celestial. Sus ojos se posaron en el hogar, lleno de troncos al rojo vivo. Había una mecedora de madera justo al lado y una enorme cómoda abarcada toda una pared. Sus estanterías estaban llenas de porcelana fina y cristalería y de las vigas del techo colgaban ristras de cebollas y hierbas secas. Al otro lado de un arco que separaba la estancia en dos partes había un reluciente fregadero, además de una lavadora y una secadora. Para cuando se marchara de allí, todo aquello le sería muy familiar, pero en ese momento se sentía como si acabara de aterrizar en un planeta desconocido, y tenía miedo, sobre todo de aquello que le deparaba la noche. Él le había dicho que la iba a dejar en paz, pero... ¿cómo iba a saber si tenía intención de mantener su palabra?

La voz de Andre la hizo salir de su ensoñación.

–Siento que mi padre no esté aquí para darte la bienvenida, pero está en París y no vuelve hasta mañana – le dijo, quitándose el abrigo.

Tras un breve momento de titubeo, Ginny hizo lo mismo y se sentó a la mesa. Todo estaba listo para la cena. Jules sirvió dos boles de guiso y Andre llenó las copas con la botella de vino tinto sin etiqueta que estaba en el centro de la mesa.

–*Boeuf bourguignon* – le dijo, dándole un bol. Se sentó frente a ella y levantó su copa– . *Salut.* Y bienvenida a Borgoña.

La corrosiva mirada que le dedicó Jules al sentarse a la mesa no pasó desapercibida para Ginny, por muy cansada que estuviera. A lo mejor su llegada no era bien recibida por todos y tal vez Andre terminaría arrepintiéndose de su precipitada propuesta.

Creía que estaba demasiado cansada para comer, pero le bastó con probar esa ternera tierna y exquisita para darse cuenta de que se equivocaba. El vino también estaba delicioso y le llenaba la boca de sabores de la tierra, acariciándole el paladar como el más fino terciopelo, o como la caricia de un amante... Incluso tomó un poco del queso cremoso que siguió al guiso. Cuando por fin apartó el plato, no pudo contener el suspiro que escapaba de sus labios.

–Estaba delicioso – dijo y entonces miró a Jules– . Dele mi enhorabuena al chef, *monsieur*.

Jules se la quedó mirando durante una fracción de segundo y entonces se volvió hacia Andre con una enorme sonrisa en los labios. Hizo un comentario incomprensible a continuación.

–Jules se siente halagado – dijo Andre, traduciendo para ella– . Pero todo el crédito es para su tía, que ha sido la cocinera de esta casa durante muchos años. *Madame* Rameau no ha podido venir esta noche, pero mañana la conocerás.

Jules se puso en pie, todavía sonriente.

–*Bonne nuit*, Andre, *mam'selle* – dijo, mirando a uno y después al otro– . *Et dormez bien, n'est ce pas?* –dijo finalmente y se marchó.

Ginny se sonrojó violentamente. No hacía falta traducción para sus palabras.

–¿Adónde ha ido?

–Se va a casa a dormir. Vive en una casa al borde de los viñedos. *La petite maison* siempre está ocupada por el gerente.

Andre agarró el abrigo y la maleta de Ginny.

–Y creo que también es hora de que te vayas a la cama, Virginie. *Viens avec moi.*

Una puerta situada en una esquina daba acceso a una escalera de caracol de madera. Subieron por ella y se encontraron ante un arco con una cortina. Andre echó a un lado el grueso terciopelo y la hizo pasar delante de él. Al otro lado había un corredor. Sus paredes pintadas en tonos pastel estaban iluminadas por elegantes apliques dorados que llevaban a unas puertas dobles situadas al final. Consciente de que se había quedado a solas con él, Ginny sintió una inquietud creciente en su interior. Cuando llegaron junto a las puertas, Andre abrió una de ellas y la invitó a entrar. Tragando con dificultad, Ginny obedeció. Al entrar se detuvo en seco y miró a su alrededor, conteniendo el aliento. Se encontraba en el dormitorio más grande que había visto jamás. Todos los muebles estaban tallados a mano; el inmenso armario, el tocador y la silla a juego, las mesitas de noche, el baúl situado a los pies de la cama...

Andre dejó su abrigo y su maleta sobre el baúl.

–Estoy seguro de que Clothilde te ha dejado todo lo que necesitas – le dijo él, abriendo una puerta situada al otro extremo de la estancia y que daba acceso al aseo– . Que pases una buena noche.

–Un momento – le dijo ella justo antes de que saliera– . Tiene que haber un error. Esta no es la habitación de un sirviente.

–*Tu as raison*. Esta es la habitación que ocupaban el barón de Terauze y su esposa. Desde que enviudó, *papa* Bertrand decidió dormir en otro sitio. Y aunque yo todavía no tengo el título de barón, ni tampoco el de esposo, he decidido que mi prometida duerma aquí

hasta que tenga pleno derecho a dormir con ella – su sonrisa fue como una caricia– . Estoy deseando que llegue esa noche, *ma belle.*

Ginny sintió un nudo en la garganta.

–Pero eso es casi como anunciarlo públicamente. No puedes hacer eso.

Él se encogió de hombros.

–Sea como sea, ya está hecho.

–Y cuando se confirme que no hay ningún bebé y yo vuelva a Inglaterra, ¿qué vas a hacer entonces?

–Cruzaré ese puente – dijo con suavidad– . Solo si no tengo más remedio.

–No tendrás más remedio que hacerlo. Y otra cosa más... Nos dijiste a todos... nos dejaste creer que trabajabas en un viñedo.

–Y así es. Trabajo muy duro, y mi padre también, y Jules. Si tu madre prefirió creer eso, al igual que creyó que era un bastardo y un campesino, es cosa de ella. Pero creo que tú, Virginie, no te dejaste engañar ni por un segundo – Andre guardó silencio unos minutos y la observó atentamente– . *À demain.*

Ginny se quedó mirando la puerta que él acababa de cerrar durante unos segundos. De repente, reprimiendo un grito de angustia, corrió hacia ella y cerró con llave.

Capítulo 7

Ginny se despertó lentamente, como si ascendiera desde lo más profundo de un oscuro lago, rumbo a la superficie. Durante una fracción de segundo, al abrir los ojos, se sintió desorientada. Miró a su alrededor y se encontró con una cama que le era desconocida, pero entonces recordó todo lo ocurrido el día anterior. Echó a un lado las mantas y apoyó los pies en el suelo. Las pulidas tablas del parquet estaban heladas. Sacó su bata color rubí de su maleta y se la puso sobre el pijama antes de ir hacia las ventanas para abrir las persianas. Al hacerlo se encontró con una visión sobrecogedora. Como la noche anterior había helado, el sol de la mañana, rojo y dorado, había teñido de fuego las planicies de los viñedos.

Separó unos vaqueros y un grueso vestido de punto de color azul marino y metió el resto de sus prendas humildes en el armario. Tras localizar su secador de pelo y ponerlo sobre la cama, agarró algo de ropa interior y una toalla y se dirigió hacia el aseo. Justo en ese momento oyó que alguien llamaba a la puerta. Un segundo después el pomo de la puerta giró como si estuvieran intentando abrir.

–¿Quién es? – preguntó, como si no supiera de quién se trataba.

–Soy Andre – él volvió a mover el picaporte– . Abre, Virginie.

Con reticencia, Ginny fue a abrir la puerta. Él entró rápidamente y se detuvo, apoyando las manos en las caderas. Tenía cara de pocos amigos.

–Pensaba que habíamos acordado confiar el uno en el otro – le comentó con frialdad– . ¿Por qué has cerrado con llave?

–Era mi primera noche en una casa extraña. Me sentía... nerviosa.

–¿Y si hubiera habido un fuego y no hubiéramos podido llegar hasta ti? ¿Qué habría pasado entonces?

–¿Es eso probable?

–No. Pero no es imposible. *Alors*... – sacó la llave de la cerradura y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros– . He venido a decirte que *madame* Rameau va a preparar el desayuno. Espero que te unas a nosotros.

–Sí – dijo Ginny de forma improvisada– . Sí, por supuesto. Estaré lista enseguida.

Él se volvió hacia la puerta, pero entonces dio media vuelta y fue hacia ella. Le rozó el hombro con los dedos.

–Otra prenda que no me gusta. Debería haberte dicho que la dejaras

en Inglaterra, *ma mie.*

Sin darle oportunidad de replicar, dio media vuelta y se marchó.

Mientras se duchaba, Ginny mascullό una y otra vez todas esas palabras que hubiera querido decirle a la cara. Las repitió una y otra vez como si así se convirtieran en una especie de hechizo protector.

«Tirano, dictador, arrogante...».

Su estado de ánimo no mejoró, no obstante, cuando se dio cuenta de que no podía enchufar el secador. No tendría más remedio que bajar con el pelo empapado. Se quitó la bata y, temblando de frío en braguitas y sujetador, agarró los vaqueros.

De pronto se abrió la puerta. Era Andre.

Ginny tomó los vaqueros y se los puso delante como un escudo.

–¿No puedes llamar a la puerta? – le dijo, tartamudeando.

–Te he visto con menos ropa todavía.

–No necesito que me lo recuerdes – Ginny levantó la barbilla– . ¿Qué quieres?

–Pensé que necesitarías esto – dejó caer un adaptador para la toma de corriente sobre la cama– . No quiero que añadas una neumonía a la interminable lista de quejas en mi contra que sin duda estás preparando.

–Gracias – Ginny se mordió el labio– . Es... todo un detalle.

Él arqueó las cejas como si todo aquello le resultara divertido.

–Lo has dicho, *chérie*, como si estuvieras masticando cristales rotos. Esperaba que me estuvieras más agradecida – hizo una pausa– . Bastaría con una pequeña sonrisa.

–A lo mejor no tengo mucho por lo que sonreír. Y en cuanto a lo de la neumonía, me gustaría vestirme en paz.

–*Hélas*, solo puedo ofrecerte un poco de privacidad – le dijo en un tono cáustico mientras la miraba de arriba abajo– . Paz, *ma mie*, es una cosa muy distinta, para los dos.

La puerta se cerró. Ginny se puso la ropa a trompicones y se secó un poco el cabello.

Bajó las escaleras y se detuvo un instante ante la puerta de la cocina para ensayar en silencio la disculpa que tenía preparada por haber tardado tanto. Cuando entró, no obstante, ni siquiera habían empezado a preparar el desayuno. De repente fue consciente de una extraña tensión en la estancia, como si su aparición hubiera interrumpido una conversación. Había una mujer junto al hogar. Era alta y tenía el cabello canoso, cortado al estilo *bob*. Su rostro era hermoso y delicado, nada que ver con los rasgos hoscos y duros del joven Jules.

Ginny esbozó una sonrisa y atravesó la estancia, dispuesta a estrecharle la mano.

–*Bonjour*, ¿*Madame* Rameau, *comment allez vous? Je suis* Virginia

Mason.

–¿*Madame* Rameau? – repitió la mujer, sorprendida– . ¿Es una broma? – añadió, en inglés.

–*Au contraire*. El error ha sido mío, Monique.

Andre estaba de pie junto a la ventana, acompañado de Jules.

–No esperábamos tener el placer de verte a esta hora y *mademoiselle* Mason esperaba conocer a Clothilde esta mañana – fue hacia Ginny– . Virginie, permíteme que te presente a *mademoiselle* Chaloux.

La mujer sonrió, mostrando unos dientes perfectos.

–Y Clothilde, *naturellement*, llega tarde. Seguro que ha tenido alguna urgencia médica. Pero es un placer contar con la presencia de *mademoiselle* Mason. Yo pensaba... – se detuvo y su sonrisa se volvió aún más radiante– . Pero ya es suficiente. Estoy deseando poder practicar mi inglés tal y como hacía con tu querida madre, Andre.

–Yo creo que no necesita practicar, *mademoiselle* – añadió Ginny.

–Es todo un halago escuchar eso – la señora se volvió hacia Andre– . He venido para decirte, *mon cher,* que Bertrand espera llegar hoy a última hora de la tarde.

–Gracias por avisarnos, Monique – dijo Andre en un tono cortés– . Pero él mismo me lo dijo anoche.

–Ah. Entonces he venido por nada – miró a Ginny y asintió con la cabeza– . *Au revoir, mademoiselle*. Nos veremos de nuevo muy pronto. Esta noche para la cena, quizás.

–*Non, hélas* – el tono de Andre era córtes, pero seco– . Esta noche tenemos pensado cenar en familia, para darle la bienvenida a la señorita Mason. Estoy seguro de que lo entiendes.

Se produjo una pausa casi imperceptible.

–Por supuesto.

La señora Chaloux les dedicó a todos otra de esas radiantes sonrisas y se marchó.

Ginny oyó que Jules mascullaba algo casi ininteligible y la atmósfera se relajó de inmediato.

«Está claro que no ha sido imaginación mía», pensó Ginny, respirando profundamente.

–Siento haberme equivocado con los nombres. Espero que la señora Chaloux no se haya molestado.

–*Ça ne fait rien* – Andre se encogió de hombros– . Siempre ha habido roces entre Clothilde y ella, por muchas razones. El padre de Monique fue el médico de este pueblo durante muchos años, y ella era su recepcionista y su secretaria. Él practicaba una medicina muy ortodoxa.

–En otros siglos, *sans doute,* la familia Chaloux hubiera denunciado a mi tía por bruja – dijo Jules en un tono siniestro.

Andre esbozó una sonrisa que le aceleró el corazón a Ginny.

–Yo mismo me pregunto qué le hubiera llamado Clothilde a Monique.

–Parece que es todo un personaje – dijo Ginny, intentando mantener un tono ligero.

–Ya lo verás tú misma – dijo Andre al tiempo que se oía un portazo.

Unos segundos después una mujer entró en la estancia. Hablaba a toda velocidad y llevaba una bolsa de lona en una mano y baguettes de pan bajo el otro brazo. Era la antítesis de *mademoiselle* Chaloux. La recién llegada era de baja estatura y llevaba una capa que parecía una tienda de campaña. Su rostro era rozagante y llevaba el cabello recogido en un moño. Cuando se quitó la capa Ginny pudo ver que tenía un cuerpo de curvas generosas, un pecho grande y las caderas anchas. Sus piernas, gordas y cubiertas por unos leotardos rojos de lana, parecían soportar todo ese peso. Cuando se detuvo para tomar el aliento reparó en la presencia de Ginny.

–Bueno, aquí está por fin, la hija de *monsieur ton père.*

–*Sa belle fille*. Su hijastra – puntualizó Andre.

La señora le dedicó una mirada pícara, frunciendo los labios, y entonces volvió a mirar a Ginny de arriba abajo.

–*Soyez bien-venue, petite. Asseyez vous.*

El desayuno quedó listo en cuestión de minutos. Se componía de pan y cruasanes, todavía calientes, mermeladas de cereza y melocotón y *café au lait,* servido en tazas que más bien parecían boles. Mientras comía, Ginny no pudo evitar mirar a Andre por debajo de las pestañas. Era la primera vez que le veía en su propio ambiente. Le escuchaba conversar con Jules, se fijaba en el movimiento de su cabeza, de sus manos... Todo su lenguaje corporal dejaba bien claro quién era el jefe allí.

Jules no tardó en marcharse a trabajar y la señora Rameau comenzó con los preparativos de la comida.

Nada más terminarse el café, Andre se puso en pie.

–He venido a trabajar – le dijo Ginny, inclinándose sobre la mesa para no alzar mucho la voz– . Podrías explicarme cuáles son mis obligaciones, para que pueda empezar.

–*Eh, bien.* Puedes empezar dando un paseo conmigo. Quiero enseñarte los viñedos.

Ella titubeó un instante.

–*S'il te plaît,* Virginie. Por favor – añadió él.

Ginny no pudo evitar sonrojarse. *Madame* Rameau los observaba con una expresión indulgente y las manos apoyadas en las caderas.

–Voy por mi abrigo – dijo Ginny, levantándose de la mesa.

Fuera hacía mucho frío. El sol no era más que un globo pálido que apenas se veía en un neblinoso cielo invernal. Al otro lado del portón de hierro forjado estaban los viñedos. Las filas perfectas llegaban más

allá de lo que la vista podía alcanzar. Ginny se detuvo a medio camino de la cuesta y tomó el aliento. Andre la miró y sonrió.

–Te sorprende.

–Bueno, sí. No esperaba que todo estuviera tan ordenado.

–Como dice mi padre, igual que el escritorio de su despacho.

De repente Ginny cayó en la cuenta de que Andre debía de haberse detenido allí en algún momento para contemplar sus dominios, tal vez en ese mismo lugar. A lo mejor había sido allí donde había tomado las decisiones que iban a cambiarlo todo.

–Puede que a Andrew le gustara este oasis de encanto y tranquilidad rural, pero no esperes que yo siga sus pasos – le dijo en un tono incisivo.

Andre arqueó las cejas.

–Puede que Terauze sea un sitio encantador, pero no es muy tranquilo. Sacar adelante una buena vendimia es un trabajo muy duro, que entraña un gran riesgo. No es fácil trabajar en harmonía con la Naturaleza, sobre todo porque muchas veces se resiste. Mi padre llegó a entender esto, y llegó a desear ser parte de ello.

Andre hizo una pausa.

–Y quería que tú vinieras con él y que compartieras la experiencia.

Ginny contuvo la respiración.

–¿Quería que viviera aquí? ¿Quieres decir... con mi madre y con Cilla?

–*Non.* Él sabía que jamás hubieran aceptado una propuesta como esa, así que tenía otra cosa en mente para ellas, tal y como has podido ver.

–¿Y pensó que podría marcharme sin más y dejarlas? No me lo creo.

–Él creía, *peut-être*, que no se merecían tanta lealtad – Andre la dejó asimilar sus palabras antes de proseguir– . Quería demostrarte que existen otras posibilidades en este mundo, *ma mie,* una forma distinta de vivir.

–Bueno, esta nunca será la mía – dijo Ginny con contundencia, apretando los puños– . Y tampoco creo que se me vaya a castigar durante el resto de mi vida por haber cometido un error estúpido y absurdo.

–¿Así lo recuerdas? Yo lo recuerdo de otra manera. No fue muy sensato, pero... ¿Absurdo? – sacudió la cabeza lentamente– . Eso jamás.

Ginny apartó la vista. No era capaz de soportar la caricia de su mirada.

Poco después llegaron a la cima de la loma, así que se detuvieron, el uno frente al otro. Sus alientos se entremezclaban en el aire helado.

–Gracias por el paseo – una rabia profunda y otras emociones indefinidas teñían sus palabras– . Pero tengo que decirte que a mí

todos los viñedos me parecen iguales. Me gustaría regresar ya.

–Como quieras. Aunque tengo que enseñarte una última cosa que me gustaría que vieras.

Ginny contempló las interminables viñas una vez más, arqueando las cejas.

–¿Quieres decir que me he perdido algo? Estoy deseando saber qué es.

–El sarcasmo no es propio de ti – la agarró de los hombros de repente.

Ginny se puso tensa. Un pánico incontrolable crecía en su interior.

Andre la hizo volverse hacia el camino por el que habían llegado hasta allí. En medio de las boscosas colinas, escondida como una joya perdida, se alzaba la mansión de los Duchard, con su tejado rojo y una torre en cada extremo.

Ginny contuvo el aliento.

–Dios mío, no es solo una casa. Es un castillo. Parece sacada de un cuento de hadas.

–*Château* Terauze. Quería que la vieras por primera vez desde este punto.

Ginny gesticuló a su alrededor.

–Entonces, aparte de ser el heredero de Andrew, también vas a heredar todo esto.

–*Mais oui*, pero espero que no sea hasta dentro de muchos años. Mi padre está fuerte y sano.

–¿Él sabe quién soy? ¿Tu padre adoptivo?

–*Bien sûr*. Andrew le contaba muchas cosas.

–Andrew hablaba de mí. ¿Aquí? ¿Y le hablaba a tu padre? – Ginny apartó la mirada– . Todas estas cosas pasaban, y yo no tenía la menor idea de nada – dejó escapar una risotada de incredulidad– . Es increíble – hizo una pausa– . ¿Y cómo es que Andrew y *monsieur* Duchard se hicieron tan buenos amigos?

–¿Quieres decir que cómo es posible si estaban enamorados de la misma mujer? – los labios de Andre dibujaron una mueca– . De pequeño, yo ya me daba cuenta de que las visitas de mi padre eran un tanto incómodas. Era una situación difícil para mi madre. A veces se le hacía casi insoportable.

–¿Y por qué lo permitía entonces?

–Su sentido del honor así se lo exigía. No quería aceptar dinero de él, pero pensaba que tenía derecho a ver a su hijo. Además, le estaba muy agradecida porque no se había opuesto a que Bertrand me adoptara después de la boda.

–Parece que era una situación bastante complicada para todos. Pero lo que no entiendo es por qué decidió venir aquí.

–Tenía a alguien aquí en Terauze, una vieja amiga con la que se

escribía desde el colegio – Andre hizo una pausa– . Habían ido a visitarse en algunas ocasiones, pero a mi madre le encantaba este lugar y vino aquí varias veces después de terminar el colegio para pasar temporadas con su amiga y ayudarla con la vendimia. Poco a poco se convirtió en su segunda casa. *Alors,* cuando necesitó ayuda, se refugió aquí para poder pensar con calma, sin sentir la presión que pesaba sobre su futuro y sobre su hijo.

–En ese caso, la historia parece repetirse.

–*Au contraire.* Tú no has venido para encontrarte sola. Mi madre no tuvo tanta suerte. Al llegar a Terauze se enteró de que su amiga se había mudado a La Provenza un año antes con su familia, y no había dejado dirección de contacto.

–¿Y qué hizo tu madre?

–Alquiló una habitación en el *auberge* por una noche o dos, pero durante el camino se sintió mal de repente y se sentó en las escaleras de la iglesia un momento para recuperarse. Bertrand pasaba por allí en su coche. La reconoció e insistió en que se quedara en la mansión con él.

–¿Quieres decir que la recordaba de la vendimia?

–Ah, era algo más que eso. Se conocían muy bien. Cuando era niño se metía con ella, y luego se enamoró de ella. Estaba decidido a casarse con ella y a criar a su hijo como si fuera propio – Andre hizo una pausa– . Pero no le fue fácil convencerla. Su padre, además, se oponía firmemente a ese matrimonio.

–Y ella no quería causarle problemas en la familia – Ginny suspiró– . Eso lo entiendo.

–Él se marchó de la mansión y se estableció en *Le petite maison*, que es donde nací yo. Desafortunadamente, su padre siguió sin aceptar su matrimonio hasta el día de su muerte. Y mi madre pasó mucho tiempo sin querer mudarse a la mansión, por todos los recuerdos tristes que le traía.

Ginny se dio cuenta de que el cuento de hadas tenía su lado oscuro. Al mirar de nuevo hacia el imponente caserón, algo la hizo estremecerse.

–¿Tienes frío? Volveremos enseguida, pero todavía no.

Antes de que pudiera adelantarse a sus intenciones, Andre la hizo volverse hacia él. La estrechó entre sus brazos y buscó sus labios. El cielo y la tierra comenzaron a dar vueltas alrededor de Ginny. Sus sentidos se saturaban por momentos y no era capaz de sentir otra cosa que no fuera la presión de su cuerpo cálido y duro y la insistencia de unos labios que intentaban entreabrir los suyos propios. Era un beso anhelado, deseado con locura.

De pronto, justo cuando iba a rendirse sin remedio a sus caricias, él la soltó y retrocedió como si nada hubiera pasado.

–¿A qué ha venido todo eso?

–Digamos que es una bienvenida a mi mundo.

–Tu mundo – Ginny podía sentir los latidos de su propio corazón, retumbando contra su tórax– . Pero no el mío. Jamás lo será.

Dio media vuelta y echó a andar cuesta abajo, aguantando las ganas de echar a correr. Las lágrimas no andaban lejos.

Capítulo 8

Cuando Ginny regresó a la casa, la cocina ya empezaba a llenarse de un exquisito aroma a pollo y vegetales que se estaban cocinando lentamente en una enorme cacerola. Ginny no se entretuvo, sin embargo. Se fue directamente a su habitación para quitarse el abrigo y las botas. No era capaz de sacarse de la cabeza ese agónico momento de deseo que había vivido y que había echado abajo sus defensas. Justo en el momento en que iba a colgar el abrigo en una percha, alguien llamó a la puerta. Andre entró un segundo después, con cara de pocos amigos.

–¿Has hablado con tu madre? – le preguntó.

–Todavía no he obtenido respuesta. Lo intentaré de nuevo más tarde.

–Vas a malgastar tu tiempo. *Monsieur* Hargreaves también está intentando localizarla. Quiere acordar una fecha para que Barrowdean quede libre para los nuevos inquilinos. Pero acaba de enterarse de que se ha marchado a las Seychelles de vacaciones con tu hermana. Al parecer, no hay forma de contactar con ella – hizo una pausa– . ¿Tú estabas al tanto de esto?

Ginny se mordió el labio.

–Bueno, sí, pero no sabía que tenía pensado marcharse tan pronto.

Andre hizo otra pausa y la miró fijamente. Su mirada recorrió el contorno de los labios de Ginny y prosiguió hasta la suave curva de sus pechos.

–Pero tú preferiste no acompañarlas.

–Esa nunca fue una opción. Yo... yo tenía que encontrar un trabajo permanente. Y, aún sigo teniendo esa necesidad. Claro.

–¿Entonces este tiempo que vas a pasar en Terauze es tu breve descanso de todo?

–No. Más bien es como estar atrapada entre la espada y la pared. Pero he venido aquí a trabajar, así que si me explicas mi rutina de obligaciones, puedo empezar cuanto antes.

–No hay prisa – dijo Andre, encogiendo los hombros– . Primero acostúmbrate a este nuevo país y a su ritmo de vida.

–Pero quiero hacer lo que he venido a hacer – dijo Ginny con vehemencia– . No tengo intención de ser una mantenida, ni siquiera temporalmente. Tengo que tener la certeza de que estás obteniendo aquello por lo que pagas.

Andre esbozó una sonrisa pícara de repente.

–*Vraiment?* Entonces solo tengo que traer mi ropa a esta habitación, y todo será como tiene que ser.

–Ni hablar – dijo Ginny, ruborizándose hasta la médula– . No tengo intención de dormir contigo.

–Créeme, *ma belle*, dormir tampoco era lo que yo tenía en mente – Andre ya se reía con desparpajo– . Pero, si insistes, puedo esperar hasta que seas mi esposa.

–Esa es otra cosa que nunca va a pasar.

Andre guardó silencio.

–Nos vemos a la hora de la comida, *a midi et demi.*

En cuanto se marchó, Ginny sacó el teléfono móvil y marcó el número de los Welburn. Para su sorpresa, la llamada no fue atendida por el ama de llaves, sino por el mismo Jonathan. Parecía muy sorprendido de hablar con ella.

–¿Dónde demonios estás?

–En Francia – le dijo Ginny con un entusiasmo fingido– . Visitando a la otra familia de Andre – hizo una pausa– . Pero hay un pequeño problema que tengo que resolver. Tengo que hablar con mi madre y con Cilla urgentemente y no recuerdo el nombre del hotel en el que se alojan. ¿Puedes decirme cuál es?

–Tu abogado ya me ha preguntado lo mismo, pero no tengo ni idea.

Ginny notó cierta frialdad en su tono de voz.

–Tu hermana me dejó un mensaje muy breve y muy poco informativo. Y la señora Pelham dice que ni Cilla ni tu madre contestan al teléfono móvil, así que todos estamos igual.

–Creo que todo fue un arreglo de última hora, muy precipitado.

–Me temo que eso no me consuela demasiado, sobre todo teniendo en cuenta que Cilla y yo vamos a casarnos dentro de unos meses, pero esto es igual que todo lo que ha venido pasando hasta ahora. Y ahora, si me disculpas, estaba a punto de salir.

Ginny se dejó caer sobre el borde de la cama y contempló el teléfono como si en cualquier momento fueran a salirle dientes. La respuesta que acababa de recibir no era la que esperaba.

¿Cómo se le había ocurrido a su hermana desaparecer así?

Las palabras de Jonathan sonaban ominosas.

Suspirando, volvió a guardar el teléfono móvil en el bolso. Tendría que cargar la tarjeta y la batería para poder seguir llamando a Inglaterra, pero a lo mejor no le sería necesario. Con un poco de suerte conseguiría regresar pronto a casa y empezar una nueva vida, si Andre mantenía su parte del trato... Ginny se miró de arriba abajo y puso una mano sobre su vientre. Trató de convencerse de que todo saldría bien y se dijo que no tenía nada de qué preocuparse.

«Necesito algo con lo que mantenerme ocupada», pensó.

Sacó el *thriller* que había comprado en el aeropuerto, se tumbó en la cama y se puso a leer un poco sin perder de vista el reloj. Cuando llegó la hora de comer se presentó en la cocina con puntualidad. Los manjares parecían de lo más apetitosos. El pollo se desprendía del hueso y las verduras estaban perfectamente cocinadas y aromatizadas en la salsa.

Aunque no tuviera mucha hambre en un principio, terminó comiéndose todo lo que le habían puesto en el plato e incluso fue capaz de tomar una porción de *tarte tatin*. *Madame* Rameau parecía encantada. En un inglés impreciso, pero eficaz, la señora le dijo que estaba demasiado delgada y que un viento fuerte se la podía llevar por delante.

–*En fin*, a los hombres les gustan las mujeres que pueden sostener en sus brazos – añadió *madame* Rameau.

Ginny se ruborizó hasta la médula. Sabía muy bien a quién se refería y no podía hacer más que tratar de esquivar a toda costa las miraditas burlonas de Andre.

–Tengo que volver a Dijon esta tarde, Virginie – dijo él en cuanto terminaron de comer– . Así que no tienes por qué esconderte en tu habitación de nuevo. Clothilde cree que necesitas descansar un poco, así que te ha encendido la chimenea en *le petit salon.* Ahí estarás más cómoda – hizo una pausa– . También hay muchos libros de mi madre. Por favor, toma el que quieras.

–Gracias – le dijo Ginny en un tono tenso.

–Bueno, a menos que quieras venir conmigo. Claro. A lo mejor te gustaría ver Dijon de día – añadió– . Tal vez le encuentres algo distinto.

–Gracias por tu invitación, pero prefiero esperar a verlo cuando regrese a casa.

–Como quieras – Andre se encogió de hombros como si nada– . A lo mejor tienes que esperar mucho, pero la elección es tuya. Por supuesto.

«Como si estuviera aquí por voluntad propia», pensó Ginny mientras se despedía de él.

Madame Rameau rechazó su ayuda para recoger la mesa y la hizo cruzar una puerta que llevaba al gran vestíbulo de la casa.

«Digno de un barón», pensó Ginny, mirando a su alrededor. Había una enorme chimenea en un extremo de la estancia y el centro estaba dominado por la mesa más grande que Ginny había visto jamás. Si era ahí donde iban a cenar, entonces tendrían que gritar para poder oírse.

Le petit salon no tenía nada de pequeño. Los muebles eran antiguos, pero parecían muy confortables. La tenue luz del sol entraba por las altas ventanas y la leña chisporroteaba en el hogar al arder. En el centro de la repisa de mármol había un reloj de bronce dorado que sin

duda databa de otro siglo. A ambos lados de la pieza había dos candelabros de porcelana y una foto en un portarretratos de plata.

Era una foto de familia. Había una mujer con el cabello y los ojos oscuros en el centro. Sus rasgos tranquilos se iluminaban con una sonrisa y su mano descansaba sobre el hombro de un chico adolescente. Detrás de ambos aparecía un hombre de espaldas anchas. Andre era inconfundible, incluso a esa edad. Por fin entendía aquello que había dicho la señora Pelham acerca de la madre de Andre. No era ninguna belleza, pero tenía una dulzura en el rostro que brillaba por sí sola. Bertrand Duchard, en cambio, tenía un rostro serio que sugería un carácter inflexible.

«Y yo que esperaba un aire bonachón...», se dijo Ginny, dando media vuelta.

Ginny tenía intención de seguir leyendo su novela de suspense, pero la había dejado arriba, así que siguió deambulando por la estancia. Se detuvo frente a una estantería de libros para ver si encontraba algo que le llamara la atención. Había obras de Dickens, Hardy, Tolkien, y también algunas historias detectivescas mezcladas con ficción literaria bastante interesante.

Además, encontró un ejemplar de *Madame Bovary*, de Flaubert, y varias novelas de Honoré de Balzac y de Dumas, tanto en su idioma original como en inglés. También había una gramática francesa, lo cual sugería que la difunta *madame* Duchard había hecho todo lo posible por mejorar su lengua adoptiva.

«Una meta loable que no tengo intención de perseguir. No quiero pensar que estoy en casa en este lugar. Jamás lo estaré», se dijo Ginny.

Al final, por pura nostalgia, acabó tomando el ejemplar de *El Hobbit* y se sentó a leer en el viejo sofá que estaba situado junto al hogar. Debía de saberse muy bien la historia, no obstante, porque su mente terminó divagando. Con el calor acogedor de la habitación y la opípara comida de la que había disfrutado, el sueño se apoderó de ella en poco tiempo. Apoyó la mejilla sobre un cojín. No tenía nada de malo cerrar los ojos unos minutos...

Cuando volvió a abrirlos lo hizo de golpe. La habitación estaba a oscuras y el fuego del hogar se había apagado.

«Dios mío», pensó, incorporándose y apartándose el pelo de la cara.

Había soñado cosas. Había soñado que estaba en Barrowdean, caminando por una serie de habitaciones que le eran desconocidas, buscando algo desesperadamente. Finalmente había oído el ladrido de un perro en la distancia y había gritado el nombre de Barney antes de echar a correr.

–Debo de haberlo dicho en alto – se dijo, pensando que eso la había despertado.

Sin embargo, podía oírlo de nuevo claramente. Se oía el ladrido de

un perro, muy cerca. Se volvió y miró hacia la puerta. De repente esta se abrió y un chorro de luz inundó la habitación. Un segundo más tarde, Barney cayó sobre ella, poniéndole las patas encima y lamiéndola con alegría. No era un sueño. Barney estaba allí de verdad.

–Barney. Oh, cariño – Ginny se levantó del sofá y se arrodilló en el suelo para abrazarlo. No era capaz de contener las lágrimas.

Andre estaba junto a la puerta. La expresión de su rostro era hermética.

–Oh, ¿cómo le has encontrado?

–Nunca se ha perdido – Andre hizo una pausa– . ¿O acaso creías que iba a dejarle en Inglaterra?

–Pero tiene que haber leyes respecto a los viajes con animales. Vacunas, papeleo, cosas así.

–Todo lo hizo mi padre. Yo solo tuve que cambiar las fechas del vuelo de Barney y de su recogida.

–¿Ha venido en avión?

–*Bien sûr.* Hay empresas que transportan mascotas.

–No lo sabía – Ginny se inclinó y apretó su mejilla contra la cabecita del perro– . Pensaba... pensaba que nunca más lo iba a ver. Podrías habérmelo dicho.

–Y tú podrías haberme preguntado. *Alors,* fue Marguerite, y no tú, quien me contó lo inquieta que estabas por el ultimátum que te había dado tu madre.

–A mi madre nunca le han gustado los perros. Y yo pensé que a ti te daba igual.

–Tienes muchas cosas que aprender sobre mí – le dijo él, mirando las cenizas de la chimenea– . ¿Has estado durmiendo?

–Bueno, sí – Ginny se puso en pie– . A lo mejor *madame* tenía razón después de todo y necesitaba descansar un poco.

Se produjo un silencio incómodo.

–Casi nunca se equivoca – chasqueó los dedos y Barney fue hacia él, meneando la cola como un metrónomo y empujando con la cabeza contra sus piernas, tal y como siempre había hecho con Andrew.

–No sé cómo darte las gracias por esto.

–*Vraiment?* A mí se me ocurren muchas formas, a cual más placentera.

Ginny sintió un ardor insoportable en las mejillas.

–No me pones fácil mi estancia aquí con comentarios como ese.

Andre dio media vuelta y salió, acompañado de Barney.

Ginny fue tras ellos hacia la cocina. El bol de la comida de Barney y su cuenco de agua estaban cerca del fregadero, pero su cama estaba junto al hogar. El animal fue directamente hacia allí y se echó.

–Lo ha pasado muy mal. Ha hecho un largo viaje y ahora se encuentra en un sitio extraño de la noche a la mañana.

–Pero no está con extraños – Andre se inclinó para acariciarle las orejitas– . Y la chica que le acompañó dijo que le encantaba viajar.

–Da igual – Ginny siguió adelante– . Creo que mejor me quedo aquí esta noche y así lo ayudó a aclimatarse un poco.

–No hace falta, *ma mie.* Él es uno más de la familia ahora y cenará con nosotros.

«Maldita sea», pensó Ginny al darse cuenta de que no había pensado en eso.

No podía decir que estaba cansada porque había dormido durante toda la tarde, y si se quejaba de tener un dolor de cabeza, él seguramente le ofrecería toda clase de analgésicos.

«Será mejor capear esta cena en familia de la mejor manera posible».

Bajó la cabeza y aguantó la punzada de dolor que la atravesaba en ese momento.

Después de ponerse una pizca de perfume, Ginny se miró en el espejo por última vez y bajó para cenar. Jules estaba sentado frente a la mesa de la cocina. Al verla entrar abrió los ojos y entonces miró a Andre. Sus labios se redondearon, como si hubiera silbado en silencio. Andre se limitó a sonreírle.

–Mi padre nos espera en el salón grande – le dijo Andre– . Esta noche *château* Terauze está de fiesta en tu honor, *ma belle.*

Chasqueó los dedos y Barney se reunió con ellos. Repentinamente nerviosa, Ginny buscó algo que decir.

–¿Jules tiene novia? – preguntó mientras cruzaban el gran vestíbulo.

–Tiene una nueva cada semana. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Acaso tienes pensado sumarte a la lista?

–¿Quieres que salga de Málaga para meterme en Malagón? – le dijo en un tono corrosivo– . En absoluto. Solo era curiosidad.

–No eres la única. Según Clothilde, su madre está desesperada porque cree que no vivirá lo suficiente para ver a sus nietos.

Ginny no pudo evitar reírse un poco.

Él sonrió también y entonces la tomó de la mano. El agarre de sus dedos era firme, pero Ginny lo sentía en cada curva y en cada rincón de su cuerpo. Era como si volvieran a estar desnudos de nuevo y sus cuerpos se entrelazaran como aquel día. Él abrió una puerta y entonces entraron en una estancia muy iluminada. Las paredes estaban forradas en papel de un tono pastel y los sofás y las sillas, de patas doradas, estaban tapizadas en satén a rayas. Lejos de parecerse a la sala de estar en la que había dormido la siesta, el gran salón parecía sacado de otro siglo. Junto al hogar, sentada en uno de los pequeños butacones con las piernas cruzadas, estaba Monique Chaloux. A juzgar

por su expresión, cualquiera hubiera pensado que Coco Chanel había inventado el vestidito negro solo para ella. Durante una fracción de segundo, Ginny sintió que los dedos de Andre le apretaban la mano, pero entonces la soltó. El hombre que estaba al otro lado del hogar iba hacia ellos en ese momento con una sonrisa en los labios. Tenía una estatura media y las espaldas anchas. Sus rasgos hoscos se veían realzados por una copiosa melena plateada. Era fácil reconocer al hombre que Ginny había visto en la foto esa tarde.

–Andre, *mon gars* – dijo, abrazando a su hijo adoptivo con afecto.

Andre le devolvió el saludo con la misma efusividad y mientras tanto Barney se dedicó a explorar los alrededores.

–*Mon dieu* – *mademoiselle* Chaloux acababa de ponerse en pie– . ¿Un animal patoso y sucio en el hermoso salón de la baronesa Laure? – miró a Ginny– . ¿Es suyo el perro, *mademoiselle*?

–Era de mi padre, Monique, así que ahora es mío. Y es un perro muy bien educado – dijo Andre.

Al notar su aversión, Barney le gruñó a la dueña del vestidito negro.

La señora Chaloux retrocedió.

–Y también es peligroso. Bertrand, este animal debería llevar un bozal.

–Por favor, no – dijo Ginny– . Nunca le había gruñido a nadie hasta ahora.

Ni siquiera le había gruñido a su madre, por muchas razones que hubiera tenido para hacerlo.

–De verdad ha tenido un día muy difícil.

La señora Chaloux dejó escapar el aliento con exasperación.

–*Quelle bêtise.*

Bertrand Duchard extendió una mano para que Barney la olisqueara.

–Yo no diría que es peligroso. Más bien es un nuevo amigo que necesita un poco de tiempo.

Se volvió hacia Ginny.

–Y ahora, *mademoiselle*, permítame darle la bienvenida. *Je suis énchante de faire votre connaissance.*

Ginny se dio cuenta de que tampoco parecía tan encantado como decía. La sonrisa no le llegaba a los ojos.

–Es usted muy amable, *monsieur le baron*. Su casa es preciosa.

–Habrá oído hablar de ella a su *beau-père* quizás.

–No – dijo ella– . Él nunca mencionó esta casa.

Se produjo un silencio y entonces el barón inclinó la cabeza con cortesía.

–Entonces me alegro de que por fin nos conozcamos, tal y como él deseaba. Andre, tienes que asegurarte de que nuestra invitada tenga una estancia agradable. Borgoña, *mademoiselle*, tiene una historia

fascinante y una arquitectura digna de ver – se volvió hacia la señora Chaloux– . Monique, por favor, toca la campanilla para que Gaston traiga los aperitivos.

Todo sonaba muy bien y el barón parecía agradable y hospitalario, pero Ginny no se dejó engañar.

«No me quiere aquí. Esta es una sutil advertencia para que no me quede más tiempo del necesario», pensó.

A lo mejor había encontrado a un aliado en el barón, pero tampoco era capaz de alegrarse. De repente una cruda realidad se presentaba ante sus ojos y no era capaz de ver nada más. Ya no pertenecía a ninguna parte. No tenía ningún sitio al que regresar, y esa revelación dolorosa y solitaria acababa de caer como una losa sobre ella.

Capítulo 9

El silencio que se produjo fue roto por la voz cortés del barón finalmente.

–¿Su madre se encuentra bien, *mademoiselle*? ¿Y su hermana?

–Gracias. Sí. Se han ido un tiempo.

–¿Y no las acompañó? – le preguntó Monique Chaloux.

–No. Esta vez no.

La puerta se abrió en ese momento. El recién llegado era un hombre pequeño y delgado con un rostro solemne que parecía más lúgubre todavía gracias a un copioso bigote. En las manos llevaba una bandeja con copas llenas de algo rosado y con burbujas.

–*Merci,* Gaston – dijo el barón– . ¿Ha probado el Kir Royale, *mademoiselle*?

Ginny tomó una copa.

–Sí, y me encanta. *Crème de cassis* y champán. Maravilloso.

–Ah, pero no es champán – dijo Andre rápidamente– . Nuestro *cremant du Bourgogne* se hace de una forma parecida, pero el nombre «champán» solo se puede usar para el vino que viene de su propia región, situada alrededor de Epernay. Las reglas son muy estrictas.

Ginny frunció el ceño.

–No sabía que la cosa fuera tan compleja – dijo, bebiendo un pequeño sorbo y sentándose en la silla que le ofrecían.

Volvió a mirar a su alrededor. Había numerosos cuadros en las paredes, la mayoría de paisajes enmarcados en dorado. La única excepción era el retrato de una mujer, que colgaba encima de la chimenea. Era una belleza sobria, fría. Llevaba el cabello, color azabache, recogido en un moño, y en el escote del vestido color rojo vino lucía un elaborado collar de lo que parecían ser rubíes.

–Es la baronesa Laure, la madre del señor Bertrand – Monique Chaloux se inclinó hacia delante– . Un parecido excepcional. Es tradición en Terauze que siempre haya un retrato de la baronesa en esta habitación y en este caso es más que apropiado, pues fue ella quien redecoró esta estancia con tanto gusto – suspiró– . Desafortunadamente, al parecer, *notre chère* Linnet nunca quiso que la pintaran.

–Mi esposa – dijo Bertrand Duchard– . Era una mujer muy modesta.

–Claro. Por supuesto – dijo la señora Chaloux rápidamente con una sonrisa en los labios.

Ginny, no obstante, vio con claridad aquello que se escondía tras aquella sonrisa engolada.

«Y tenía tantas cosas por las que ser modesta», parecía querer decir *madame* Chaloux.

–Pero no es demasiado tarde – dijo Ginny de manera impulsiva– . Hay una fotografía preciosa de ella en la otra sala de estar. ¿No se podría hacer un retrato a partir de esa foto?

–*¿Et pourquoi pas?* – dijo Andre lentamente, mirando al barón– . ¿Qué te parece, *papa*?

–Que sería una gran alegría recordar a mi querida Linnet de esa forma.

El barón miró a Ginny con una expresión de auténtica sorpresa.

–*Merci, mademoiselle.* Una gran idea.

–Bravo – dijo la señora Chaloux.

La exclamación de *madame* Chaloux despertó cierta inquietud en Ginny. Parecía que acababa de buscarse una enemiga. Cuando Gaston les informó de que ya estaba lista la cena, por tanto, sintió un gran alivio.

El joven les hizo pasar a una sala mucho más acogedora y decorada con tapices que recreaban escenas medievales de caza. La figura central de todas las imágenes siempre era un hombre alto con una nariz aguileña y un atuendo tan resplandeciente como el oro.

–*Philippe Le Hardi* – dijo Andre– . Un hombre extraordinario. Durante una época fue el rey de Francia aunque no llevara la corona. También fue el creador de la Orden del Toisón de Oro. Sus hazañas son legendarias y también su facilidad para el derroche. Murió en la pobreza.

Monique Chaloux alzó las manos.

–Apiádense de nosotros, *messieurs.* Olvidan que *mademoiselle* Mason no es Dominique Lavaux y esta charla sobre vinos y equinos la aburrirá. Hablemos de sus planes de ocio y divertimento durante su estancia en la mansión – hizo una pausa– . Querrá conocer la zona, *n'est-ce pas*?

Se produjo un silencio breve, pero incómodo. Ginny notó la tensión de Andre en sus labios.

–En cuanto termine la poda, y creo que empezaremos con Beaune. ¿Te parece, Virginie?

–Gracias – dijo Ginny rápidamente– . Pero no es necesario. Todos tienen trabajo que hacer, y yo tengo muchas cosas que leer y tengo que sacar de paseo a Barney. Me las arreglaré.

Monique Chaloux dio una palmada.

–La huésped ideal.

«Pero no soy Dominique Lavaux», pensó Ginny, sintiendo una curiosidad creciente.

La comida, servida por Gastón, comenzó con un *consommé* y unos medallones de pescado ahumado con una salsa cremosa, seguido de carne asada, servida con un *gratin dauphinois* y espárragos trigueros.

Finalmente tomaron una *crème brûlée* y una selección de quesos de la región. Ginny se recostó en su silla al terminar y suspiró.

–La cena estaba deliciosa.

–No ha sido mejor que la que tú me serviste a mí – dijo Andre, dedicándole una sonrisa.

Por primera vez, no notó sarcasmo alguno o burla en su tono de voz. Lo único que escondían sus palabras era una calidez que parecía tocarla por todo el cuerpo.

–Que no te oiga Gaston, Andre – la voz de Monique no tardó en romper el hechizo– . Si se lo dice a su esposa, nuestros estómagos lo pagarán – hizo una pausa– . ¿Tomamos el café en el salón?

–Nos uniremos más tarde, si no os importa – dijo Bertrand– . Tengo que hablar con mi hijo sobre el aburrido tema de la viticultura.

El café, aunque fuerte y delicioso, fue servido en unas diminutas tacitas frágiles que se tambaleaban peligrosamente en sus platitos. Ginny, por su parte, trataba de mantener el equilibrio al borde de una silla que apenas parecía sostenerla.

Durante un tiempo solo hubo silencio. Lo único que se oía era el chisporroteo de la leña al arder y los sigilosos ronquidos de Barney. De pronto, no obstante, la señora Chaloux se inclinó hacia adelante.

–Cuénteme, *mademoiselle.* ¿Cuánto tiempo tiene pensado quedarse en Terauze?

–No lo sé con seguridad – le contestó Ginny con prudencia.

–¿Entonces me permite que le ofrezca un consejo?

Sin dejar de mirarla a los ojos, Ginny asintió vagamente.

–Si tiene algún sueño romántico con el señor Andre, le aconsejo que lo abandone ahora – la voz de la señora Chaloux sonaba grave e intensa– . Puede ser encantador, y las mujeres le encuentran muy atractivo – su boca se retorció hasta formar una mueca desdeñosa– . Y él le saca mucho partido a esa ventaja, créame... aunque su debilidad son las rubias preciosas. No obstante, nunca se trata de nada serio o duradero, y sus amantes no tardan en darse cuenta de ello – se encogió de hombros– . A lo mejor en esto sí que se parece a su padre biológico.

–El señor Charlton era un buen hombre. Creo que realmente amaba a la madre de Andre. Además, que haya tenido una aventura no le convierte en un seductor en serie – hizo una pausa. La garganta se le había cerrado– . Y en cuanto a Andre, su vida privada no es de mi incumbencia, o tal vez es que yo tampoco le tomo en serio.

–*Vous avez raison*. El matrimonio es un asunto muy serio, y Andre no está hecho de esa pasta de la que están hechos los buenos maridos – Monique examinó sus uñas impecables durante un segundo– . Su esposa tendrá que ser una joven discreta, alguien de su mundo que también aumente sus dominios y patrimonio.

–Entonces es una suerte que yo no tenga intención de casarme.

–¿Entonces por qué aceptó su invitación habiendo muerto el señor Charlton?

Esa era la pregunta del millón.

–A lo mejor es que yo también necesitaba alejarme del trauma que hemos vivido todos las últimas semanas. Y admito que sentía curiosidad por conocer esta parte de la vida de mi padrastro, *mademoiselle.*

–¿Y cuando haya satisfecho su curiosidad?

–Tengo intención de volver a Inglaterra – dijo Ginny, rezando en silencio para que nada se lo impidiera.

Monique Chaloux pareció quedar satisfecha, a juzgar por su gesto de asentimiento.

–Es usted sensata. Sea lo que sea lo que esperara su *beau-père*, *mademoiselle*, no hay nada para usted aquí, excepto una decepción amorosa y un corazón roto tal vez – hizo una pausa– . ¿Le apetece otro café?

Ginny negó con la cabeza. Acababa de tomar una comida deliciosa, pero se sentía vacía por dentro, como si llevara una semana en ayunas. Barney se movió de pronto y levantó la cabeza. Meneando la cola, se puso en pie y fue hacia la puerta justo cuando se abría. Los dos hombres entraron, riendo, y Ginny sintió de repente toda la fuerza y el magnetismo del atractivo de Andre Duchard. No era de extrañar que las mujeres cayeran rendidas a sus pies, pero ella no podía permitirse hacer lo mismo. Nunca más.

El grupo se deshizo rápidamente. La señora Chaloux insistió en que tenía que madrugar al día siguiente.

–Dicen que las temperaturas van a subir mañana – dijo, fingiendo un escalofrío– . A mí, al igual que a mi madre, los inviernos de aquí me parecen muy duros comparados con los de Provenza.

El barón también se disculpó, alegando que tenía papeleos que resolver, y Ginny sintió un gran alivio al ver que Andre no parecía tener intención de quedarse por más tiempo.

–Estás muy callada – le dijo cuando entraron en la cocina, vacía y silenciosa a esa hora– . ¿Monique te ha aburrido mucho bombardeándote con más halagos hacia la baronesa Laure y su exquisito gusto?

Ginny forzó una sonrisa.

–No. A lo mejor se dio cuenta de que era una causa perdida. Los

muebles pueden tener mucho valor, pero yo prefiero la comodidad... Me sorprendió ver a la señora Chaloux esta noche.

–A mí no – le contestó Andre en un tono tenso– . Monique tiene sus propios planes.

–¿Es una amiga cercana de la familia?

–Y también una empleada. Varios días a la semana se ocupa de las cuentas y de la gestión de la casa, todo con mucha eficiencia – hizo una pausa– . Y también quiere casarse con mi padre.

–Oh, entiendo. ¿Y crees que lo hará?

–Intento, *ma belle,* no pensar en ello. Pero espero de verdad que se lleve una gran decepción.

–Habló de Provenza. ¿La amiga de tu madre no se fue a vivir allí?

–*Mais oui*. Monique era la amiga en quien mi madre confiaba ciega y equivocadamente. Se quedó en Provenza hasta unas semanas después del funeral de mi madre, y entonces regresó sola. Seguramente tenía a otro *correspondante* que la mantenía informada.

–¿Quieres decir que esperó a que tu madre muriera para volver?

–No tenía sentido regresar mientras ella vivía – Andre hizo una pausa– . Clothilde siempre ha dicho que Monique, cuando no era más que una jovencita, no hacía más que tratar de llamar la atención de mi padre. Se marchó de Terauze con sus padres cuando se dio cuenta de que él le había dado su corazón a su pequeña amiga inglesa – Andre hizo una mueca de desprecio– . Las referencias que suele hacer a *notre chère* Linnet no se pueden tomar muy en serio – se quitó la chaqueta y, tras colgarla del respaldo de una silla, fue hacia el mueble de la cocina– . ¿Un café?

–No, gracias – dijo Ginny. Lo mejor que podía hacer era marcharse lo antes posible.

Se tapó los labios con una mano y fingió un bostezo.

–Me voy a la cama.

–Todavía es muy pronto. Y sigo queriendo hablar contigo. Me reuniré contigo en *le petit salon* y tomaremos un *digestif* juntos.

Ella titubeó durante unos segundos.

–*S'il te plaît,* Virginie.

Ginny no encontró excusa alguna para escabullirse y al final no tuvo más remedio que acompañarle a la salita de estar. En algún momento habían vuelto a encender el fuego y hacía un calor muy agradable en la habitación. Ginny echó algo más de leña y entonces se sentó en un rincón del sofá. Andre entró poco después, con dos botellas de brandy y dos vasos en las manos. Sirvió dos copas generosas y se sentó a su lado.

–*A la tienne* – dijo, levantando su propia copa para brindar– . *Eh bien,* ¿qué más te dijo Monique que te tiene tan callada?

Ginny mantuvo la vista al frente y continuó mirando las llamas

saltarinas.

–Algo que ya sabía – le dijo, escogiendo con cuidado sus palabras– . Que mi lugar no es este y que debería irme a casa.

Se produjo un silencio incómodo.

–Qué curioso resulta que se interesara por tu bienestar si te acaba de conocer.

–A lo mejor también hablaba en nombre de *monsieur* Bertrand. Es evidente que mi presencia no le agrada.

Andre se encogió de hombros.

–Se ha llevado una sorpresa, *peut-être.*

Ginny bebió un trago de brandy.

–En cualquier caso, quiero poner fin a esta supuesta visita.

–No hasta que la situación que nos ocupa se haya resuelto. Tú estuviste de acuerdo.

–Por favor, déjame irme a casa.

–¿A casa? – sus palabras casi parecían llenas de desprecio– . ¿A qué casa? No me contestes con evasivas. ¿Cómo y dónde vas a vivir?

–¿Te refieres a qué voy a hacer ahora que Andrew, el que me daba casa y comida, ya no está? – le preguntó en un tono desafiante.

–¿Eso era él para ti?

–No. Claro que no – tomó el aliento– . Yo... yo lo quería, y pensaba que yo le importaba. Pensaba que todos le importábamos – su voz se quebró de repente y las lágrimas salieron sin control.

Aunque no fuera muy consciente de lo que sucedía a su alrededor, sí notó el roce de los dedos de Andre cuando le quitó el vaso de las manos. De repente se sintió rodeada, abrazada. Escondió el rostro contra su hombro y se dejó sentir el calor de sus labios contra el cabello.

Notaba el cuello almidonado de su camisa contra la mejilla, el calor de su cuerpo, el aroma de su piel, la agradable sensación de sus manos al moverse arriba y abajo sobre su espalda.

–Ya no llores más. Mi padre ha sufrido algunas decepciones en su vida, pero créeme cuando te digo que tú no eres una de ellas.

Pese a sus palabras, las lágrimas de Ginny seguían cayendo profusamente. Se aferraba a él, le empujaba hacia una especie de desesperación, como si necesitara que la absorbiera, que la consumiera del todo. Le ofrecía su ser entero en silencio. De pronto le oyó murmurar algo y entonces notó su mano bajo la barbilla. La hizo levantar la mirada y buscó sus labios, entreabriéndoselos con la lengua. El beso fue interminable, ávido. Ella movía las manos sobre su cuerpo, descubriendo esos músculos y huesos que ya le eran familiares a través de la tela de lino de su camisa. Acariciaba la dura columna de su cuello, enredaba los dedos en su cabello oscuro.

A medida que aumentaban las exigencias de sus labios, le bajó la

camiseta de los hombros, llevándose consigo el tirante del sujetador. Sus dedos buscaban uno de sus pezones sonrosados y, tras liberarlo de la copa del sujetador, comenzó a acariciarlo con una delicadeza sensual.

Ginny estaba perdida. La cruda emoción de la tristeza se había transformado en algo completamente distinto. Su cuerpo se tensaba, se rendía ante él, recordando el exquisito placer de estar desnuda en sus brazos.

Él pronunció su nombre en un susurro y entonces cerró los labios alrededor de su pezón descubierto. Comenzó a lamer la punta con la lengua y entonces succionó con suavidad. Al mismo tiempo, deslizaba las manos sobre su cuerpo hasta llegar a sus muslos. Le levantó la falda y acarició el centro cálido entre sus piernas.

Pero eso no era suficiente para Ginny. Ella quería sentir el roce de sus manos sobre la piel desnuda. Quería revivir las maravillas de ese primer despertar arrollador. Se inclinó hacia él y le invitó a liberarla de las medias y las braguitas.

Le oyó suspirar y entonces sintió el agarre de su brazo con más fuerza. Él se movió. La hizo bajar lentamente hasta caer sobre la suave alfombra que estaba delante del hogar y se tumbó a su lado. Los únicos sonidos que se oían en la habitación eran el chisporroteo de las ascuas y el susurro de sus respiraciones mientras se besaban y se desvestían con manos torpes.

Una vez se quedaron desnudos, Andre comenzó a deslizar los labios sobre su cuerpo, descendiendo y explorando con minuciosidad cada curva y cada valle, haciéndola estremecerse de placer.

De repente se detuvo. Levantó la cabeza y miró hacia la puerta. Un segundo después, Ginny también lo oyó. Alguien se acercaba por el vestíbulo. Sus pasos sonaban cada vez más cerca, acompañados de un suave silbido poco entonado. Al mismo tiempo, en la distancia, se oyó el ladrido fuerte de Barney.

–Ah, *Dieu* – se incorporó, agarró su ropa y se la puso. Se levantó, se metió la camisa por dentro del pantalón y se arregló un poco el pelo– . Es Gaston – le dijo a Ginny– . Está haciendo su ronda antes de cerrarlo todo. Lo había olvidado. Le entretendré un rato en la cocina para que tengas tiempo de vestirte.

Cuando Andre se marchó, Ginny se quedó inmóvil un momento. Trataba de asimilar lo que acababa de ocurrir. Pero lo peor era lo que podría haber pasado si Gaston hubiera entrado en ese momento y les hubiera encontrado desnudos sobre la alfombra.

Ginny dejó escapar un grito inarticulado y se incorporó. Se puso la falda y la blusa con manos temblorosas y metió los pies en los zapatos. A lo lejos oía el murmullo de sus voces y temía el momento en que entraran en el salón. Aunque ya estuviera presentable, no podía

arriesgarse a que la sorprendieran allí. Con la ropa interior hecha una bola en la mano, salió de puntillas del salón y llegó hasta la escalera principal. Subió a toda prisa y se encerró en su habitación.

Se sentó en el borde de la cama y se tapó la cara con ambas manos. ¿Qué le había pasado? En cuestión de unos pocos días, su vida se había convertido en un sinsentido. No hacía más que cometer un error tras otro y no podía culpar a nadie excepto a sí misma.

Después de un momento de vacilación, agarró una silla y la colocó debajo del picaporte. Se quitó los zapatos, apagó las luces y se metió bajo las mantas, sin haberse cambiado de ropa siquiera. Escuchaba, esperaba en la oscuridad... Poco después lo oyó. Alguien llamó a la puerta con suavidad y una voz dijo su nombre. Él esperaba que le dejara entrar.

Ginny se tapó la boca con fuerza para que ningún sonido pudiera escapar de sus labios, ni una palabra, ni un suspiro, ni siquiera el susurro de una respiración. Esperó y esperó y finalmente todo quedó en silencio.

Capítulo 10

Ayer bebí demasiado».

Ginny ensayó las palabras una y otra vez mientras se preparaba para bajar a desayunar. Esa era la historia que iba a contar. Suspirando, abrió las persianas y descubrió que *mademoiselle* Chaloux no se había equivocado respecto al tiempo. El cielo estaba gris y las viñas estaban escondidas tras una espesa cortina de llovizna. Al llegar a la puerta de la cocina, se detuvo un instante antes de entrar, pero allí solo estaba *madame* Rameau, colocando un plato de pan y cruasanes y un tarro de conservas sobre la mesa. Ni siquiera Barney estaba en su cama. Andre debía de haberle llevado a dar un paseo.

–*Bonjour, mademoiselle* – la señora Rameau la miró de arriba abajo con unos ojos inquisitivos– . *Vous avez bien dormi?*

–*Oui, merci* – dijo Ginny, consciente de que estaba diciendo una mentira.

Aceptó el café que le ofrecía la señora y tomó asiento.

–La veo un poco pálida, y parece un poco triste – dijo la señora Rameau de repente– . Se pondrá más contenta cuando conozca mejor la región de Terauze y la vida aquí. Luego, cuando deje de llover, venga conmigo a dar un paseo al pueblo – la señora asintió con la cabeza– . Y no se preocupe si la miran con curiosidad. Todo lo que ocurre aquí resulta muy interesante para las gentes de Terauze, y es normal que su llegada cause cierto revuelo. Pero todo estará bien. Clothilde le da su palabra. Bueno, ahora tengo que ir a dar de comer a los pollos.

La señora Rameau se marchó. Ginny se terminó su *tartine* y se puso a recoger la mesa. Poco después entró el barón. Parecía agitado y farfullaba cosas entre dientes.

Al verla allí se detuvo.

–Discúlpeme, *mademoiselle*. No sabía que estaba usted aquí.

–¿Ocurre algo?

–Tengo un problema con mi ordenador.

–¿Ha podido resolverlo?

El barón suspiró, impaciente.

–No. No sé cómo hacerlo. Y Monique no trabaja hoy.

–Pero el señor Andre volverá pronto.

–No hasta dentro de unas horas, *mademoiselle*. Y necesito ver unas cuentas urgentemente.

–A lo mejor puedo ayudarlo, señor. Yo trabajaba con ordenadores en Inglaterra y sé un poco de programas *Office*.

El titubeo del señor Duchard no duró ni una fracción de segundo.

–Oh, se lo agradecería mucho.

La condujo a través del pasillo hasta llegar a una puerta situada en el otro extremo. Al otro lado había un tramo de peldaños de piedra que parecía llevar a lo más alto de una de las torres.

«Dios mío. ¿Qué me espera allí arriba? ¿Será Monique Chaloux, agazapada frente a un huso, dispuesta a hacer que me pinche para que duerma durante cien años?», se preguntó Ginny mientras subía.

Lo que se encontró allí arriba, sin embargo, no tenía nada que ver con esas fantasías nefastas. Estaban en una habitación redonda que había sido transformada en un despacho equipado con todas las comodidades.

–Qué sitio más bonito para trabajar – dijo Ginny, deteniéndose al entrar.

El barón pareció algo sorprendido.

–Me alegra que le guste. Fue mi esposa quien escogió este sitio.

–Bueno, no me extraña.

Había una serie de ventanales situados en la pared externa. Ginny fue hacia ellos y se sentó en el mullido asiento que abarcaba toda la sección. A pesar de la lluvia la panorámica de los viñedos y de los espesos bosques que los rodeaban era sobrecogedora.

Se volvió y fue hacia el escritorio. Tal y como imaginaba, el sistema que tenía el ordenador le era familiar, aunque estaba completamente desactualizado. No le fue difícil, no obstante, sacar la información que el barón necesitaba, pero las páginas de cifras parecían algo confusas.

–Creo que le resultará más fácil leer esto en una hoja de cálculo, señor – le dijo Ginny al tiempo que apretaba el botón de «imprimir»– . Y su sistema de seguridad es muy antiguo, lo cual podría ser un tanto peligroso. Por ejemplo, no veo cómo hacer copias de seguridad de los archivos. ¿La señora Chaloux nunca se lo había comentado?

El barón se encogió de hombros.

–A ella le gusta trabajar a su manera. Y yo sé muy poco de tecnología. Pero le agradezco muchísimo que me haya ayudado con esto. A lo mejor podría hacerle alguna sugerencia a Monique para mejorar el sistema.

–Me parece que ella no se lo tomaría muy bien, señor. Yo solo estoy de visita aquí.

El barón la miró fijamente durante unos segundos, arqueando las cejas.

–*Peut-être, vous avez raison, mademoiselle*. Hable con Andre entonces. Ella también está a las órdenes de mi hijo.

Ginny asintió con la cabeza sin más. Varias dudas se agolpaban en

su cabeza, no obstante. Las palabras del barón no parecían sugerir que viera a Monique como a una futura esposa, pero tampoco parecía entender su propia presencia en la mansión como algo más que una estancia meramente temporal.

«Y eso es bueno», pensó Ginny, mientras bajaba las escaleras tras el barón.

¿O acaso no lo era?

Tal y como había predicho la señora Rameau, a lo largo de la mañana dejó de llover y el sol hizo acto de presencia, así que no fue necesario cancelar el plan del paseo. Terauze era una maraña de calles estrechas que conducían a una plaza central. Cuando llegaron acababan de empezar a desmontar el mercadillo diario. Los puestos se apelotonaban alrededor de la estatua de un hombre, situada sobre un pedestal de piedra.

Las miradas y los susurros se sucedían a su alrededor a medida que avanzaban por la plaza, pasando por delante de la panadería, de la *patisserie*, de la carnicería, la charcutería... A continuación estaba la farmacia, pero como la señora Rameau se había enfrascado en una animada conversación con una vieja amiga, Ginny se vio asaltada por una idea repentina y entró en el establecimiento sola. Las dos mujeres que estaban de pie frente al mostrador dejaron de hablar con la farmacéutica nada más verla entrar. Se dieron la vuelta bruscamente al oír la campanilla de la puerta y la miraron con esa misma curiosidad que había sentido fuera.

Ginny titubeó un momento. Su primer impulso fue retroceder y marcharse de allí cuanto antes. Su brillante idea parecía haberse convertido en una misión imposible de repente. Aunque hubiera podido reconocer los nombres de las marcas francesas, ¿cómo iba a comprar un test de embarazo en mitad de ese pueblo donde todos se conocían?

–*Vous voulez quelque chose, mademoiselle?* – le preguntó la escuálida farmacéutica, acercándose con una cara poco afable.

Ginny se vio obligada a pensar con rapidez.

–Aspirinas, *s'il vous plaît, madame* – se atrevió a decir.

La empleada asintió con un gesto un tanto agrio. Justo cuando iba a pagar la señora Rameau entró en el establecimiento. Su saludo a las personas allí presentes fue cordial, pero breve y seco. Un segundo más tarde agarró a Ginny del brazo y la acompañó de vuelta a la calle sin entrenerse.

–No parecía muy amable – le dijo Ginny.

–*Madame* Donati y su marido creen que les estoy robando el negocio, algo totalmente absurdo. Además, es amiga de *mademoiselle*

Monique, a quien le alquila el apartamento que está encima de la farmacia.

–Otra que tampoco es muy amable – dijo Ginny con tristeza– . O al menos no conmigo.

La señora Rameau se encogió de hombros.

–Usted es inglesa, señorita, y una inglesa se llevó el corazón del hombre al que ella amaba. Eso no lo olvidará jamás ni lo perdonará. A mí me odia porque estaba allí y fui testigo de todo lo que ocurría, pero de eso hace mucho tiempo ya y no se puede cambiar el pasado.

Al ver la mueca de dolor de Ginny, miró las pastillas que tenía en la mano.

–*Vous avez un mal de tête?* Mejor le hago una tisana.

Durante el camino de vuelta fueron adelantadas por una joven a caballo con una larga cabellera rubia recogida en una coleta. Era una mujer atractiva, pero sus rasgos eran demasiado duros.

Cuando *madame* Rameau la saludó, la joven levantó su fusta a modo de respuesta.

–*Bon jour, mademoiselle. Ça va?* – la joven miró a Ginny de arriba abajo, arrugando los párpados, y entonces siguió adelante.

–¿Quién era?

–Dominique Lavaux – dijo– . Su tío es dueño de una parcela contigua a los dominios del señor Duchard. También es la ahijada de la señora Chaloux.

«Bueno, has preguntado. Ahora lo sabes», pensó Ginny.

Ya de vuelta en la mansión, no tuvo más remedio que seguir con la historia del dolor de cabeza y aceptó la tisana de la señora Rameau. Tenía un sabor agradable, ligeramente ahumado.

Nada más entrar en su habitación se quitó el abrigo y las botas y se acostó en la cama, encima de las mantas. Poco a poco su cuerpo, tenso y rígido, comenzó a relajarse y sus aturdidos pensamientos recuperaron el sentido de la realidad. No tenía nada de malo cerrar los ojos y dejarse llevar un rato por la tenue luz de la tarde. Cuando se despertó, no obstante, era el resplandor de las lámparas que flanqueaban la cama el que iluminaba la habitación. Habían pasado horas, no minutos. Además, ya no estaba sola. Andre estaba sentado en un butacón a unos pocos metros de distancia. Parecía ensimismado, pensativo. Mantenía la cabeza baja y contemplaba el suelo con las manos alrededor de las rodillas. Ginny sintió un deseo repentino de ir hacia él para que la tomara en brazos, pero eso no podía ser. Se movió ligeramente, tratando de incorporarse. Él levantó la cabeza de inmediato.

–Tu dolor de cabeza... ¿Se te ha quitado?

–Sí. Creo que sí – Ginny se mordió el labio– . ¿Es por eso que estás aquí? ¿Para preguntarme cómo estoy?

–No. Esa no es la única razón – dijo él lentamente.

Ginny sintió que su corazón se aceleraba.

–Virginie, quiero pedirte perdón por lo que ocurrió anoche. No tenía derecho a comportarme así, habiéndote dado mi palabra, y estoy avergonzado. Por favor, créeme cuando te digo que solo quería ofrecerte consuelo – se detuvo. Sus ojos la buscaban con desesperación.

Tenía mucho más que decir, pero no parecía encontrar las palabras, palabras que podían destruirla.

–Yo también lo siento. Estaba algo alterada. También había bebido algo más de lo que suelo beber. Pero hubiera recuperado el sentido común antes de llegar a un daño mayor.

–¿Un daño mayor? ¿Así ves lo que ha pasado entre nosotros desde que nos conocimos?

–¿Cómo quieres que lo vea si no? Ginny le lanzó una mirada desafiante– . Cometimos un error terrible, pero no tenemos que destrozar nuestras vidas por ello.

–Y tampoco deberíamos destrozar el futuro del niño que podrías llevar dentro de ti.

–Aunque eso fuera cierto, sé que quedarme aquí y casarme contigo sería un desastre.

Andre arqueó las cejas.

–¿Cómo puedes estar tan segura... y tan pronto?

–Cuando viniste a Inglaterra, casarte debía de ser la última cosa que tenías en mente.

–Alguna vez he pensado en ello, pero hasta este momento no ha sido una prioridad para mí.

–Además... no nos queremos.

–¿Querernos? – repitió Andre en un tono reflexivo, como si fuera la primera vez que lo oyera– . ¿Desde cuándo es parte del trato?

Ginny tragó con dificultad. ¿Cómo había podido ser tan idiota?

–Tienes... tienes razón. No era parte del trato. Me he expresado mal, así que voy a intentarlo de nuevo. Yo no soy tu tipo, y desde luego tú no eres el mío.

–Bueno, ¿cuál es tu tipo entonces? ¿El excelso señor Welburn?

–Si es eso lo que quieres creer – le dijo Ginny en un intento por hablar con indiferencia– . Lo que realmente quiero decir es que... no te quiero.

–*Vraiment?* Y, sin embargo, ambos sabemos que si Gaston no nos hubiera interrumpido, habríamos pasado la noche aquí en esa cama y te hubieras despertado en mis brazos esta mañana – miró el reloj y se puso en pie– . Es hora de cenar. Mi padre espera que cenes con

nosotros – la sonrisa no le llegó a los ojos– . Creo que quiere hablar de ordenadores.

–Espero que no pienses que me he inmiscuido en algo que no me compete.

–Al contrario. Mi madre no dejaba de decir que la finca tenía que entrar en la era de la tecnología – sacudió la cabeza con tristeza– . Desde que la perdimos, las cosas se han descuidado un poco. Pero parece que tú has logrado convencer a mi padre de que hay que seguirle el ritmo a los tiempos. Permíteme que te dé las gracias. Espero que cuando regreses a Inglaterra no sientas que has perdido el tiempo aquí.

Mientras le veía alejarse, Ginny pensó que acababan de dar el primer paso para separarse. No era un gran paso, pero al menos era un comienzo.

El barón se mostró de muy buen humor durante la cena. Al parecer había contactado con una empresa de informática de Dijon y uno de sus empleados iría a la mansión al día siguiente para darles algunas recomendaciones.

–Dice que deberíamos tener una página web – dijo, sirviéndose un poco de queso– . ¿Le parece buena idea, *mademoiselle*?

–Creo que es una idea estupenda – dijo Ginny rápidamente.

Se preguntaba cómo era posible que la señora Chaloux hubiera incurrido en tanta dejadez.

–Ah, pero eso no es todo – se volvió hacia Andre– . *Mon fils*, he decidido que este año volveremos a celebrar el cumpleaños del barón Emile.

Andre arqueó las cejas.

–¿No es un poco tarde para eso? Tenemos menos de un mes para prepararlo todo.

–He hablado con Clothilde y con Gaston y están de acuerdo conmigo en que hemos dejado de lado su recuerdo durante demasiado tiempo. Me han dicho que se puede hacer – le dedicó una sonrisa a Ginny– . *Mademoiselle* Mason verá *château* Terauze en fiestas y su presencia traerá aún más alegría a los festejos. Mañana voy a hacer una lista de invitados. Y tenemos que mandar a imprimir tarjetas. Recuerdo que mi querida Linnet siempre contrataba a la misma empresa – asintió– . Voy a buscar en mi escritorio a ver si encuentro el nombre – dijo y se marchó, llevándose su café.

–Ya sabes qué es lo que te voy a preguntar, Virginie – dijo Andre una vez se quedaron solos– . No le he visto tan animado durante mucho tiempo, y espero que me hagas el enorme favor de complacerle quedándote hasta la fiesta – hizo una pausa– . Y aunque no te servirá de incentivo, te estaré profundamente agradecido por ello.

Ginny mantuvo la vista baja.

–Entonces parece que no tengo mucha elección.

No le oyó abandonar la habitación. Sin embargo, cuando levantó la mirada por fin, descubrió que estaba sola.

«Solo un día más», pensó Ginny mientras regresaba del pueblo. Solo faltaban siete días para que terminaran las tres semanas más difíciles que había pasado en toda su vida.

Se detuvo un instante y cambió de mano la bolsa de lona de la señora Rameau. Solo había comprado algunas verduras, pero la bolsa parecía más pesada que nunca.

A lo mejor solo era cansancio. Llevaba un tiempo durmiendo mal y la tensión constante de vivir bajo el mismo techo que Andre Duchard comenzaba a pasarle factura. No se lo encontraba muy a menudo, no obstante. Él siempre desayunaba pronto y pasaba los días ocupándose de sus preciados viñedos. Después de la cena, además, solía retirarse rápidamente y pasaba la tarde en *La petite maison*, bebiendo y jugando a las cartas con Jules, según decía la señora Rameau, con las cejas arqueadas y los labios fruncidos.

Andre Duchard hacía todo lo posible por mantener las distancias, pero Ginny no podía evitar vivir en vilo, esperando su regreso. Por el día tenía muchas cosas que hacer gracias a los preparativos para la fiesta, afortunadamente. Durante las últimas veinticuatro horas se había convertido en la ayudante de la señora Rameau, y la había ayudado a preparar el jamón, las piezas de ternera, el pavo y el resto de manjares de los que iban a disfrutar los invitados en la fiesta. Además, el cuñado de la señora Rameau, pescador de profesión, les había prometido que les llevaría suficiente pesca para hacer un guiso de pescado.

–Y le enseñaré, *mon enfant*, a hacer *jambon persille* – le había prometido la señora Rameau.

–Las recetas de Clothilde son su gran secreto, *mademoiselle* – le había dicho el barón, que lo había oído todo– . Es un honor que quiera compartir la receta con usted. Es evidente que tiene madera de cocinera.

«Una cocinera que pasará los próximos meses viviendo a base de comida de microondas», había pensado Ginny, aunque no lo dijera en alto.

La cara de Monique Chaloux se había convertido en piedra momentáneamente cuando se había encontrado con el técnico informático. Tras lanzarle una mirada fulminante a Ginny, había proferido una sarta de protestas y había insistido en que era un gasto

innecesario. El barón, no obstante, se había mantenido firme e incluso había llegado a decirle que si tenía problemas al usar el software, podía pedirle ayuda a la señorita Mason, tal y como él mismo tenía intención de hacer.

–Pero eso no es justo – había dicho la señora Chaloux– . No me parece correcto cargarla con nuestros problemas tecnológicos durante el resto de su estancia.

–Al contrario – dijo Ginny sin perder la calma– . El barón sabe que estoy encantada de ayudar. De esta manera puedo devolverles algo de la hospitalidad que me han brindado aquí – añadió, fingiendo no haber visto la mirada irónica de Andre.

Desde un principio había decidido no asistir a la fiesta por un sinfín de razones, y una de ellas era que no tenía ninguna prenda adecuada para el evento. Había pensado en inventarse alguna enfermedad pasajera el mismo día de la fiesta, pero la señora Rameau le había estropeado la excusa preguntándole qué tenía pensado ponerse el día de la fiesta durante uno de sus paseos al pueblo. Al verla titubear, la había llevado directamente a una boutique situada en una calle secundaria y cuyo escaparate solo exhibía una blusa de seda con un exquisito estampado de colores. La dueña de la tienda, increíblemente *chic* con un estilismo en gris, la había mirado de arriba abajo y había sacado unas cuantas prendas de noche. Ginny ni siquiera quería mirar las etiquetas para no asustarse. Había dos vestidos, sin embargo, que habían llamado su atención poderosamente. Uno de ellos estaba hecho en seda color marfil y llegaba hasta el suelo. Las mangas, largas, eran de corte imperial y recordaban a un vestido de novia.

Ginny lo dejó a un lado con tristeza. El otro era un glorioso vestido negro de tafetán con una falda amplia que llegaba justo por debajo de la rodilla y un escote cuadrado y bajo que realzaba su piel blanca.

No veía la etiqueta por ningún sitio, pero cuando preguntó el precio, se llevó una gran sorpresa al ver que era la mitad de lo que esperaba. Por suerte podía permitírselo, sobre todo porque ya tenía unos zapatos negros de tacón alto que estaban casi nuevos.

En cuestión de minutos salió de la tienda con el vestido en una bolsa y durante un buen rato, mientras caminaba por las calles del mercado, se sintió como Cenicienta, pero el sueño se hizo añicos en cuanto la señora Rameau regañó al frutero por el precio del puerro.

«Un golpe de realidad que sin duda me hacía falta», pensó Ginny mientras ascendía la última loma que llevaba al portón de la mansión. Entró por la puerta de atrás, que daba acceso a la cocina. Jules ya estaba allí, hablando con su tía, y había dos conejos sobre la mesa de la cocina.

–*Bon jour, mademoiselle. Ça va?* – Jules la saludó con entusiasmo y señaló los conejos– . Esta noche la tía Clothilde los va a cocinar para

usted con su salsa especial de mostaza – se besó las puntas de los dedos– . *Formidable.*

Ginny contempló los animales muertos durante un instante mientras se quitaba el abrigo. Una extraña sensación de vacío la invadía.

«Piel, pelo, orejas… Hay que quitar todo eso», pensó.

–¿De dónde han salido? – preguntó.

–Los cacé esta mañana – Jules parecía sorprendido– . ¿No oyó el sonido de mi arma?

Ginny sacudió la cabeza y entonces se dio cuenta de que había sido un error hacerlo. Tapándose la boca, soltó la bolsa de la verdura y corrió hacia el fregadero para no vomitar allí mismo.

Cuando logró incorporarse de nuevo, todo seguía dando vueltas a su alrededor. La señora Rameau le dio un vaso de agua y la condujo a la sala de estar, sujetándola con firmeza. La hizo sentarse en el sofá situado frente al hogar.

–Lo siento – susurró Ginny– . Es que cuando vi esos conejos… No suelo ser tan remilgada.

–Pero todo cambia cuando uno está *enceinte, mon enfant* – le dedicó una sonrisa tranquilizadora– . Y para la cena, simplemente voy a asar un pollo.

–*Enceinte* – repitió Ginny– . Quiere decir…

–Que va a tener un bebé, *petite.*

–No. Tiene que haber un error.

–Yo lo supe desde un principio. Y el señor Andre le dirá que nunca me equivoco.

Ginny la miró fijamente.

–¿Se lo ha dicho?

–¿Que va a ser padre? Desde luego. Esa es una noticia muy importante para un hombre – le dio una palmadita en el hombro– . Una nueva generación para *château* Terauze. Traerá mucha felicidad a esta casa.

«Felicidad. ¿Qué felicidad puede haber cuando un hombre se casa por obligación?», pensó Ginny cuando la señora Rameau se marchó. Cerró los ojos y se recostó contra los cojines. Enamorarse de alguien debía ser algo maravilloso. No tenía por qué sentir la desesperación que estaba experimentando en ese momento. Fuera como fuera, no obstante, debía mantenerlo en secreto.

–Al menos hasta que esté bien lejos de aquí, lo cual tiene que ocurrir muy pronto, muy pronto – se dijo.

Capítulo 11

Se había preparado para la llegada de Andre, pero al ver la desolación de su rostro, el corazón se le encogió.

–Lo siento – dijo con un hilo de voz.

–Yo también me arrepiento... de todo – dijo él abruptamente, sacudiendo la cabeza– . Albergaba la esperanza de que Clothilde se hubiera equivocado, por una vez.

–Pero eso no cambia nada. Todavía tengo intención de regresar.

–Al contrario – dijo Andre con contundencia– . Mañana, durante la fiesta, anunciaré nuestro compromiso, y nos casaremos en cuanto hayamos cumplido con todas las formalidades legales.

–No. No... no lo dices en serio.

–Olvidas, Virginie, que sé lo que sufrió mi padre, sabiendo que su único hijo estaba siendo criado por otro hombre, en otro país. ¿Crees que voy a permitir que eso me ocurra a mí? ¿Crees que me voy a conformar con darle el apoyo económico y con visitas esporádicas? – respiró profundamente– . Nunca.

–Pero no entiendes...

–¿Quién te va a defender a ti, Virginie? ¿Tu madre? No lo creo – le dijo él, interrumpiéndola.

–Estás decidido a creer lo peor de ella.

Andre permaneció en silencio unos segundos.

–Virginie, te ruego que me concedas el honor de ser tu esposo. Te prometo que intentaré hacerte feliz.

Ginny contempló los dedos que rodeaban los suyos propios y asintió con reticencia.

–En ese caso, supongo que sí – retiró la mano– . Ya no sé... no sé cómo luchar contra ti, Andre.

Él se inclinó sobre ella, pero Ginny se echó hacia atrás al ver que iba a besarla. Él se incorporó. Su boca era una mueca burlona.

–Puedes mantener las distancias si quieres durante el día, *chérie*. Pero las noches traerán la recompensa – caminó hasta la puerta y entonces se dio la vuelta– . Para los dos, como creo que recuerdas – añadió y se marchó sin más.

Mientras se miraba en el espejo, Ginny notó que el vestido negro de tafetán le sentaba mejor esa noche que el día que lo había comprado.

Hacía mucho tiempo que no asistía a una gran fiesta.

«No me queda tan mal. Creo que incluso Cilla se llevaría una buena sorpresa si estuviera aquí esta noche», pensó.

Había llamado a su madre y a su hermana el día anterior para decirles que iba a casarse, pero una vez más sus mensajes habían ido a parar al buzón de voz, y nadie le había devuelto la llamada desde entonces. No podían seguir en las islas Seychelles a esas alturas, no obstante.

«Es como si hubiera dejado de existir para ellas», se dijo mientras bajaba las escaleras con resignación.

La mesa del centro del vestíbulo estaba llena de comida e iluminada por candelabros. En un rincón había un grupo de músicos, afinando sus instrumentos en silencio. Dos chicas del pueblo, radiantes con una falda negra y una camisa blanca, esperaban para servir las bebidas.

La puerta estaba entreabierta. Ginny se detuvo un instante para alisarse la falda y tomar el aire.

–¿Esperas que me alegre? – oyó decir al barón de repente– . ¿Quieres que acepte a esta joven como tu esposa, *mon fils*, cuando esperaba que tu matrimonio fuera de otra manera?

–Es lo más que puedo esperar. Y yo soy el único culpable.

Ginny se quedó inmóvil durante una fracción de segundo. Su primer impulso fue refugiarse en su dormitorio, hacer la maleta y desaparecer en mitad de la noche, pero esa era una salida de cobardes. Además, ella ya sabía cómo eran las cosas, y las había aceptado así.

Respiró profundamente y abrió la puerta, esbozando su mejor sonrisa y con la cabeza bien alta.

Ambos se volvieron al verla entrar, pero el barón fue el primero en hablar.

–*Ravissante* – le dijo, forzando una sonrisa– . ¿No es así, Andre?

Se produjo un silencio momentáneo. Los labios de Andre hicieron una mueca casi imperceptible.

–*Tu as raison, mon père.* Estás preciosa, Virginie.

Ginny murmuró unas breves palabras de agradecimiento y dio media vuelta. Las mejillas comenzaban a arderle. Después de todo, ¿qué podía decirle él si no?

Las cosas se volvieron más fáciles cuando comenzaron a llegar los invitados. Lo único que tenía que hacer era pararse entre Andre y su padre y sonreír al tiempo que decía «*Bonsoir*» una y otra vez. Cuando llegaron los últimos invitados, logró separarse de Andre al ver que estaba enfrascado en una animada conversación con otro viticultor. Buscó un rincón tranquilo para tomar aliento un momento, pero no tardó en verse asaltada por Monique Chaloux, engalanada con un vestido de brocado verde oscuro.

–Es casi imposible reconocerla, *mademoiselle.* Qué gran diferencia

supone la ropa cara.

–Me temo que no sé cuál es la diferencia. No puedo permitirme semejantes placeres.

La señora Chaloux arrugó los párpados.

–Pero esta noche lleva un Louise Vernier. ¿Es un regalo del señor Andre, tal vez, para pagarle los servicios que le ha prestado antes de mandarla de vuelta a su casa? – se rio con malicia– . Ha sido muy generoso, así que no debe de ser tan sosa como aparenta ser en la cama.

–¿Cómo se atreve? – le dijo Ginny, con una voz temblorosa– . Este vestido lo he pagado yo.

–¿Tienes dos mil euros para gastar en ropa de firma? Permítame que lo dude.

–¿Dos mil euros? – Ginny se la quedó mirando– . Eso es absurdo. Me costó menos de doscientos.

–No. Si eso es lo cree, entonces la han engañado, *mademoiselle.* Pero el señor Andre no tardará en cansarse de usted, así que disfrute de su buena fortuna mientras pueda.

La señora Chaloux siguió su camino. Ginny temblaba de furia.

Andre apareció a su lado de repente.

–¿Has pagado este vestido? – le preguntó, iracunda.

–Ah. Me preguntaba por qué te buscaba *notre chère* Monique. Ha sido todo un detalle por su parte decírtelo.

–Entonces es cierto – Ginny respiró profundamente– . ¿Pero cómo fui tan estúpida como para pensar que podría permitirme algo de esa tienda? – exclamó, atravesándole con la mirada– . Me quitaría el vestido ahora mismo y te lo tiraría a la cara.

–Será mejor que no lo hagas ahora – le dijo él en un tono burlón– . Tenemos algo que anunciar – la tomó de la mano y la condujo hacia el pequeño estrado que habían preparado para la banda de música.

–*Messieurs et mesdames*.

Al oír la voz de Andre todo el mundo guardó silencio.

–Están con nosotros esta noche para recordar al barón Emile, pero yo tengo otro motivo de celebración. La señorita Mason, Virginie, ha aceptado ser mi esposa. Les presento, por tanto, a la futura baronesa de Terauze.

Todo el mundo pareció contener la respiración al mismo tiempo y entonces comenzaron los aplausos. El barón dio un paso adelante con una sonrisa en los labios y se sacó una cajita forrada en terciopelo del bolsillo. Dentro estaba el collar de rubíes que aparecía en el retrato que estaba en el salón. Los invitados aplaudieron con más fuerza y Andre puso la joya alrededor del cuello de Ginny. Después se inclinó y la besó en la mano y en los labios.

Ella permaneció inmóvil, sujeta de su brazo, haciendo un esfuerzo

por sonreír. Cuando bajaron de la tarima, se vieron rodeados por la gente. Todos querían darles la enhorabuena en persona; todos excepto una de las invitadas. Más allá de la multitud, Ginny localizó a la señora Chaloux. Estaba de pie junto a una pared. Su rostro era una máscara de furia e incredulidad.

Apartando la mirada, dejó que Andre la guiara a través del grupo de gente.

Mientras servían los platos, él volvió a tocar los rubíes que tenía alrededor del cuello.

–Han sido hechos para ti, *mignonne* – le dijo, deslizando los dedos hasta el punto donde su pecho se curvaba– . De la misma forma que tú has sido hecha para mí – le susurró al oído– . Duerme conmigo esta noche, Virginie. Hazme sentir que eres mía.

Su expresión era inquieta y su mirada era extrañamente intensa.

–Virginie...

El latido rápido del corazón de Ginny era de alegría, pero también de miedo. Quería decirle que sí con toda su alma. Quería saber que al menos durante un par de horas, sería suyo por completo... De repente se oyó el estruendo de un timbre y Gaston se apresuró hacia la puerta de entrada. Las llamas de las velas se tambalearon en la repentina ráfaga de viento que azotó la casa cuando se abrió la puerta. A través de la multitud Ginny vio a una mujer que se estaba quitando un gorro. Una larga cabellera rubia le cayó sobre los hombros. Durante una fracción de segundo Ginny pensó que era Dominique Lavaux, pero entonces oyó una voz que la sacó de dudas.

–He venido a ver a mi hermana, Virginia Mason. ¿Dónde está, por favor?

Ginny se quedó paralizada. Cilla se abría paso hacia ella, enfundada en su acolchado abrigo morado.

–Oh, Andre – dijo finalmente, pasando por su lado como si fuera invisible.

Había una nota de histeria en su voz.

–Tenía que venir, porque todo está mal y no sé qué hacer – reprimiendo un sollozo, se arrojó a los brazos de Andre y escondió el rostro contra su pecho.

Durante un momento se produjo un silencio sepulcral y entonces Jules apareció con una silla, salido de la nada. Agarró a Cilla con un gesto firme, pero cortés, y la hizo sentarse, apartándola de Andre. Su tía no tardó en llegar con una copa de Brandy para la recién llegada.

Anonadada, Ginny dio un paso adelante.

–Señora Rameau – dijo, haciendo uso del francés que había aprendido en secundaria– . ¿Le importaría preparar una habitación para mi hermana? El viaje ha sido largo y necesita descansar un poco.

El ama de llaves le dedicó una mirada rápida a la calamitosa Cilla,

asintió con la cabeza y se retiró. Ginny fue hacia la silla y puso una mano sobre el hombro de su hermana.

–¿Ha venido mamá contigo? ¿Está esperándote en algún sitio?

–¿Mamá? – Cilla se incorporó de golpe. El brandy que sostenía en la mano estuvo a punto de derramarse– . Tienes que estar de broma. Me ha echado y ni siquiera quiere hablarme, no desde que Jon rompió nuestro compromiso. ¿Por qué crees que estoy aquí?

Consciente de que eran el centro de todas las miradas, Ginny no tardó en responder. El barón Bertrand parecía estupefacto.

–Ya hablaremos de eso luego. ¿Quieres subir a mi habitación y así te refrescas un poco en mi cuarto de baño?

–¿Tu cuarto de baño? – Cilla la miró por primera vez. Arrugando los párpados, reparó en su collar de rubíes– . ¿Qué pasa aquí? ¿Qué están celebrando?

–Entre otras cosas, celebramos mi compromiso con Andre.

–Compromiso – repitió Cilla, dejando escapar una carcajada apenas sin aliento. Miró a Andre un instante. Él guardaba silencio y permanecía inmóvil, de brazos cruzados– . ¿Es una broma?

–*Au contraire, madame* – fue Jules el primero en hablar– . La boda del futuro barón es un asunto muy serio, pero también es motivo de celebración en *château* Terauze.

Cilla se puso en pie.

–Pero yo pensaba... – comenzó a decir, pero entonces se detuvo. Se tambaleó un instante y entonces se llevó una mano a la cabeza– . Andre... – susurró.

Andre dio un paso hacia ella, pero Jules volvió a intervenir.

–*Mademoiselle*, creo que no se encuentra bien. Permítame que la ayude.

En menos de dos segundos, tomó a Cilla en brazos y subió las escaleras con ella, dejando a todo el mundo en silencio en el salón.

–¿Sabías algo de esto? – le preguntó Andre en un tono tenso– . ¿Te habían avisado?

Estaban en la pequeña sala de estar. Los últimos invitados se habían marchado más de media hora antes y el barón ya se había retirado a su dormitorio.

–No – dijo Ginny– . Por supuesto que no. Le dije a mi madre que íbamos a casarnos, pero pensé que simplemente estaba ignorando mi mensaje, tal y como ha hecho con todos los demás. Y es evidente que no le ha dicho nada a Cilla.

–Pero qué ironía – dijo Andre con frialdad– . Aparece el día que anunciamos nuestro compromiso para decirnos que su relación con el señor Welburn ha terminado.

–¿Por qué dices eso?

–Porque el bueno de Jonathan vuelve a estar libre ahora. A lo mejor

ahora te arrepientes aún más de aquella tarde de placeres que pasamos.

«¿Y qué me dices de ti?», pensó Ginny, molesta ante tanto sarcasmo.

Todo el mundo le había visto dar un paso hacia ella. Si Jules no se hubiera interpuesto en su camino, habría sido él quien la hubiera llevado en brazos al piso superior.

–A lo mejor estás sacándole una lectura demasiado retorcida a lo que seguramente fue una discusión de amantes a causa del estrés prenupcial. A veces pasa.

–Pero creo que en este caso no. ¿Vas a hablar con ella?

–Por la mañana. Se ha tomado una copa de *bouillon* y una tisana de las de la señora Rameau. Me ha dicho que la deje dormir.

Andre asintió.

–Clothilde es muy sabia. Todos necesitamos dormir. Las cosas se verán de otra manera mañana.

«Todo se ve de otra manera ya», pensó Ginny. De repente los rubíes le pesaban tanto como si fueran gotas de sangre sobre la piel. Se tocó la nuca y buscó el cierre.

–Creo que debería devolverte esto. Supongo que deben estar en una caja fuerte en algún sitio.

–Permíteme.

Ginny trató de no temblar mientras él abría el complicado cierre. El roce de sus dedos sobre la piel fue una agonía deliciosa que apenas podía soportar en ese momento.

–¿Puedes quitarte el vestido?

–Oh, claro.

«Hazme sentir que eres mía».

Las palabras de Andre resonaron en su mente.

Al menos no había accedido. De haberlo hecho, todo se hubiera complicado mucho más.

–Bueno... buenas noches – le dijo, haciendo un esfuerzo por sonreír.

Él ya estaba dando media vuelta.

–*Bonsoir,* Virginie, *et dors bien.*

Asintiendo con cierta incomodidad, Virginia se dirigió hacia la puerta. Caminó pausadamente hasta llegar a las escaleras, las subió sin prisa y, cuando llegó arriba, echó a correr como si la persiguieran mil demonios hasta alcanzar la habitación que aún seguía siendo la suya. Entró y cerró la puerta sin perder ni un segundo.

–Oh, eres tú – dijo Cilla a la mañana siguiente.

Estaba reclinada contra las almohadas, radiante con un camisón de seda de color azul con encajes. Sobre la mesita de noche había una bandeja con comida, intacta. Ginny retiró la bandeja y se sentó.

–¿No tienes hambre?

–No tengo ganas de comer pan y jamón. ¿Eso es lo único que dan para comer aquí?

–Básicamente, sí, aunque también puedes tomar cruasanes o *pains au chocolat* si los pides antes de que vayan a la pastelería. Y también hay huevos. Por supuesto – Ginny trató de sonreír– . Acabo de darles de comer a las gallinas.

–¿No se supone que eso lo hacen los sirvientes? La mujer que me dio ese brebaje horrible anoche, por ejemplo – Cilla se estremeció– . Pensé que intentaba envenenarme, y esta mañana apareció con el desayuno. No me extraña que se me haya quitado el apetito.

–¿Qué ha pasado, Cilly-Billy? ¿Qué ha pasado entre Jon y tú?

Cilla levantó la cabeza de golpe al oír ese apelativo infantil. Sin embargo, en vez de contraatacar como de costumbre, miró a Ginny con lágrimas en los ojos.

–No pasó nada nuevo. Pero supongo que lo de irnos a las Seychelles fue el desencadenante. Hasta que subí al avión no me di cuenta de que mamá había dejado los móviles en tierra, así que nadie podía contactar con nosotras. «Así nadie podrá molestarnos con preguntas estúpidas», me dijo. Cuando llegamos al hotel, traté de llamar a Jon, pero se puso su madre y me di cuenta de que no era buena idea hablar con ella, así que colgué. Después de todo, nunca le he caído bien, y ahora que no tengo ni un centavo, las cosas han empeorado. Debería habértelo dejado a ti, pero Jon era el partidazo del pueblo, tal y como mamá nos decía siempre. Y, para serte sincera, me hacía ilusión ser la señora de la casa de campo y vivir en esa preciosa mansión. Lo que no quería eran esas conversaciones interminables sobre caballos y ganadería, y las clases de jardinería y las charlas sobre la importancia de usar un buen abono de lady Welburn. No quería tener que soportar todo eso durante el resto de mi vida.

–No puedes estar hablando en serio.

–En realidad, sí – Cilla comenzó a juguetear con el bordado de la sábana– . Las Seychelles me dieron tiempo para pensar, y me di cuenta de que si Jon hubiera sido mi único y verdadero amor, jamás me habría marchado así, ni tampoco hubiera hecho muchas otras cosas, así que estaba decidida a sugerirle que nos pensáramos mejor las cosas, pero él se me adelantó – se mordió el labio– . Ya ves... Fui a visitar a Andre a su hotel una tarde, y una de las empleadas me vio salir de su habitación. Cuando regresé, el rumor ya había llegado a Welburn Manor. Jon me lo dijo. Me exigió que le explicara qué había pasado – se encogió de hombros– . Y yo le dije: «te encantaría saberlo, ¿no?», y le devolví su anillo. Se lo tuve que decir a mamá al final y entonces todo se fue al traste – se estremeció– . Ella se volvió loca. Me gritó y me dijo que había perdido el juicio, que la había humillado

delante de todo el vecindario, y que nunca me perdonaría, que podía morirme de hambre en una cloaca porque jamás me dejaría vivir de ella, ni tampoco permitiría que Howard tuviera que cargar conmigo.

A Ginny le daba vueltas la cabeza, pero llegado ese momento tuvo que preguntar.

–¿Quién es Howard?

–Es el hombre al que conoció jugando al *bridge* en el hotel. Es un hombre tranquilo, bastante atractivo. Vive en Hampstead y todo indica que va a ser nuestro próximo padrastro, o el mío, en todo caso. Creo que no te ha mencionado a ti.

–Pero si acaba de enviudar. ¿Él lo sabe?

–No seas tonta. Puso sus ojos en él y antes de que terminara la semana ya le tenía de perrito faldero. Nuestra madre es toda una artista. Y, por supuesto, esta vez el matrimonio será sin compromisos porque él ya tiene un hijo y heredero.

–¿Qué quieres decir?

Cilla volvió a encogerse de hombros.

–Al parecer, Andrew y ella habían llegado a un acuerdo. Él quería un heredero legítimo. Ella le prometió que le daría uno, pero ya lo había pasado muy mal con mi embarazo y de alguna forma logró convencer a su médico para que la sometiera a un tratamiento para no volver a quedarse embarazada. Según me dijo se hizo una ligadura de trompas. Pensó que podría quitarse a Andrew de encima dándole alguna excusa, pero el final él insistió en que se hicieran pruebas de fertilidad y la verdad salió a la luz.

Ginny respiró profundamente.

–Oh, Dios mío. Él debió de decírselo a Andre y por eso la llamó mentirosa.

–Pero ella no lo veía de esa manera. Quería el dinero y las comodidades, así que, para ella, el fin justificaba los medios. Y aún sigue siendo así, porque no creo que esté más enamorada de Howard de lo que lo estaba de Andrew – Cilla miró a su alrededor– . Después de todo, parece que te has colocado bien. ¿Quién lo hubiera dicho?

Ginny se mordió el labio y se puso en pie.

–Siento que lo hayas pasado tan mal, pero estoy segura de que mamá entrara en razón al final. Mientras tanto, estoy segura de que Andre no tendrá inconveniente en que te quedes mientras decides qué hacer.

–Oh, eso ya lo sé – le dijo Cilla, sonriendo con un inesperado entusiasmo. Los ojos le brillaban– . Vino a verme antes y me dijo que podía quedarme todo el tiempo que quisiera, así que no hay problema con eso.

Ginny asintió y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella se dio la vuelta un momento.

–Cilla, por favor, dímelo – la voz le temblaba un poco– . ¿Qué pasó aquella tarde en la habitación de Andre?

–Te encantaría saberlo, ¿no? – la sonrisa de Cilla se convirtió en una mueca burlona.

Presa de un ataque repentino de náuseas, Ginny salió de la habitación, perseguida por las carcajadas de su hermana.

Capítulo 12

A medida que pasaban los días, lentos y agónicos, Ginny comenzó a sentirse como una espectadora de su propia vida, alguien que observaba desde la distancia cómo Cilla se convertía en la futura esposa de Andre.

Su hermana consiguió su meta gracias a un despliegue inusitado de encanto personal y a unas ganas de aprender que jamás había mostrado hasta ese momento. El barón Bertrand, una vez recuperado de la conmoción causada por su llegada, se mostraba cada vez más indulgente y flexible. Incluso la señora Rameau, que en un principio había mirado con recelo a la recién llegada, se había dejado ganar poco a poco y estaba enseñando a Cilla a cocinar.

Se suponía que aún estaba comprometida con Andre, pero un compromiso podía romperse de la noche a la mañana, tal y como Cilla le había demostrado. Además, el tema de la boda no había vuelto a salir desde la noche de la fiesta. En las pocas ocasiones en las que se encontraba a solas con Andre, el único tema del que hablaban era su estado de salud.

Había empezado a mantener una correspondencia regular con la señora Pel y esta le había dicho que la ausencia de su madre y la cancelación del compromiso de su hermana seguían siendo la comidilla del pueblo. Además, al parecer, el nuevo régimen que se había impuesto en la cafetería de la señorita Finn no había gustado mucho a los clientes.

–Me han dicho que Iris Potter está pensando en vender – le había comentado.

«Podría volver al Plan A», pensó Ginny, suspirando. Podía volver a intentar convertirse en la nueva señorita Finn.

La actitud de la señora Chaloux, por otra parte, no hacía más que aumentar su angustia.

–La pequeña hermanita – había dicho con efusividad– . *Quelle enchanteresse. Quelle jolie blonde.* No es de extrañar que todos los hombres, incluyendo al señor Andre, hayan caído rendidos a sus pies.

–No es de extrañar – había repetido Ginny sin cambiar el gesto de la cara.

La señora Chaloux se estaba vengando por el asunto de los ordenadores, sobre todo porque no dejaba de cometer errores con los archivos que Ginny tenía que arreglar posteriormente. Casi estaba

agradecida por ello, no obstante. Era una forma de mantenerse ocupada. Corregir todos esos errores le impedía pensar en otras cosas, y además así mejoraba sus conocimientos de informática. Lo que le costaba mucho entender, sin embargo, era el laberíntico sistema de archivo que había creado la señora Chaloux, y que, de alguna forma inexplicable, se tragaba cartas, facturas, extractos bancarios y mucha más documentación que nunca más podía ser recuperada.

Afortunadamente, una leve mejoría en el tiempo trajo consigo una inesperada sugerencia de Andre.

–¿Qué tal si hacemos esa visita a Beaune? – les preguntó.

Ginny aceptó sin dudarlo, aunque la excursión estuviera dirigida a su hermana, más que a ella.

Habiendo dejado atrás la interminable quietud de Terauze, la repentina confluencia de calles abarrotadas con ruidosos camiones que pasaban a toda velocidad a medida que se acercaban a su destino fue un cambio drástico para Ginny, pero el malestar desapareció en cuanto la ciudad de Beaune apareció ante sus ojos, protegida por su impresionante muralla medieval.

–Oh, es maravilloso – exclamó impulsivamente al tiempo que Andre se desviaba para atravesar un arco que llevaba a un laberinto de calles estrechas.

–Lo mismo dijo tu *beau-père* cuando le traje aquí – dijo, aparcando el vehículo.

Caminaron hasta llegar a un patio adoquinado. Al levantar la vista, Ginny se encontró con el edificio más increíble que había visto en toda su vida.

–El Hotel Dieu, construido hace seis siglos por Nicholas Rolin, el canciller de Philippe le Bon. Era un hospital para los pobres.

Extasiada, Ginny contempló la magnífica fachada.

–Esto tuvo que ser muy difícil de hacer.

Andre sacudió la cabeza.

–No cuando la organización benéfica es dueña de muchos de los viñedos más grandes de Borgoña. Y en noviembre, durante el *Trois Glorieuses*, la nueva cosecha se vende por subasta a compradores de todo el mundo. Llegan a ganar entre cinco y seis millones de euros.

–¿Es entonces cuando encienden la vela y tienen que pujar antes de que se apague?

Andre sonrió.

–No. Eso es solo para el lote más importante. *La Pièce de Presidents.* Normalmente el subastador es una celebridad y así se anima mucho la cosa.

Cilla suspiró.

–Oh, me encantaría estar ahí y verlo.

–Entonces lo único que tienes que hacer es quedarte aquí. Tú eliges.

Ginny sintió que la alegría del día acababa de desvanecerse. Andre miraba a su hermana fijamente mientras ella contemplaba con admiración el portento arquitectónico. Había un rubor especial en las mejillas de Cilla. De repente murmuró algo con timidez y confusión, algo impropio de ella, y entonces dio media vuelta.

De pronto Ginny tomó conciencia de una certeza clara. Esa vez su hermana estaba enamorada de verdad. Y cuando miró a Andre le vio esbozar una sonrisa satisfecha, calma.

«Es mejor destrozar una vida antes que tres. Tengo que ser yo quien se marche. ¿Qué puede ser peor que estar con un hombre que solo se casará conmigo por obligación?», pensó Ginny, resignada.

Cuando salieron al exterior de nuevo, dio un traspié contra los adoquines. Sus ominosos pensamientos la aturdían.

–*Fais attention, ma mie* – Andre estaba a su lado, tomándola de la mano. Su brazo la rodeaba, para darle equilibrio.

–Déjame en paz – le dijo, soltándose con brusquedad.

La sorpresa que se reflejó en el rostro de Andre se transformó en inquietud. Cilla, por su parte, les observaba atentamente. Sus ojos se abrieron casi imperceptiblemente en medio de aquel silencio cargado de tensión.

–Lo siento. Me... me has sorprendido – se apresuró a decir Ginny, consciente de que debía aligerar la atmósfera.

–*Evidemment.* Yo también lo siento.

Sus palabras eran simples, pero de alguna manera resumían muy bien toda la situación y le ponían un punto y final.

Ginny quería estar sola, lamerse las heridas y hacer planes, pero como eso era imposible de momento, decidió que lo mejor era hacer su papel de turista y pasar las últimas horas de su estancia en Borgoña de la mejor manera posible. Cuando regresaron a Terauze, le dolía la cara de tanto sonreír y tenía la garganta seca de tanto hacer preguntas para mostrar interés.

Gaston les esperaba a la entrada de la mansión.

–Su padre desea verle, señor Andre – dijo en un tono que no auguraba nada bueno– . El señor Labordier y el señor Dechesnes están aquí.

Andre masculló algo entre dientes.

–Voy inmediatamente – se volvió hacia Ginny– . Tenemos que hablar. Para empezar, tengo que decirte algo sobre Lucille.

Ginny miró a su alrededor y se dio cuenta de que su hermana se había escabullido en dirección a la cocina.

–No será necesario – Ginny levantó la barbilla– . No estoy ciega ni tampoco soy estúpida. Soy perfectamente consciente de lo que pasa. No es que sea el secreto del año. Sin embargo, preferiría no hablar de ello.

Andre apretó los labios.

–Entiendo que ha sido toda una sorpresa para ti, pero esperaba una respuesta mejor por tu parte, Virginie.

–A lo mejor se me acaba ocurriendo alguna al final – terriblemente angustiada y temerosa de delatarse, Ginny dio media vuelta– . Voy a descansar un rato en mi habitación.

Una vez se refugió en su dormitorio, se quitó el abrigo y los zapatos y se tumbó en la cama. Con la vista fija en el techo, trató de vaciar la mente y dejó que el cansancio se apoderara de ella.

Sin embargo, justo cuando empezaba a cerrar los ojos, alguien llamó a la puerta. Apoyándose en un codo, se incorporó para ver quién acababa de entrar. Era Cilla.

–Oh. Temía que te hubieras quedado dormida – avanzó hasta la cama y se sentó en el borde. Parecía algo nerviosa– . Acabo... acabo de hablar con Andre y me ha dicho lo que te pasa. Pero, Ginny, créeme cuando te digo que no he venido a Terauze para enamorarme. De hecho, eso es lo último que querría en este momento. Nunca pensé que me sentiría así. Aún... aún no me lo creo yo misma – su sonrisa fue forzada, temerosa– . Y estoy segura de que crees que es demasiado precipitado y que no va a durar. Pero sé que él es el único hombre al que querré de verdad, así que... por favor... ¿Puedes intentar alegrarte por mí?

«Ginny, he tenido una pesadilla. ¿Puedo meterme en la cama contigo? Ginny, he perdido la paga. ¿Me compras unos caramelos? Ginny, no le digas a mamá que he roto el jarrón».

El eco de palabras de un pasado distante resonó una y otra vez en la memoria de Ginny.

Se mordió el labio con fuerza.

–Claro que me alegro por ti, Cilly-Billy – dijo después de una pausa– . Es que... necesito algo de tiempo para hacerme a la idea. Eso es todo – sonrió con gran esfuerzo– . Y ahora realmente quisiera descansar un poco. Tanto paseo me ha dejado exhausta.

Cilla asintió y se levantó de la cama. La miró un instante, frunciendo los labios.

–Pero también podría ocurrirte a ti, Ginny. Podrías enamorarte, si te dejaras. Estoy segura de ello.

Ginny siguió sonriendo.

–A lo mejor no todos tenemos tanta suerte.

Una vez sola de nuevo, se dio la vuelta y cayó sobre la cama como una piedra, escondiendo el rostro contra la almohada.

–Eso es todo – repitió para sí. Quería llorar, pero las lágrimas ya no salían.

Apenas diez minutos más tarde la puerta se abrió de par en par y Andre entró en el dormitorio.

Ginny se incorporó.
–Pensaba que tenías visita.
–Ya se han ido.
–Ya te dije que no quería hablar.
–Pero tenemos que hablar – su rostro parecía más serio que nunca– . Y tenemos que hablar de nuestro propio futuro, más que del de Lucille.
–Tú y yo no tenemos ningún futuro. Debemos irnos cada uno por nuestro lado.
–¿Cada uno por nuestro lado? – Andre casi escupió la palabra– . ¿Cómo puede ser eso si vamos a estar unidos para siempre por ese niño que llevas dentro, si...? – se detuvo y sacudió la cabeza.
–No... no tengo ni idea. Solo sé que aquí no me puedo quedar. Tienes que dejarme ir, y cuanto antes mejor.
Se produjo un silencio.
–No puedo oponerme más a eso. Hay detalles que concretar, y mi abogado, Henri Dechesnes, hablará contigo.
Ginny asintió con la cabeza.
–Eso será lo mejor. No te preocupes, Andre. No te voy a pedir mucho.
–Eso no tienes que decírmelo, Virginie – le dijo él. Su voz parecía cargada de amargura y resentimiento– . Lo sé muy bien. Y fui un tonto por pensar, por esperar algo más – se detuvo– . Ahora me voy. Le diré a mi padre lo que hemos decidido.
–Estoy segura de que él ya lo sabe y pensará que hemos tomado la decisión adecuada.
–Al contrario. Estoy seguro de que se llevará una gran decepción, y me lo dirá durante la cena.
–Eso no será muy justo para con Cilla, así que... Si no te importa, discúlpame ante él y pídele a Clothilde que me traiga aquí una sopa, a ser posible.
–*D'accord,* si eso es lo que quieres.

Capítulo 13

Ginny se despertó de golpe y permaneció en la cama un momento, preguntándose qué la había hecho sobresaltarse. Todavía era pronto, pero una persistente sensación de inquietud la hizo levantarse y correr hacia la ventana para abrir las persianas. Un cielo azul despejado e iluminado por un sol neblinoso la recibió una vez más. Tras darse una ducha, descubrió que ya empezaba a costarle abrocharse los pantalones; otra preocupación más que se añadía a una larga lista.

«Tengo que conectarme a Internet y mirar vuelos de vuelta a Inglaterra. Mejor saltar antes de que me empujen», pensó, dándose prisa.

De camino al despacho escuchó un extraño ruido que se hacía más fuerte a medida que se acercaba. Era el chirrido insistente de algún tipo de maquinaria.

La puerta del despacho estaba entreabierta y al otro lado estaba la señora Chaloux, de rodillas, metiendo papeles y más papeles en la trituradora, sin percatarse de su presencia.

«Pero hoy no debería estar aquí. No es uno de sus días de trabajo. Y todo eso que está destruyendo parecen ser extractos bancarios», pensó Ginny, alarmada.

–*Bonjour, mademoiselle. Ça va?*

La señora levantó la vista. Tenía el rostro pálido como si acabara de ver un fantasma. Parecía que se había vestido a toda prisa y tenía el cabello muy sucio.

–Tú – dijo, escupiendo la palabra– . ¿Qué estás haciendo aquí?

Ginny dio un paso adelante, levantando las cejas.

–Creo que debería ser yo quien hiciera esa pregunta.

–También es asunto mío. Todavía no eres la señora de esta casa.

–Y este no es su horario de trabajo. ¿Quién la autorizó a destruir esos documentos y por qué?

Al ver que Monique titubeaba un instante, se inclinó y desenchufó la trituradora.

–Me gustaría obtener algún tipo de respuesta.

–Claro. Cómo no – la voz de Monique Chaloux sonaba sarcástica y corrosiva– . ¿Pero quién eres tú? No eres más que otra ramera inglesa como la otra, igual de pálida y sosa.

Se puso en pie con dificultad. Ginny podía ver que estaba temblando.

–Creía que era mi amiga, pero no pude hacer más que mirar mientras me robaba al hombre al que amaba. Ni siquiera la olvidó cuando se marchó, y cuando regresó, encinta con el bebé de otro hombre, se casó con ella de todas maneras. Es increíble – alzó la voz– . Él debería haberme amado. Yo podría haberle dado hijos propios, y no las sobras de un inglés cualquiera. Cuando murió, pensé que tendría otra oportunidad, así que volví, con la esperanza de que acabaría viéndome como la esposa que debería haber tenido desde un principio – dejó escapar una risotada estridente– . Y me estaba agradecido y era tan agradable conmigo. Claro. Durante todos estos años, ha sido tan agradable y se ha mostrado tan agradecido… hasta la noche del cumpleaños del barón Emile, cuando vi que Andre te ponía ese collar de rubíes. Entonces supe que había malgastado mi vida entera dejándome llevar por una vana esperanza. Me di cuenta de que tendría que ver cómo otra *putaine anglaise* me robaba el lugar que debería haber sido mío, y una vez más tendría que irme de Terauze sin nada – sacudió la cabeza. Había un resto de espuma en la comisura de sus labios– . Pero esta vez no – miró los papeles arrugados que tenía en la mano– . Todos estos años de devoción absoluta se merecen una recompensa de los Duchard y la he conseguido.

Ginny se quedó inmóvil, tensa.

«Dios mío. Ha estado robando dinero. A lo mejor esos fallos informáticos eran deliberados», pensó, cada vez más asustada.

–Estoy segura de que el barón realmente la aprecia, *mademoiselle.* Quizás debería ir a buscarle para que pueda hablar con él, antes de que las cosas empeoren.

Los ojos de la señora Chaloux relampaguearon con pura malicia.

–¿Quieres decir antes de que llamen a la policía? Eres una tonta. No van a hacer eso – se encogió de hombros casi con entusiasmo– . Bertrand sabe lo que realmente me debe, y puede permitirse la pérdida. Y tampoco querrá el revuelo que causaría un enfrentamiento en los tribunales. El apellido Duchard tiene mucho peso y el desafortunado asunto de tu hermana ya nos ha traído bastante escándalo – asintió– . Además, he sido muy lista. He tenido cuidado y me he cubierto bien las espaldas. No tendrán inconveniente en dejarme ir sin más.

–Dice que está enamorada del señor Bertrand, y sin embargo le hace esto.

Monique Chaloux dejó escapar una carcajada llena de odio.

–¿Enamorada? ¿Qué sabes tú del amor, niña estúpida con agua en las venas en lugar de sangre? No me extraña que el señor Andre se divierta en otro sitio. No te mereces más que eso.

Agarró un bolso de cuero bastante grande que estaba a su lado en el suelo y empezó a meter lo que quedaba de los extractos bancarios.

–*Et maintenant*, he terminado aquí.

–Yo no – dijo Ginny– . Porque no se va a salir con la suya. Voy a ver al señor Bertrand inmediatamente.

Ginny dio media vuelta y comenzó a bajar las escaleras. Al llegar al recodo, sintió que Monique la empujaba con violencia para adelantársele. Trató de asir el cordón de seda del pasamanos, pero no lo consiguió y cayó hacia delante, precipitándose por las escaleras. Un dolor agudo la invadió de repente y todo se volvió negro.

Había algo brillante sobre su cabeza, una luz tan intensa que lograba traspasar sus párpados cerrados. Trató de pedirle a alguien que la apagara, pero no era capaz de emitir sonido alguno.

Alguien hablaba en la distancia. Le susurraba algo, pero apenas podía oír lo que decía.

–Virginie, *mon ange, mon amour.* Despierta. Mírame, *je t'en supplie.*

La voz le resultaba familiar, pero las palabras no tenían sentido alguno. Trató de obedecer de todos modos, pero abrir los ojos suponía un esfuerzo demasiado grande. Además, sentía un dolor terrible, como si estuviera siendo devorada por las fauces de un animal furioso. Era más fácil pensar que estaba dormida y que soñaba, así que se dejó llevar por el sueño.

La voz no la dejaba dormirse, sin embargo. La llamaba con insistencia.

–*Ma douce, ma belle. Reveille-toi.*

Cada vez se oían más voces, pero no reconocía ninguna excepto la de Cilla.

–Oh, Ginny, por favor, háblame – decía su hermana, ahogándose de angustia– . Por favor, dime que estás bien.

El dolor se acentuaba cada vez más, sobre todo cuando intentaba hacer el más mínimo movimiento.

Cuando por fin abrió los ojos se encontró con la luz del sol, que entraba a chorros por el enorme ventanal de una habitación con paredes azules. Movió la cabeza lentamente, haciendo una mueca de dolor. Andre estaba a su lado, sin afeitar, con el pelo alborotado y profundamente dormido en una silla próxima a la pequeña cama. Dijo su nombre con un hilo de voz y él abrió los ojos y se incorporó. Durante una fracción de segundo la miró con ojos de sorpresa y entonces corrió hacia la puerta.

–¡Philippe! – gritó.

En cuestión de segundos, la habitación se llenó de gente. Un hombre delgado y pequeño con unos vivos ojos oscuros y una perilla encendió una pequeña linterna y la apuntó directamente hacia sus ojos. Le tomó la tensión arterial y le preguntó si sabía qué día era. Ginny tardó unos

segundos en contestar, pero finalmente se lo dijo.

–¿Sabe por qué está aquí? – le preguntó el médico– . ¿Sabe qué le pasó?

Ginny guardó silencio un momento. La gruesa cortina que tapaba su mente se estaba levantando en ese momento. De repente recordó un forcejeo. Había intentado evitar la caída.

–Me caí, por unas escaleras.

–*Très bien. Vous êtes couverte de bleus, mademoiselle, mais rien est cassé. Vous comprenez?*

–Estoy magullada, pero no se me ha roto nada – de repente se puso tensa y aguantó una punzada de dolor– . Pero el bebé – susurró– . He perdido al bebé, ¿no?

–*Heureusement, non* – el médico sonrió– . Como le dije a Andre, una caída no tiene por qué afectar al bebé necesariamente. Su hijo está sano y salvo en su vientre. Nuestra mayor preocupación era el golpe que se ha llevado en la cabeza, y que le ha causado una conmoción cerebral – asintió con la cabeza– . Le haremos unas cuantas pruebas más, pero no hay hemorragia interna y creo que la herida no es nada serio.

–Andre. Tengo que hablar con él – dijo Ginny, asaltada por un aluvión de imágenes y recuerdos– . Hay algo que tiene que saber.

El médico chasqueó la lengua.

–Es más importante que descanse ahora y que se recupere, *mademoiselle*. Pero la dejaré unos minutos con su prometido si se toma primero el analgésico y el sedante que le va a dar la enfermera para que pueda dormir cuando él se vaya.

Ginny se tomó las pastillas que le ofrecían.

Cuando entró Andre, parecía profundamente angustiado.

–Philippe me ha dicho... – dijo, tartamudeando– . Que querías verme – buscó su mano, pero ella la retiró rápidamente.

–Se trata de Monique Chaloux. La sorprendí en el despacho de tu padre, triturando extractos bancarios. Ha estado robando dinero, seguramente mucho. Iba... iba a decírtelo cuando... me caí.

–Cuando te empujaron por las escaleras, querrás decir. Monique lo ha admitido.

–¿Lo ha admitido?

–Sí. En este momento está colaborando con la policía en sus investigaciones, por así decir.

–¡Pero no puedes dejar que haga eso! – Ginny trató de incorporarse y entonces deseó no haberlo hecho– . Va a decir cosas horribles sobre Cilla en los tribunales – apartó la mirada– . Sobre su boda. Sería horrible, para todos.

–Monique *est terriblement snob*. Todo el mundo te diría lo mismo. Y si mi padre aprueba esa boda, lo cual es así, ¿qué más importa?

–Claro. Tienes toda la razón – Ginny hizo una pausa. Estaba decidida a controlar sus emociones– . ¿Cómo averiguaste lo de Monique?

–Jean Labordier, de Credit Regional, nos puso sobre aviso. Al parecer habían abierto una nueva cuenta a nombre de nuestra empresa y quería ver la carta de autorización. Esto era falso. Claro – dijo Andre, haciendo una mueca– . Pero dejamos que la cuenta siguiera abierta para ver qué pasaba con ella. Descubrimos que Monique se marchaba de su apartamento, así que mi padre intentó hablar con ella varias veces, para advertirle que no lo hiciera, pero no sirvió de nada.

–¿Pero cómo podía hacerle eso a tu padre si decía que estaba enamorada de él?

–Porque su amor no era correspondido. Y nunca ha entendido que es así, y tampoco ha sabido perdonar.

–No es... algo fácil de entender.

–Eso ya lo sé – Andre hizo una pausa– . Ayer Jean nos llamó para decirnos que se habían transferido cien mil euros a esa nueva cuenta. Esta mañana la arrestaron, no solo por malversación de fondos, sino también por intento de asesinato.

Ginny contuvo el aliento.

–¿No es demasiado?

–¿Te parece que lo es? Podrías haberte roto la cabeza, el cuello. ¿Sabes la agonía que he pasado mientras esperaba a que recuperaras la conciencia? Philippe me dijo que a lo mejor habías sufrido daños cerebrales y que podías tener una hemorragia fatal. Y podrías haber perdido a nuestro hijo – añadió con un temblor en la voz.

–Y sin embargo, aquí estoy – dijo Ginny, manteniendo un tono de voz sorprendentemente entusiasta– . Sana y salva, lo bastante bien como para marcharme y dejarte seguir con tu vida.

–Muchas gracias – dijo él con una amargura mordiente– . Y ahora, a diferencia de Monique, tengo que aprender a perdonarte. Incluso tengo que albergar la esperanza de que encuentres la felicidad que a mí se me ha negado. Todas esas cosas que esperaba vivir contigo, el amor de mi vida, se quedarán en nada.

–¿Y te atreves a decirme esto? – le preguntó ella en un tono de estupefacción– . Hablas como si yo fuera la culpable por querer terminar con esta farsa de compromiso, cuando en realidad eres tú quien tiene pensado casarse con mi hermana.

–¿Yo? ¿Casarme con Lucille? ¿Pero qué disparate es este?

–No, no finjas. Te acostaste con ella en Inglaterra, y cuando se presentó aquí, reanudaste tu aventura. ¿Me vas a negar que la animaste a quedarse todo el tiempo que quisiera?

–No. Eso al menos sí es cierto, pero lo hice por Jules, no por mí. Me

di cuenta de que él también había sufrido ese *coup de foudre*; ese momento cuando miras a una mujer a los ojos y te das cuenta de que tu vida ha cambiado para siempre. Me rogó que la convenciera para que se quedara y yo accedí, aunque no quisiera.

–Jules. ¿Te refieres a Jules Rameau?

–¿A cuántos conoces? – dijo Andre, con impaciencia.

–¿Me estás diciendo que Cilla y Jules están juntos y tienen pensado casarse?

–Sí. Es increíble, ¿no? Lo que puede hacer el amor...

–Bueno, sí.

–¿No los ves como pareja? Jules es el hombre fuerte que ella necesitaba de verdad. Con él aprenderá a ser una mujer y dejará de ser una niña consentida que se presentó en mi habitación de hotel porque estaba cansada de su prometido y quería experimentar una pequeña aventura.

–¿Ella te dijo eso? – le preguntó Ginny, anonadada.

–Por supuesto. Y se llevó una gran sorpresa cuando le dije que estaba perdiendo su tiempo y la mandé de vuelta a casa.

–Pero ella me dejó pensar que habíais sido amantes.

–Ya no es la chica de antes. Pregúntaselo de nuevo, Virginie, y te dirá la verdad. Pero cuando llegó aquí, fue ese don para la malicia lo que más me preocupó cuando empezó a pasar tiempo con Jules. No estaba seguro de sus verdaderos sentimientos hasta el día que fuimos a Beaune. Tenía que averiguar si realmente estaba dispuesta a pasar el resto de su vida aquí en Borgoña, o si querría regresar a Inglaterra al final. Sé que Jules jamás se marcharía de aquí y no podría soportar que le rompiera el corazón, Virginie, tal y como tú rompiste el mío.

–Pero si me trajiste aquí solo porque te sentías culpable y creías que estaba embarazada.

–Sí. Había algo de culpa, porque te había abocado a una relación para la que no estabas preparada, pero siempre tuve intención de traerte de vuelta aquí conmigo, *ma mie*, porque sabía que no podía vivir sin ti – hizo una pausa– . Cuando fui a Barrowdean para la lectura del testamento, llegaba tarde, estaba cansado y furioso porque sabía los problemas que todo aquello me acarrearía, pero entonces se abrió la puerta y allí estabas tú, con el perro de mi padre a tu lado, como si me estuvieras esperando. Vi lo pálida que estabas, lo triste que estabas. Solo quería tomarte en mis brazos y cuidarte para siempre. Y en ese momento me di cuenta de que la felicidad más grande de mi vida sería regresar a casa cada día y encontrarte esperándome.

–Pero aún así seguiste enfadado.

–Es cierto. Porque era algo que no esperaba y no me gustan las sorpresas. Además, si te soy sincero, era algo que no quería. Quería

tener una esposa algún día, aunque no inmediatamente, pero tú lo cambiaste todo.

Ella apartó la mirada. Un ardor se propagaba por sus mejillas.

–Me pediste que durmiera contigo esa noche, pero después ya no te acercaste a mí. Y comenzaste a quedarte en *La petite maison.*

–Porque sabía que no podía confiar en mí mismo.

–Yo pensaba que estabas interesado en mi hermana – susurró Ginny– . Que ella me iba a reemplazar, que iba a ocupar mi lugar. Pensé que si me distanciaba de ti, a lo mejor no me dolía tanto, pero me equivoqué.

–Perdóname, *ma belle*. Solo deseo que puedas descansar un poco más, al menos hasta que te encuentres mejor, y espero que Lucille esté a tu lado y te ayude. Clothilde me ha dicho que no eres tan fuerte como ella quisiera.

Los labios de Ginny se curvaron lentamente hasta esbozar una sonrisa.

–Bueno, el bebé y yo hemos sobrevivido a una caída por unas escaleras, así que a lo mejor no somos tan frágiles como crees.

Ginny extendió la mano y él la tomó entre las suyas. La sostuvo durante un instante como si fuera algo infinitamente delicado y entonces se la llevó a los labios. Le dio un beso en la palma y entonces la besó en cada dedo con fervor.

Ella se estremeció de placer y él levantó la vista, sonriendo. Sus pupilas vibraban con una tierna pasión.

–Bueno, cuando desaparezcan las contusiones, ¿nos ponemos a prueba en la Luna de Miel?

–Bajo una condición. Quiero que retires los cargos de intento de homicidio contra Monique Chaloux. No quiero tener más problemas.

–¿Me lo dices en serio? – Andre sacudió la cabeza– . *Mon Dieu*, Virginie, cuando te vi en el suelo, pensé que te había perdido.

–Pero me encontraste en realidad. Nos hemos encontrado el uno al otro, a lo mejor gracias a ella.

Andre guardó silencio un momento y entonces suspiró.

–Muy bien. Como quieras.

De repente Ginny se dio cuenta de que estaba reprimiendo un bostezo.

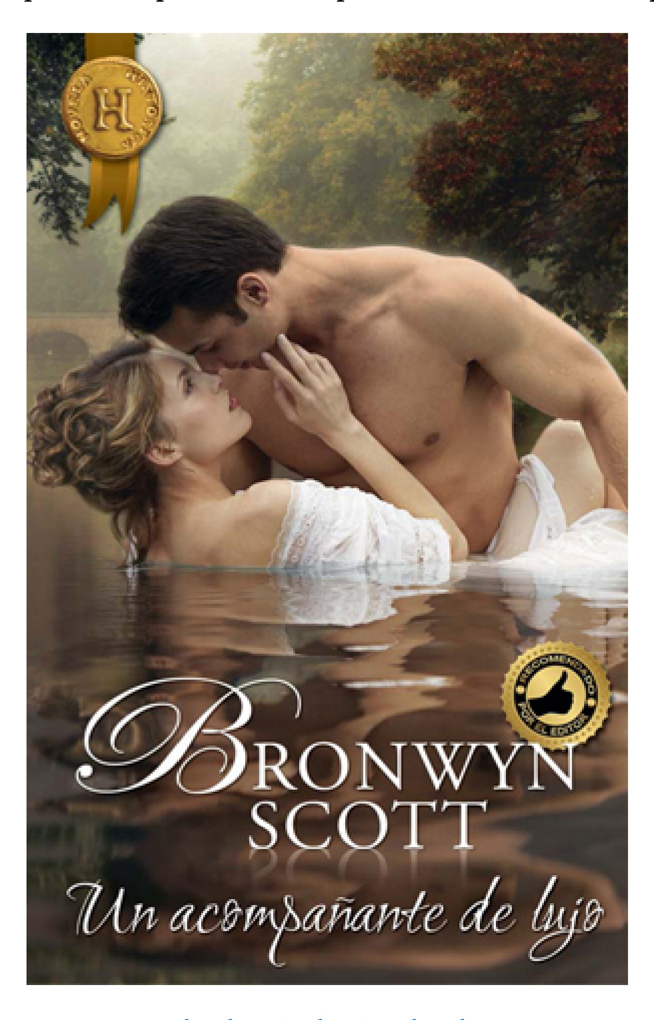
–Oh, no. Les dejé que me dieran una pastilla para dormir.

–Duerme entonces – Andre seguía sosteniéndole la mano, apretándosela con firmeza– . Sueña conmigo, y cuando te despiertes, seguiré aquí a tu lado.

–¿Me lo prometes?

–*Pour le restant de nos jours* – le susurró al tiempo que cerraba los ojos– . Por el resto de nuestras vidas.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com